



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozas Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Piñueta, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Jo-e Fellu, Jo-e Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Teodoro Llorente, Trueba, Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—Jorge Federico Handel, por S. Bedma.—La piscicultura en sus relaciones con la alimentación pública.—La higiene y la moda.—Los sombreros, por el Dr. Dulcamara.—Los velocipedos.—Datos para la historia del alcanfor.—Persia. Estudios artísticos, por D. Eduardo Gatell.—Fundamentos de la pretendida infatibilidad del Pontífice romano, por D. F. J. Moya.—La industria y el arte, por D. J. Manjarrés.—Un viaje por los Pirineos franceses, por D. Víctor Balaguer.—La cruz de piedra, por L.—El grabador Schmitz, por J. P. C.—Reconquista á los drabes de la ciudad y campo de Tarragona, y su restauración y población en los siglos XI y XII, por D. Buenaventura Hernandez Sanahuja.—Los payasos, por don Rafael Bla co.—Los huéspedes de la boca, por el Dr. Dulcamara.—Bibliografía, por D. Julio Monreal.—Regularidad en las comidas, por D.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE ABRIL DE 1870.

REVISTA GENERAL.

I.

Restablecida la tranquilidad, que por momentos vinieron á interrumpir los disturbios á que en Cataluña dió ocasion la celebracion de la quinta, nos vemos otra vez envueltos en la calma y dominados por la impaciencia, sin que descubramos vestigio alguno, por donde se colija el término de la interinidad porque atravesamos, y que es el mas grave mal, que en estos momentos aqueja á la política revolucionaria.

Bien es verdad que las excitaciones de la prensa liberal y amiga del Gobierno, son cada dia mas repetidas y mas reiteradas; bien es cierto que la condensacion de las circunstancias, de los sucesos y de las exigencias que se van produciendo dentro de la atmósfera en que vivimos, van presentando un todo, cuyo impulso y cuya fuerza, irresistibles para todo gobernante, que de buena fe se conduzca, hacen presagiar una muy próxima era de radicales medidas, aplicadas con la brevedad y energía que su naturaleza reclama.

Reducidos nos hallamos á ser astrónomos en política y á hacer, como tales, augurios, segun sean los descubrimientos que hagamos en el horizonte; faltanos datos positivos, francas explicaciones, propósitos abiertos y declarados, para que fundemos nuestros juicios en algo positivo y concreto. Por esto no aducimos, ni es posible que aduzcamos, en apoyo del parecer que dejamos expuesto, otra cosa que la simple percepcion de lo que á

nuestro alrededor se va formando, producto natural y espontáneo que tal vez nadie provoca, y que, sin embargo, es un compuesto de atomos de opinion y sentimientos desprendidos de todos los espíritus.

Con efecto. ¿A dónde iríamos que encontráramos una base para juzgar? Ni el Gobierno manifiesta, hoy por hoy, haber llegado al término de aquella conducta vacilante, que tal vez forzosa ó fatalmente adoptó, ni ha dado explicacion ninguna sobre sus propósitos de penetrar resueltamente en la senda de la energía y de la libertad amplia, extensa y completa; única forma de que la libertad sea verdadera, y por lo tanto fecunda. Tampoco en los elementos de la mayoría de la Cámara podemos descubrir ese punto de apoyo que nos falta, porque si es verdad que entre ellos ni hay discordia profunda, ni hay enemistad, ni falta el patriotismo y el entusiasmo revolucionario, no es menos cierto que de su reunion no resulta un conjunto armónico y directamente relacionado con las necesidades de la actual situacion. No dudamos por un momento, que á la disgregacion, que actualmente se observa en las filas de la mayoría radical, sucederá un acto de estrechamiento, así que á él mueva el instinto de conservacion, que al serlo de cada elemento de la mayoría, lo será tambien de la situacion revolucionaria en que vivimos; pero si este es un acto futuro, un simple presentimiento, mal nos serviría para que fundadamente hoy afirmáramos ya que existe alrededor del Gobierno, y caminando hácia la consumacion de la obra revolucionaria, la conexión y la unidad de propósitos en lo esencial y en lo incidental, que ha de ser la sola causa productiva del feliz término tan deseado y tan solicitado.

Así, pues, si nada hallamos en el terreno de lo positivo, preciso se nos hace acudir al de las hipótesis mas ó menos fundadas; y no siéndonos posible explorar la tierra, por temor de destruir la semilla que tal vez guarde, dirigimos nuestra mirada al horizonte, por si de tal suerte acertamos con el horóscopo de la política actual y de las conquistas que la revolucion nos procuró.

¿Y qué signo tan expresivo distinguimos, que nos lleve á la esperanza que hemos expresado al principio, de que se acerca una nueva era de actividad y aplicacion, que dé por terminada la de calma, vacilacion y duda, que tantos lamentos ha producido? Lo hemos dicho ya. El Gabinete que preside el general Prim, es el agente de la revolucion; la mision que le está encomendada, ni es por él rehuida, ni tampoco ha de ser por él desautorizada, y como la impaciencia no es la desconfianza, al producirse aquella en todos los que vivimos expectantes, no

ha sido, ni mucho menos, causa de que se despertara esta.

Siendo, pues, Gobierno revolucionario, mandatario del pueblo que se levantó pidiendo su libertad, el del general Prim no puede, ni ha de poder divorciarse de las opiniones del país; antes bien, aspirando sus emanaciones, redoblará su energía, su resolucion y sus liberales tendencias. Todo poder, cuya planta descanse en el voto de un pueblo, no puede, siendo leal, ser ajeno á la atmósfera que en su derredor se forma; y puesto que la lealtad es la norma del poder hoy constituido, es evidente que siatmósferase ha formado, y esto bien se experimenta, ha de entrar por mucho entre las causas determinantes de los actos que el general Prim y sus colegas lleven á cabo.

Obsérvese, ahora, qué es lo que en esa atmósfera se respira; obsérvese, que todos sus componentes se reunen y traducen en una sola aspiracion, tan general, como sostenida; atiéndase á que la voz de cada uno, formando coro con las de todos los demás, llega á producir un solo acento; téngase en cuenta, que jamás se ha visto ansiedad mayor, por llegar á colocar la libertad de nuestra patria sobre el pedestal que la tenemos ya construido; y se comprenderá que por ningun concepto exageramos, ni menos andamos descaminados, cuando, tomando por base la lealtad del Gobierno y su atencion sobre las expresiones de la voluntad nacional, y, por otra parte, tomando lo que esta voluntad manifiesta clara y repetidamente, augurámos que no está lejano el momento, en que el impulso irresistible de las circunstancias nos conduzca al feliz y deseado término de la presente interinidad.

II.

Pero mientras á ese dichoso fin nos vamos encaminando, la constante fecundidad de la política activa no deja de producir sucesos diversos que reclaman nuestra atencion.

Muy interesante es, para que no le consagremos siquiera alguna leve consideracion, el movimiento que continúa obrándose dentro de la antigua conciliacion, movimiento que si bien, segun presentimos, no ha de tener ningun resultado funesto para la libertad, no deja de imprimir, como incidente pasajero, algun carácter en la fisonomía del período quincenal que acaba de transcurrir.

No se ha aumentado, ciertamente, el desvío de la union liberal hacia los otros partidos, que con ella aparecieron, no ha mucho, en perfecto acuerdo; y al decir esto, conste que no salimos del seno de la Cámara constituyente, y que nos referimos tan solo á la representacion legal, que en esta tiene el partido que hemos

citado. Las relaciones parlamentarias, que entre sí han sostenido las diversas fracciones de la antigua mayoría, son las que presentan ese carácter que estamos analizando.

Ya sea porque la union liberal ha creído que la hostilidad sistemática y no bastante justificada debía ser, como lo es siempre, infecunda y peligrosa; ya sea tambien, porque no se ha presentado ocasion propicia para nuevas escaramuzas, el resultado positivo ha sido, que no hemos presenciado durante la última quincena, aquellas muestras de ruda oposicion, de actitud casi agresiva, de lamentable adversidad, que en los primeros dias de la ruptura de la conciliacion, vinieron á soliviantar los ánimos de todos los miembros de la Cámara constituyente.

Esto no obstante, preciso es no olvidar que las tendencias y espíritu de un partido no se manifiestan exclusivamente por la actitud de sus representantes en el seno de un Parlamento: la prensa es un órgano autorizado, por cuyo tono es preciso tambien juzgar, y que traduce igualmente la expresion del partido á que pertenece. Nadie mejor que el partido unionista se halla en este caso, ya que sus periódicos son y han sido siempre verdadero fruto de las inspiraciones del partido mismo, segun puede deducirse de su estudiada circunspeccion y refinado tacto en expresarse y conducirse.

Ahora bien: dados los dos extremos, difícil nos sería llegar por ambos, á idéntico resultado, porque se observa notable divergencia entre el primero y el segundo. Al paso que, segun hemos dicho, se ha calmado en las Cortes el afan de hostilizar y seguir la oposicion al Gobierno, que demostró en un principio la fraccion unionista, la prensa de la misma comunión ofrece cada vez mas la prueba de una viva recrudescencia hácia el vigoroso elemento, que ha quedado en pié, de la antigua conciliacion.

El partido progresista y el demócrata, confundidos bajo la sola bandera radical, estrecharon sus filas y redoblaron sus fuerzas al mirar cual de se ellos alejaba el de la union, que habia sidohasta entonces su aliado, y contra la nueva alianza, cuya firmeza era garantía para el país, contra la unidad de los radicales, asesta un dia y otro dias sus dardos, la prensa unionista. No es, en verdad, el partido progresista el que provoca sus iras, ni contra sus hombres del poder dirijen las ágras censuras y las duras recriminaciones que sin cesar formulan; son los cimbríos los que provocan tales muestras de adversidad, y los cimbríos son el blanco al cual estas van dirigidas.

Indudablemente esta, que consideramos una táctica sobrado injusta y exclusiva, obedece á un propósito que no

se ha manifestado, porque si bien se brinda al partido progresista con una nueva alianza y nueva concordia, ni la oferta se ha presentado con la solemnidad que sería del caso, ni tampoco se observa, que para el logro de este fin, utilice la unión otros medios que tiene á mano, mas fáciles, mas significativos y mas fecundos, que el que hoy se reduce á intentar la caída del elemento demócrata. ¿Será, pues, este el objeto de semejante conducta? Tal vez lo será; pero tenemos para nosotros que, entre los amigos que decididamente se muestran liberales, ó los adversarios, que nunca han dejado de ser timorosos y escrupulosos, la elección no es dudosa para los progresistas.

Diremos mas: volviera en hora buena el partido de la unión al campo que abandonó, volviera á figurar al lado del Gobierno, volviera á estrechar sus filas en la mayoría de las Cortes, volviera en buen hora, decimos, si al emprender su regreso lo hiciera abandonando ese perpetuo vacilar, esa difícil aspiración, esa tibieza por sancionar los principios revolucionarios, rasgos todos de que muchos le acusan; volviera, si, pero para reconstituir la antigua base, no para sancionar el exclusivismo que hoy, á juzgar por el lenguaje de sus periódicos, tiene á sus hombres colocados frente á frente de los cimbrios. Estos representan, á nuestro ver, una necesidad cumplida, al lado del Gobierno: la de la armonía y uniformidad entre los partidos de la revolución; y si no podemos decir que el partido progresista quedaria impotente, al consumarse la nueva separación, si diremos que tendria un conflicto mas á que atender y un nuevo adversario cuyos tiros resistir.

Añádase á esto, que la cooperación de los cimbrios en la política de revolución, no ha dejado de ser favorable y encaminada á la libertad; y se verá como es cierto, que si la unión liberal se propone el objeto que hemos dicho, la desorganización de los radicales, ni ha de lograrlo, por ahora, que la cohesión es fuerte, ni aun lográndolo habria realizado un fin patriótico, ya que debemos suponer que no es otro el que al expresado partido conduce.

III.

Habrà, sin duda, causado extrañeza, que al tratar de las relaciones parlamentarias desarrolladas en la Cámara Constituyente, durante la última quincena, hayamos dicho que no se había manifestado en ellas disidencia alguna, sin tener para nada en cuenta, las que produjo la grave cuestión de incompatibilidades.

Y es, que entonces nos referíamos á las divergencias que exclusivamente fueran producidas por la actitud hostil del partido de la unión, no á las que, como esta de que tratamos, nacieran de la conducta general de todos los partidos y de las diversas actitudes de toda la mayoría. Ciertamente que nosotros vemos en cuestiones como la de incompatibilidades, un acto de energía mejor que una muestra de disolventes perturbaciones en la armonía de un partido; ciertamente que, porque en un determinado negocio exprese cada uno de los individuos de que aquel se compone; su particular opinión, y conforme á esta manifieste su voto, no vamos á creer con otros pesimistas, que cunde la insubordinación, ni que esté desorganizada la fracción donde se ha producido aquella incidental divergencia; mas, con todo, y á pesar de que apreciamos semejantes actos de virilidad y consecuencia con la opinión de cada uno, duélenos, cuando de ciertos puntos se trata, ver una opinión mal sustentada, y que las exageraciones vengán á producir disidencias que son lamentables, no por la contraposición de los votos, sino por falsedad de la teoría que por uno de los dos lados se trata de establecer.

Y sube de punto, y se aquilata la razón de nuestro pesar, cuando, por efecto de las mismas exageraciones, llega la opinión pública á infiltrarse del error que se sostiene, y lo apoya mas por lo que la deslumbra, que por lo que realmente á sus ojos vale.

Debatida la cuestión á que nos referimos, ni deseamos entrar en un exámen teórico, falto ya de interés, ni entretenernos en describir lo que por la crónica diaria sabemos, y que no tiene, por lo

mismo, cabida en una Revista quincenal.

Diremos solo que, á nuestro entender, no cabe la incompatibilidad absoluta dentro del sistema parlamentario, que se funda precisamente en el poder y virtud de la capacidad individual. Diremos que la sanción de la incompatibilidad es la creación de un círculo vicioso, en cuyo centro perece la garantía del acierto y de la ciencia parlamentaria. Diremos que por la incompatibilidad se llega á arrebatar las inteligencias, ó á la representación nacional, ó á la administración pública, siendo así que ambas las necesitan igualmente. Diremos que si el sufragio universal es la responsabilidad del elegido descansando en la del elector, éste ha de ser libre en sus actos, que no hay responsabilidad donde la libertad no la autoriza. Diremos, por fin, que si se busca la garantía en el diputado ya en sus funciones, no la del candidato que el elector pueda nombrar libremente, garantía sobrada se halla en los principios sustentados por los enemigos de la incompatibilidad absoluta.

Sin embargo, tan en mantillas se encuentra la cuestión, á pesar de venir ya de mucho tiempo debatida, tan poco, al parecer, han meditado sobre ella algunos hombres respetables de los que hoy figuran en la Cámara, que á pesar de toda la claridad de las citadas razones, hemos visto convencimientos dudosos, hasta el extremo de convertirse hoy en sentido totalmente opuesto á lo que ayer los formaba. Y si esto así ha sucedido, á despecho de la experiencia y de la ilustración, ¿qué rareza es que la opinión pública, sin norma en este punto, y siempre inclinada á lo que mas exagerado y mas concluyente parece, haya tendido á la incompatibilidad y haya tenido de reflejo impopular la causa contraria, á pesar de que es la que realiza el parlamentarismo, que es la base de las libertades y del engrandecimiento de las clases modernas?

IV.

La política exterior europea sigue en tanto su vida de agitaciones: en todas partes se observa prudente ó precipitada esa marcha progresiva é irresistible que los tiempos y la civilización imprimen á todos los pueblos.

En unos ruge sordamente algo que se parece á una amenaza, mientras en otros se levanta el alegre clamor con que se recibe el anuncio ó la realización de una reforma.

Basta contemplar la evolución de todo cuanto existe en el mundo; basta descubrir la conciencia humana en continuo desarrollo, é imprimiendo en cuantos objetos la rodean la huella de su progreso, para que se comprenda que la revolución ha llegado á ser elemento esencial de la vida del individuo y de la sociedad. No como antes, vienen las modificaciones en todos sentidos á arrancar á los pueblos un grito de placer, que se extingue bien pronto en un gemido de dolor y desencanto: no; la revolución que hasta ahora era un incidente, bien que magnífico, de la historia, hoy es ya elemento vital, infiltrado en las leyes, en las costumbres, en los pensamientos y en las creencias.

Hé ahí el por qué de esas luchas desesperadas y tenaces; hé ahí el por qué de esas habilidosas estratagemas, con que los poderes caducos y anti-revolucionarios tratan de conjurar la tempestad que ya está estallando.

¿Qué es sino una inspiración del temor á la revolución, el plebiscito con que se trata en Francia de disfrazar una usurpación? El sufragio universal, que sino es libre y espontáneo, no es legítimo, ni verdadero, esa arma poderosa de la defensa de los pueblos, es la misma que el César francés trata hoy de hacer esgrimir en su propia defensa. Hé ahí la verdadera explicación de ese hábil expediente; se llama al sufragio universal, y no se ejercita mas que la precisión de obedecer; se propone la libertad y la reforma, y en el fondo no se votará mas que el afianzamiento del sistema personal; se llama al país para que, en nombre de su soberanía sancione é instituya la omnipotencia del imperio.

La animación que con este motivo reina en Francia es grandísima, tanto por los que se preparan á defenderse, lanzando el no, como por los que buscan su tranquilidad, unciéndose al carro imperial por medio del sí.

¡Por desdicha, lo que acabamos de decir es muy cierto!

El temor, el sobresalto, la intranquilidad que en las clases todas del vecino imperio, en mal hora ha despertado la imprudencia, la locura, el desacuerdo de los Rochefort y los Fonvielle, son los medios que en su favor ha sabido explotar el imperio para fortalecer su poder y acrecentarlo. Nadie mas que los rojos, los desatentados de siempre, ha sido y es el que precipita la caída de la libertad, enagenándose el voto y el amor de las clases amantes de su reposo; nadie mas que ese partido loco y exagerado de la vecina Francia, ha hecho que las clases productoras volvieran su mirada azorada hacia Napoleón III, y en él depositaran la confianza de su calma y su tranquilidad. ¡Durísima lección, que debieran aprender los que á puro exagerar, se convierten en destructores de sus propios ídolos!

No es difícil predecir el triunfo del imperio sobre la protesta de los liberales; con todo, esperemos el desenlace que no ha de tardar ya.

Entretanto, recorramos brevemente los otros rasgos menos importantes, por ser menos agitados, de la política europea.

La caída del conde Darú ha cambiado por completo la actitud de Francia con respecto al Concilio: créese con todo que no es prudente juzgar acerca de este punto antes de la votación del plebiscito: cuando ya no importe perder las simpatías del clero, cuando estas ya no hayan de traducirse en votos, entonces podremos juzgar.

En Rusia, mientras, se está desarrollando una agitación latente contra el czarismo, que el Czar trata de conjurar por el pronto, no ya por intimidaciones ó medidas coercitivas, sino pagando tributo á la época, que le domina, por medio de la atracción, con actos como el de indulto recientemente concedido á los insurgentes y emigrados polacos. El Concilio sigue su pesada marcha ante la indiferencia de todas las potencias, que si alguna vez de él se acuerdan, es para quitarle de su sueño, recordándole que ya ha terminado el poder de la ominosa teocracia. Italia sigue presa de una grande efervescencia republicana.

Hé ahí, pues, confirmado lo que antes hemos dicho: en todas partes, la lucha, sorda ó manifiesta; en todas partes, la evolución que se prepara, en todas partes la revolución llegando á ser elemento constitucional y constitutivo de la vida de las naciones.

JORGE FEDERICO HANDEL.

Nació este célebre compositor de música, en Halle, en la baja Sajonia, el 24 de Febrero de 1684. Su padre era un médico establecido en aquella ciudad, y se hallaba cerca de los sesenta años cuando tuvo este hijo. Durante su infancia se entretenía Handel con instrumentos de música, é hizo notables progresos en este arte antes de la edad de siete años. Su afición á la música era tan grande, que su padre, que le destinaba al foro, le prohibió tocar ningún instrumento. Handel, sin embargo, llevó en secreto un pequeño clavicordio á un cuarto alto de la casa, en el que se ensayaba constantemente cuando la familia estaba dormida, y así hizo tales adelantos, que poco después se hallaba en disposición de tocar la clave. No tardó en ser conocido del duque de Sajonia-Weissenfels. Su padre había tenido otro hijo de una segunda mujer, que era azafata del duque, y Handel, que contaba á la sazón siete años, la acompañaba con frecuencia. Mientras estaba en la corte del duque era imposible privarle de tocar la clave, y algunas veces tocaba el órgano de la iglesia terminados los oficios divinos. En una de estas ocasiones le oyó el duque, por haber tenido que salir á una hora no acostumbrada, y le pareció tan extraordinaria aquella manera de tocar, que se informó, y quedó tan admirado del ingenio que para la música manifestaba el joven Handel, que aconsejó á su padre le dejara seguir sus inclinaciones.

A su regreso á Halle comenzó á estudiar bajo la dirección de Zaccan, el organista de la catedral, pudiendo ya desde entonces suplir á su maestro en sus ausencias. A la edad de nueve años comenzó á componer oficios para las iglesias, para música é instrumentos, y continuó componiendo uno cada semana por espacio de tres años. A los catorce excedía ya á su maestro, y fué enviado á Berlín. El rey de Prusia, Federico I, protegía á la sazón la ópera, en que trabajaban Buononcini, Altilio y otros eminentes maestros italianos. Buononcini, que era hombre de carácter altivo, trató á Handel con desprecio; pero Altilio le miró con benevolencia y adelantó mucho con sus lecciones. Sus talentos le recomendaron pronto al rey, que le hacia continuos

regalos. Después fué á Hamburgo, donde la ópera se hallaba casi á la misma altura que en Berlín.

Habiendo muerto su padre poco después de su llegada á aquella ciudad, y no siendo nada lisonjera la situación de su madrastra, creyó necesario buscar algunos discípulos y procurarse una plaza en la orquesta. El primer violín de Hamburgo era por aquella época un tal Kesser, que se distinguía también en la composición; pero habiendo contraído un gran número de deudas, se vió obligado á esconderse. La persona que acostumbraba á tocar en segundo lugar reclamó el primero con motivo de esta vacante, suponiendo que le pertenecía por derecho de sucesión; pero se le opuso Handel, que fundaba sus derechos exclusivamente en su talento. Después de algunas dificultades se decidió en favor de Handel, pero su antagonista le hirió en el pecho con una espada al salir de la ópera, y sin duda le hubiese asesinado, si su mano hubiera estado acostumbrada á otra cosa que á tocar instrumentos de música.

Aunque de solos quince años, Handel fué el compositor del teatro, y el éxito de su primera ópera, *Almeida*, fué tan grande, que se ejecutó sin interrupción durante treinta noches. En el mismo año representó otras dos llamadas *Florinda* y *Norena*, que fueron recibidas con igual aplauso. Durante su residencia en esta ciudad, que fué de cuatro ó cinco años, compuso también un gran número de sonatas que se han perdido. Sus talentos le adquirieron la amistad de algunas personas notables, en particular del príncipe de Toscana, hermano del gran duque Juan Gastón de Médicis. Este príncipe le invitó á acompañarle á Italia; pero Handel no aceptó su oferta por estar resuelto á conservar su independencia, cualesquiera que fuesen las ventajas que se le ofrecieran. A los diez y nueve años emprendió Handel un viaje á este país, donde fué recibido con la mayor benevolencia por el príncipe de Toscana, lo mismo que por el gran duque, y no obstante la diferencia entre el estilo de la música italiana y la alemana, á que hasta entonces había estado acostumbrado Handel, compuso una ópera llamada *Rotrigo*, que agradó tanto al gran duque que le recompensó con cien ceques y una vagilla de plata.

Después de haber permanecido cerca de un año en Florencia, marchó á Venecia, donde se dice fué descubierto en una mascarada por su grande perfección en tocar el violín. Allí compuso su ópera *Agripina*, que se ejecutó veintisiete noches seguidas con el mayor aplauso. Desde Venecia marchó á Roma donde hizo amistad con el cardenal Utoloni y otros muchos dignatarios, y compuso un oratorio denominado *Resurrección* y 150 cantatas, además de algunas sonatas y otras composiciones de música. Utoloni dispuso se celebrase un certamen entre él y Domini Scaslatti. Cuando tocaron el órgano, el mismo Scaslatti reconoció la superioridad de Handel. Pasó luego á Nápoles, después de lo cual hizo una segunda visita á Florencia; y por último, habiendo permanecido seis años en Italia volvió á su país nativo. En esta ocasión fué presentado en la corte de Hannover por el barón Kilmanseck, y el elector, que fué des pues rey con el título de Jorge I, le ofreció una pensión de 1.500 coronas anuales, para que fijase en ella su residencia; pero declinó esta honra so pretexto de haber prometido visitar la corte del doctor palatino.

Sabedor de esto el elector, mandó se le dijese que podía aceptar la pensión y cumplir la promesa, estando ausente un año ó mas si así le convenia. Poco después fué nombrado maestro de capilla, y habiendo visitado á su madre, que era muy anciana y estaba ciega, y á su antiguo maestro Lachau, permaneciendo además algún tiempo en la corte del elector palatino, marchó á Inglaterra, donde llegó en 1710. Las óperas eran á la sazón una de las nuevas diversiones de este país, y Handel compuso una llamada *Rinaldo*, que fué ejecutada con extraordinario éxito. Habiendo permanecido un año en la Gran Bretaña, volvió á Hannover, pero en 1712 marchó de nuevo á Inglaterra, donde á la noticia de la paz de Utrecht, compuso con este motivo un gran *Te Deum* y *Jubilate*. La nobleza manifiesta entonces extraordinario deseo de que se pusiese al frente de la ópera en el teatro de Hay Market, y habiendo intervenido con su autoridad la reina Ana, que le concedió una pensión de 200 libras anuales, permaneció en la Gran Bretaña hasta la muerte de la reina y la subida al trono de Jorge I, que aumentó bien pronto su pensión hasta 400 libras, nombrándole maestro de música de las princesas.

En 1715 compuso Handel su ópera *Amadige*, pero desde esta época hasta 1720, solo compuso el *Teseo* y el *Pastor Fido*: á la sazón había concebido la nobleza el proyecto de formar una academia en el Hay Market, para cantar constantemente con cierto número de óperas, compuestas por Handel y ejecutadas bajo su dirección. Abrióse una suscripción para esta empresa que produjo 50.000 libras, y se propusieron continuar por espacio de catorce años. Handel marchó á Dresde para contratar cantantes, y volvió con Senesino y Durstanti. Buonocini y Altilio tenían á la sazón grande partido, pero no igual al de Handel, que en 1720 pudo conseguir se ejecutase su ópera de *Badamisto*. Era tanta la gente que había en el teatro, que muchas personas se desmayaron, y se ofrecían hasta dos libras por un asiento en la galería. Todavía, sin embargo, continuó la lucha entre el partido de Handel y el de los dos maestros italianos, disponiéndose, por último, que los rivales compundrían juntos una ópera, de la que cada uno haría un acto, y el que obtuviera mayores aplausos se-

ría puesto en posesión del teatro, por haber dado así una prueba inequívoca de su talento. La ópera se llamaba *Mucio Scaevola*, y Handel compuso el último acto. Dícese que manifestó su superioridad desde la obertura, pero en cuanto se terminó el acto no quedó duda de ningún género.

La academia estaba ya establecida, y Handel la dirigió con grande éxito por espacio de nueve años; pero por este tiempo había estallado una grande enemistad entre él y Senesino, á quien Handel decidió despedir, aunque la nobleza no quiso permitirlo. El altivo carácter de Handel no le permitió ceder, y no tardó en disolverse la academia. Abandonó su auditorio, y la ofensiva nobleza formó una suscripción contra él para representar óperas en el teatro de Lincoln's-Field.

Handel luchó contra esta oposición por espacio de cuatro años, tres con Heidegger en el teatro de Partnership, y uno solo; pero aun cuando sus conocimientos musicales eran muy superiores á los de sus antagonistas, la admirable voz de Jarinelli, al que había contratado el partido opuesto, decidió contra él la victoria; desistió, por último, después de haber gastado cuanto tenía en una inútil oposición; pero enfermó algún tiempo después de un ataque de parálisis que le hizo perder el uso del brazo derecho. En esta deplorable situación fué á tomar los baños de Aix-la-Chapelle, con lo que sintió algún alivio. A su regreso á Inglaterra, en 1736, se ejecutó con grande éxito su *Festín de Alejandro* en el teatro de Covent Garden.

El esplendor y la boga del teatro de Hay Market había decaído tanto por este tiempo, que se encargó de su dirección lord Middlesex, y buscó á Handel como compositor. En su consecuencia compuso sus óperas *Paramundo* y *Alejandro Severo*, por las que recibió 1.000 libras en 1737. Al año siguiente obtuvo 1.500 en un solo beneficio, sin que nada mejorase su situación, pues se negó constantemente á que se abriese una suscripción para aliviar su suerte. Después de haber ejecutado algunas óperas mas en Covent Garden con poco éxito, introdujo una especie de mímica llamada oratorios, que creyó mas apropiada para la gravedad del carácter inglés. Algunos vieron en esto una profanación y los oratorios tuvieron escasa acogida; de manera, que Handel abandonó á Inglaterra en 1741 y marchó á Dublin.

Su *Mesías* le conquistó el favor del público. En nueve meses puso en órden sus negocios, y á su regreso á Inglaterra, en 1742, halló al público mejor dispuesto hacia sus oratorios. Su *Mesías* obtuvo un éxito extraordinario, y Handel, con generosa humanidad, decidió desempeñarle anualmente á beneficio de la inclusa. En 1743 le volvió á atacar la parálisis, y en 1751 se quedó completamente ciego. Esta última desgracia le sumió en la mas profunda desesperación, y siéndole imposible arreglar por sí solo sus oratorios, fué ayudado por Mr. Senith, pudiendo continuar así en sus trabajos hasta ocho días antes de su muerte. Durante la última parte de su vida su cabeza se hallaba en completo desórden; sin embargo, á veces parece que recobraba su antiguo vigor, y compuso algunas canciones y coros, etcétera. Su salud comenzó á declinar visiblemente desde Octubre de 1758. El 6 de Abril de 1759 se ejecutó su último oratorio á lo que se halló presente, y murió el 14. El 20 fué enterrado en la abadía de Westminster. Sus talentos musicales se hallan expresados en la respuesta de Arbuthnot á Pope, que le preguntó, formalmente su opinión acerca de Handel como músico. «Concedid, le dijo, el talento mas elevado que podáis concebir, y el suyo se halla mucho mas allá de todo lo que podáis concebir.»

(Del inglés.)

S. BEDMA.

LA PISCICULTURA

EN SUS RELACIONES CON LA ALIMENTACION PÚBLICA.

Los pueblos marítimos son ictiófagos: los groenlandeses, irlandeses, noruegos, esquimales y los habitantes de las costas marítimas de España, Italia, Taiti, Nueva Caledonia y de la Bretaña, en los cuales la ictiofagia constituye la base de su alimentación, se distinguen por su vigor físico y moral.

Los habitantes de Comachio (Adriático), que han sido objeto de curiosas é instructivas observaciones por parte de M. Coste, pueden citarse como tipo en este concepto.

El estudio científico de la carne de pescado, como alimento, se nos presenta bajo dos aspectos: el de la fisiología y el de la higiene.

Las relaciones que existen entre la carne de los mamíferos y la de los peces, se han determinado por numerosos análisis químicos. Arrojan una viva luz la análisis de Schütz, sobre la composición elemental comparativa de los peces; la de Payen, sobre el tejido muscular; las de Dumas y Prevost, sobre la sangre; las de Marchand y Chevreul, sobre los huesos, y las de Gobley, sobre las lechecillas de los pescados.

Segun estos trabajos científicos, la composición elemental de la carne de los mamíferos varía de la de los peces, al menos cuando está seca y salada.

La sangre de los peces es mas pobre en glóbulos.

Los peces óseos tienen menos sales terrosas proporcionalmente á la materia orgánica, que los reptiles, las aves y los mamíferos.

El esqueleto de los peces cartilaginosos, se compone de una materia animal fuerte y particular, sin depósito calcáreo.

Las lechecillas contienen una materia grasa muy análoga á la materia viscosa de la yema de huevo.

La semejanza entre los huevecillos de los peces y los de las aves es completa, bajo el punto de vista de su composición.

La materia grasa que se extrae de la carne de pescado, difiere mucho respecto á su consistencia. Es oleaginosa, semi flúida ó casi sólida, segun la variedad de que proceda. En los peces que suministran una grasa flúida, se encuentra esta materia en mayor abundancia.

En suma, la análisis química demuestra que en la carne de los peces existen todos los elementos constitutivos de un alimento compuesto perfecto.

La carne de pescado ocupa el segundo lugar con relacion al poder nutritivo y es muy saludable. Su digestibilidad es superior á la de los mamíferos y de las aves.

Hay ocasiones en que se vuelve venenosa, habiendo sido objeto de investigaciones minuciosas y continuadas la causa que hace tóxicos á los peces. La freza determina tambien algunos accidentes funestos.

Segun Duchesne y Chevalier, el veneno repartido en toda la economía de los peces tóxicos, se halla especialmente acumulado en los órganos que contribuyen á la generacion. Ningun pescado, caso de sufrir una alteración mórbida, es de naturaleza venenosa; la alteración mórbida á propósito para desarrollar propiedades tóxicas, coincide ordinariamente con la estacion del desove.

En 1861 indicó M. Baude una circunstancia enteramente práctica, que influye mucho en la calidad del pescado como alimento.

En ciertos países (en Holanda y la Gran Bretaña), tienen cuidado los pescadores de matar inmediatamente los peces cogidos en las redes, mientras que en otros (en Francia y España, por ejemplo), los abandonan y mueren penosa y lentamente por asfixia. Pues bien, como ya hemos manifestado en un artículo titulado *Influencia de la agonía prolongada en la carne de los peces*, M. Claudio Bernard ha demostrado que el pescado muerto de pronto conserva, en estado fijo, las materias glicógenas azoadas contenidas en la carne, en tanto que esas materias se transforman y desaparecen, cuando la muerte no ha sido instantánea.

Se ha repetido hasta la saciedad, que la carne de pescado provocaba en el hombre efectos afrodisíacos. Introducida por Hipócrates esta preocupación y aceptada por Montesquieu, ha sido rudamente combatida por M. Coste. Además, los registros del estado civil de Comachio, cuyos habitantes son casi exclusivamente ictiófagos, no indican en estos una fecundidad exagerada, ni que se entreguen con exceso á los placeres de Venus.

Aun cuando están reconocidas las ventajas de este modo de alimentación, se nota que se han despoblado notablemente los estanques y los rios. Los economistas han tratado de averiguar la causa, y resulta de sus investigaciones que el progreso de la despoblacion de los rios obedece á condiciones extrínsecas y artificiales, susceptibles, por lo tanto, de ser combatidas con éxito.

La destrucción de la freza por las fábricas establecidas en los rios y por los medios irracionales de riego puestos en práctica por nuestros labradores, es un hecho que debia llamar la atención del Gobierno, y, sobre todo, de las personas acaudaladas, á quienes les sería mas fácil poner remedio.

M. Coste cita á este propósito que tres rios, el Ariseo, el Colano y el Colaney, se reunian cerca de Siglio en un mismo punto y precipitaban sus aguas en el mar desde una altura de 20 piés.

Era, pues, imposible para los peces toda comunicacion entre el mar y dichos rios, y estaban privados de salmon: M. Cooper, propietario acaudalado, tuvo la

idea de construir una escalera larga y poco inclinada, á manera de rampa, para que pudiesen ascender por ella los peces.

En el primer año se veian algunos salmones subir á lo largo del aparato, y poco tiempo después alquilaba un industrial la pesca del salmon en aquel punto por la suma anual de 500 libras esterlinas.

La riqueza ictiológica de un país depende de la observacion rigurosa de las reglas de la piscicultura.

La piscicultura es un arte que tiene por objeto poblar las aguas y multiplicar, perfeccionar y aclimatar en ellas las especies de peces que sirven para la alimentación del hombre. Este arte abraza la ciencia de conservar la freza de los peces, y de cuidar del desarrollo de los gérmenes hasta su madurez y la manera de pescar los peces ya desarrollados, que es la recoleccion de la semilla.

Se han hecho muchos esfuerzos para lograr este resultado. Desde 1856, el establecimiento de Haminga distribuye millones de huevas fecundadas. Concarneau posee inmensos estanques, en donde los peces de mar viven muy cómodamente.

Portsmouth tiene sus parques sólidamente contruidos, en donde se almacenan cargamentos considerables de langostas y cangrejos de mar. En toda la costa de Inglaterra y de Dinamarca hay grandes depósitos de este género, que surten de pesca á parte de Europa.

En China existen muchos comerciantes de freza que venden á los propietarios de estanques unasemilla que se desarrolla con increíble abundancia, y constituye una industria lucrativa. Siguiendo este ejemplo ha tratado M. Coste de establecer y vulgarizar la estabulacion de los peces en las costas de Francia.

Un proyecto que tan de cerca toca al mejoramiento de la alimentación de los pueblos y al fomento de la industria marítima y fluvial, debe ser acogido con entusiasmo, y aun debia ensayarse en algunas provincias de España.

LA HIGIENE Y LA MODA.

LOS SOMBREROS.

En uno de los números anteriores de El Eco de las Ciencias, traté del corsé y de sus inconvenientes; hoy les toca el turno á los sombreros, y tampoco hay de faltarme materia para demostrar sus ventajas é inconvenientes.

Empezarémos por los sombreros de hombre, y perdonemos las damas esta falta de galantería; pero así recibirán ellos el primer golpe, y si es cierto el refran que dice, que «quien da primero da dos veces», á contrario sensu, habremos de decir, que tambien el que recibe primero recibe por dos.

El objeto del sombrero, como su nombre indica, parece que debia ser hacer sombra y preservar el rostro y el cuello de las inclemencias de los elementos (si esta errónea frase vulgar puede tolerarse en un periódico científico), en cuyo caso bastaria para el objeto un sombrero de alas, de suficiente anchura, y hecho en el verano de una materia ligera, y de abrigo en el invierno.

Pero la reina moda, esa despótica soberana, lo ha decretado de otro modo, y ante su autoridad, la salud ha perdido su autonomía y los hombres nos hemos constituido en esclavitud.

Digalo sino la innumerable lista de cubrecabezas que ha sabido inventar desde los tiempos mas remotos, empezando por el sombrero de viaje de los romanos, el gorro frigio, que ha venido á ser emblema de la república y el sombrero Bolívar, hasta venir á concluir por ese ridículo aditamento, que hoy ponemos á las cabezas, conocido con el nombre de sombrero decopa.

La milicia, en todos los tiempos, ha hecho gran uso de algun objeto con que cubrir la cabeza del soldado, pero ¡válgame Dios! cuántas y cuántas transformaciones ha sufrido, desde el casco de los antiguos griegos, hasta parar en el ros que usan hoy nuestras tropas.

Las diversas necesidades de la época han hecho variar de forma á los sombreros militares, y hoy apenas se comprende cómo podia resistir un hombre aquellos enormes morriones de baul que se ven en nuestra Armería nacional, de tan difícil uso, que el paciente se veia obligado á recibir los alimentos y comunicar con los demás, por un ventanillo, abierto en uno de los lados.

Pero dejando aparte los cascos militares, repasemos á grandes rasgos las formas diversas por que han pasado los sombreros, hasta haberlos transformado en ese elegante tubo de estufa, en que hoy le hemos convertido.

Los egipcios no usaban otra cosa para precaverse del sol, que un trozo de lienzo, que caía sobre la espalda, como puede verse en sus esculturas y en las copias de la famosa esfinge, y de la estatua de Memnon, trozo de tela que te-

nia alguna semejanza con el que han empezado á usar nuestros soldados para marchas y ejercicios.

Los griegos y los hebreos generalmente llevaban la cabeza desnuda, ó la cubrian solo con el manto. Lo benigno del clima y su escasez de lluvias, permitia esta sencillez.

Los romanos, cuya vida pública hacia que pasaran en la calle y el foro la mayor parte de su existencia, no hicieron tampoco uso del sombrero, á no ser en los viajes; el que entonces empleaban era de anchas alas, y le denominaban *petasus*.

Al valeroso César, que era calvo, permitió el Senado cubrir con una corona de laurel aquella invicta cabeza, que tantas veces habia entrado desnuda en las sangrientas batallas contra Vercingetrix y sus terribles galos.

En España, para llegar al apogeo del uso del sombrero, hay que venir á los tiempos de la casa de Austria. El roce con los alemanes enseñó á los nuestros el uso de aquella prenda, que luego fué característica de los españoles, juntamente con el ferreruelo largo, inseparable compañero de sus aventuras y galanteos.

Por mucho tiempo duró el imperio de los fieltros á la chamberga, y hacia ya bastantes años que la dinastía de Borbon reinaba, cuando perdieron su boga.

¡Quién lo dijera! El sombrero, una prenda, al parecer, tan inocente, fué nada menos que cuestion de Gabinete, y el famoso marqués de Esquilache, el favorito de Carlos III, cayó de la dorada poltrona, derribado por los sombreros, como por una máquina fulminante.

Nada menos que un motin popular produjeron en 1765, al que la historia designa con el nombre de *Motin de las capas y sombreros*, que obligó al rey á refugiarse en Aranjuez.

No obstante, los sombreros *gachos* ó de falda tendida recibieron el golpe de muerte: empezaron desde entonces á recogerse para arriba, generalizándose los de *tres vientos* ó *encandilados*, y los que luego se llamaron de *medio queso*, tan populares entre manolos y chisperos, y que juntamente con la graciosa redcecilla, dieron un carácter tan gráfico á los españoles del tiempo de la Guerra de la Independencia.

De la revolucion francesa data el incómodo y anti-higiénico sombrero de copa.

Su forma y elevacion le hacen embarazoso. Además, el aire, encerrado en aquella especie de caja, se calienta, excitando el sudor, que es una de las causas de calvicie, efecto de la irritacion que produce en el cuero cabelludo y raíz de los cabellos.

Además, lo angosto de sus alas no preserva ni defiende del sol, del viento ni de la lluvia.

Mas higiénica es la gorra, pero la moda no ha querido santificar su uso como elegante, y con todas sus consecuencias ha quedado relegada á las clases populares.

No entraré aquí á considerar las diferentes clases de utensilios para cubrir la cabeza, que son símbolos de autoridad y categoria; desde el sombrero galoneado del lacayo, hasta la esmalada corona imperial; desde el mugriento bonete del sacristan, hasta la tiara pontificia, orlada de tres coronas por Bonifacio VIII, y pasando por alto estas indagaciones históricas, diré algo que es muy importante y tiene relacion con la higiene del sombrero.

Me refiero á nuestros saludos. Los antiguos saludaban inclinándose, y si el personaje era de muy elevada categoria se prosternaban ante él.

Los japones, en sus saludos, se frotan la nariz uno contra otro, operacion molesta y á las veces repugnante.

Los chinos ejecutan varias genuflexiones, cada vez mas profundas, segun el respeto que les inspira el saludado.

Los musulmanes hacen sus *zalemas*, que consisten en cruzar los brazos delante del pecho, inclinándose á la vez profundamente.

Los etiopes se arrollan en la capa de la persona á quien desean saludar.

Estas fórmulas serán mas ó menos incómodas, mas ó menos extravagantes, pero no insalubres como la nuestra de quitarnos el sombrero.

Esto trae muchas y graves consecuencias. Vemos diariamente ancianos, que al saludar á sus superiores, se quedan con la cabeza descubierta.

El contacto del aire con la piel desnuda de cabellos, les produce frecuentemente reumas y fluxiones de pecho, cuya causa se va á buscar muchas veces muy lejos.

Lo dicho de los ancianos puede aplicarse lo mismo á tantos jóvenes, que hoy vemos *tamquam tabula rasa*, ya por efecto de haber discurrido mucho, cosa rara, ya por otras mil causas; á despecho del nunca bien ponderado *Acete de bellotas*, específico que, virtualmente, se conocia ya en los tiempos de Nembrod, Theglafalsár y el Preste Juan de las Indias.

Lo cierto es, que el sombrero actual, produciendo el sudor, unido á los dichos saludos, que hacen pasar súbitamente la cabeza del calor al frio, es una de las causas principales de la calvicie.

¡Cuándo la moda, en armonía con la higiene, se dará por satisfecha, saludando con la mano ó con una leve inclinacion de cabeza!

Para concluir con el sombrero del hombre, recordaremos la cruzada que pocos años hace se armó contra los de copa.

El chambergo estuvo á pique de lograr una exhumacion; las plumas empezaron á notar al viento, pero á pesar del férvido entusiasmo de los apasionados, aquel recuerdo trasnochado no pudo levantar cabeza, mal grado los elogios y los himnos entonados en su loor.

Pasemos ahora á lo árduo, á lo espinoso de la tarea, á tratar del sombrero femenino.

Si difícil tarea es seguir las varias vicisitudes porque ha pasado el sombrero masculino, necesaria fuera la paciencia de Job para investigar las experimentadas por el de la mujer.

Siempre ha sido el deseo de ésta parecer bien, y para conseguirlo ha puesto en juego cuantas invenciones le ha sugerido su fecunda imaginación.

No nos remontaremos á la antigüedad, en donde halláramos que las damas romanas usaban uno de los pliegues de su toga para cubrir la cabeza, pliegue que las cortesanas arreglaban en una forma particular para diferenciarse de las matronas.

Las hebreas usaban un adorno semejante y las egipcias se diferenciaban poco en el suyo del que usaban los hombres.

En la Edad media se llevaron una especie de sombreros, en forma de cono truncado, de tal elevación, que las puertas de las habitaciones tuvieron que sujetarse á ellos, rasgándolas lo suficiente para que pudieran pasar.

Fácilmente se comprende lo que debía fatigar los músculos del cuello, y perjudicar el movimiento del cuerpo todo, un aparato semejante. Las damas, engalanadas con este ridículo atavío, tenían que hacer continuos esfuerzos para mantenerlo en equilibrio, con lo que perdían su gracia y flexibilidad.

En los tapices y vitelas antiguas, puede verse la forma de tal adorno y el talante que con él tenían las que le usaban.

Andando los tiempos, y no estando quieta la moda, se redujo aquel promontorio á una especie de capellina, como la que se observa en los retratos de Isabel la Católica ó Isabel de Inglaterra, ó á un sombrerito que cubría únicamente la parte posterior de la cabeza, cuyo adorno caracterizaba el traje usado por la infortunada María Estuardo.

Llegamos á nuestro siglo, y ¿qué diferencia no se nota entre aquellos enormes sombreros del año 20, semejantes á la capota de un bombé, y que capota eran llamados, y ese otro microscópico, y casi imperceptible, hoy puesto en boga?

Este tiene el inconveniente de que ya con su pequeñez, ya con lo sutil de las gasas y blondas que le forman, deja descubierta por completo la cabeza, y ni abriga del frío, ni resguarda de la lluvia ó el sol.

En España, hasta lo presente, se halla mas generalizada la mantilla, signo característico de nuestras bellas.

No trataré aquí de la mantilla española de *casco*, que prendida en la cabeza de aquellas hermosas hijas del Mediodía, con el garbo que ellas saben hacerlo, es uno de los adornos de mayor donaire que jamás han usado las mujeres.

A lo gracioso añade lo higiénico, supuesto que la tela flotante de la mantilla, resguarda el cuello y las mejillas de la mujer; pero de aquí á los otros adornos de este género que la moda ha inventado, hay una diferencia enorme.

El velo, llamado *céfiro*, por su ligereza, ni resguarda ni cubre, y es lo mismo que dejar la cabeza completamente desnuda: nuestras bellas deben proscribirle por inútil y perjudicial.

Lo contrario, es buscar en el velo un manantial de reumas y otras dolencias que, mas tarde ó mas temprano, acaban por aquejar á quien le usa.

Lo preferible es la mantilla espesa ó el sombrero de alas regularmente anchas, de paja en verano y de una tela fuerte en invierno, pudiendo usarse el terciopelo, tela que, sobre hermosa, es á propósito para el abrigo.

Pero que no sea de dimensiones tan fabulosamente pequeñas, como las que he descrito.

A este propósito, y para terminar, referiré la frase oportuna de un amigo mío.

Había encargado su esposa á la modista un sombrero de última moda.

Al cabo de idas y venidas y de cien recados á la artista, un día llegó, por fin, el anhelado sombrero.

No estaba la esposa y lo recibió el marido, juntamente con la cuenta.

Cuando ella vino, entregósele el esposo, y ella le tomó con extremos de gozo.

Probósele, y radiante de alegría se presentó ante mi amigo, despues de consultar al espejo un buen rato.

—¿Qué te parece el sombrero? le dijo.

—Me parece, que si las modistas siguen en aumento la pequeñez que dan á los sombreros, concluirán por no enviar á sus parroquianas mas que la cuenta.

DR. DELCAMARA.

(De *El Eco de las Ciencias Médicas*.)

LOS VELOCÍPEDOS.

¿PUEDE EL VELOCÍPEDO SER UN VEHÍCULO VENTAJOSO?

«Tal es la cuestión que uno de nuestros colegas de Bélgica, el Dr. Mathieu de Saint-Remy-en-Buzemont, acaba de resolver en sentido afirmativo en una nota que titula: *El velocípedo aplicado á la práctica médica en el campo*.

Previendo la objeción que los amigos del decoro y de la dignidad médica podrían hacer á la introducción del velocípedo en nuestras costumbres profesionales, el autor prueba que esta idea, que él realiza con feliz resultado, nada tiene de

fantástica y que «un médico que anda aprisa no es cosa ridícula.»

M. Mathieu niega la opinión de los que afirman que el uso del velocípedo ofrece dificultades y ocasiona fatigas, á que no sería prudente exponerse, sobre todo, las personas que pasan de treinta años: á esta idea preconcebida opone su propio ejemplo y el de otros cuatro velocipedistas, de los que el mas joven tiene treinta y siete años. ¿Cuánto tiempo pensais, dice, que se necesita emplear para ejercitarse antes de lanzarse á la carrera? Unas dos horas. Y una vez adquirido el hábito, se va con el velocípedo tan fácil y tan *instintivamente* como cuando se anda, con tal de que el velocipedista no esté *ataxico*. Con este aparato hasta los cojos marchan perfectamente, con solo tener la precaución de acortar uno de los manubrios en que se apoyan los pies.

Para M. Mathieu no hay mas que un velocípedo: el de dos ruedas. El triciclo no solo anda menos de prisa, sino que no puede dar la vuelta sin volcar, y fatiga mucho mas. Además, no puede obrar sino en una extensa superficie lisa. El biciclo, al contrario, puede hasta marchar por el mismo carril de las ruedas de los coches, lo cual le da una gran ventaja en el campo, en que los caminos suelen presentar muchas desigualdades.

No es posible comparar la fatiga que produce el velocípedo con la de la marcha á pié. La primera, como es menos general, se disipa mas rápidamente; no se ejercita mas que el triceps femoral, apáyase el peso del cuerpo en el velocípedo, y se suprimen las sacudidas de la columna vertebral, que se repiten en cada paso cuando se anda. M. Mathieu calcula que un hombre de regulares fuerzas, puede hacer, *sin fatigarse*, en caminos regularmente cuidados y en un país que no sea muy montañoso, ocho leguas cada día, con una velocidad media de doce kilómetros por hora.

Además, en caso de necesidad, se va por los atajos y así puede caminar mas de 15 leguas en un día.

Las cuevas muy pendientes, el viento, la lluvia y los malos caminos, son sin duda condiciones desfavorables para la marcha del velocípedo; pero no todos estos obstáculos son de igual importancia. Si teneis que subir una cuesta demasiado áspera ó larga, desmontais y cambiáis el ejercicio por otro que os hace descansar del primero. Apoyais entonces una mano en el instrumento, que se convierte, no en una carga pesada, como se ha dicho, sino en una especie de baston con ruedas. Es verdad que esto retarda y puede fatigar; pero las cuevas, como las medallas, tienen su reverso, y éste es su lado bueno. Cuando se ha llegado al extremo, cabalgais sobre vuestro animal, que de repente queda transformado en un caballo capaz de desbocarse si no tuviérais el freno en la mano. Sentado é inmóvil, con las piernas colgando ó apoyadas en los sustentáculos, os dejais llevar mucho mas de prisa de lo que podríais haberlo con el mejor caballo.

Sucedé con el viento lo que pasa con las cuevas. Hay aumento, pero luego viene la disminución del trabajo en opuesto sentido. Si os retarda el viento á la ida, á la vuelta os empuja. El viento de lado no incomoda mucho.

Lo que el velocípedo no puede vencer es el mal estado de los caminos, el lodo y el deshielo; pero ya se perfeccionará. Hace algun tiempo que se construyen ruedas ribeteadas con una cinta de caoutchouc, que, segun se dice, permiten correr en todo tiempo y lugar. En efecto, al caoutchouc no se adhiere el barro, cede á los pequeños obstáculos y vuelve á su primitivo estado.

Apreciados los inconvenientes, las ventajas que resultan se ven fácilmente. Seguridad, celeridad, diversion, utilidad higiénica y economía: hé aquí las principales.

M. Mathieu se expresa en estos términos sobre la última ventaja, que, á su entender, es la principal.

«El velocípedo puede reemplazar al caballo y al coche del médico rural, con tal que en los dias malos lo supla con un caballo de alquiler. Es una economía anual de dos á tres mil reales. Pero hay otra economía: la del tiempo. Saben nuestros compañeros rurales cuán engorroso es, para un viaje de noche, arreglar ó hacer arreglar el caballo, ya sea para una visita urgente ó para cualquiera otra. Comprenderán pues la utilidad de un corcel mecánico, siempre ensillado, siempre á la mano y siempre paciente. Hay mas: muchos son los viajes cortos que se hacen á pié! ¿Cuánto tiempo se gana si, en vez de tomar el baston, se toma... el velocípedo! *Experto crede*»

DATOS PARA LA HISTORIA DEL ALCANFOR.

Todavía no se ha refutado la idea generalmente admitida de que ha sido desconocido el alcanfor en la antigüedad griega y romana.

No se descubren indicios de este conocimiento mas allá del V ó VI siglo de nuestra era, si bien parece probable que fué conocido en la India antes de esta época. En un antiquísimo poema de la literatura sanscrita, que tiene por título *Tschaurá*, dice el poeta, burlándose de los que hacen grandes sacrificios para obtener resultados medianos: «Es como si tallasen en preciosos pedazos de alcanfor una empalizada para rodear campos comunes.»

No es fácil averiguar si el nombre sanscrito del alcanfor, *kaphura*, que significa blanco, pertenece originariamente á esta lengua. Puede

creerse, por el contrario, que el nombre de *alcanfor*, desprovisto de todo carácter de coloración, se habia hecho sinónimo de la palabra que significa blanco. Leassen nos ha dado en su obra sobre la *Antigüedad Indiana*, alguna luz sobre este punto.

El alcanfor es considerado como un producto de la India, en la obra designada bajo el nombre de *Geografía armenia*, obra curiosa por tantos títulos, y que se atribuye al historiador Moisés de Choren, en Armenia. Este escritor vivió hacia la mitad del siglo V, y es á quien debemos los primeros datos sobre el alcanfor, como tambien del almizcle, si es que verdaderamente es el autor de dicha obra geográfica.

La primera mención del alcanfor, posterior á esta época, se fija á principios del siglo VI. El poeta dice: «Había allí almizcle, alcanfor y tambien miel de Yemen.»

Al poco tiempo se empleó medicinalmente en Constantinopla bajo el nombre de *kaphura*; Aetios de Amida, lo usó en Mesopotamia, recomendándolo para uso externo y añadiendo la frase: «si es posible procurárselo,» lo que indica que esta droga era algo rara en aquel tiempo.

El alcanfor formaba tambien parte de los objetos preciosos que los príncipes de Oriente guardaban en sus tesoros, como lo vemos en diversas relaciones de historiadores árabes, siempre dispuestos á emitir sus ideas con cierta exageración. Weil cuenta, en su Historia de los cafías, que en el año 635 de nuestra era, los soldados de Omar cogieron en el palacio de Cosroés, en Madain, armas preciosas, la corona real guarnecida de enormes diamantes, un camello de oro y provisiones considerables de almizcle, ámbar, sándalo y alcanfor. Los guerreros árabes, segun cuenta el historiador, tomaron el alcanfor por una sal.

En el año 627, el emperador bizantino Heraclio, habia mandado destruir el palacio de Dastagard, cerca de Ktésiphon, perteneciente á Cosroés II; los soldados se apoderaron de grandes cantidades de gengibre, pimienta y madera de aloés; pero no se sabe si encontraron tambien alcanfor.

Esta droga figuró mucho tiempo entre los tesoros de los grandes de Oriente; así que en la segunda mitad del siglo XI, cuando Almutannir Abu-Temin-Mad, califa de Egipto, tuvo que dejar vender, en almoneda, objetos preciosos de su palacio del Cairo, se encontraron cargamentos completos de madera de aloés, de ámbar y de alcanfor.

Hemos indicado que la India conocia de antiguo el alcanfor, á cuyo país debió ser importado. Segun Boyle, se halla tambien en la madera del *camphora grandulifera*, que se encuentra en el Himalaya; pero no parece que este árbol proporcione el alcanfor del comercio, y Kanny-Loll-Dey declara que es semejante á la del Saffras de la América.

Es muy sorprendente que la China, que posee tan gran número de árboles de alcanfor, no haya tenido conocimiento de esta droga sino por la India.

Encontramos un hecho que habla igualmente en favor de esta opinión: en el siglo VII se comunicaban frecuentemente por medio de embajadas la India y la China. Kauffer refiere que en el año 642 de nuestra era, un embajador de la India llevó el alcanfor como tributo, ó mejor, como presente, que debía de ser muy apreciado en la corte de China. Cuatro siglos despues, Masudi habla de un presente del mismo género, pero sin indicar la época en que fué hecho: «Un rey de la India, dice, envió á la China 1.000 menas de madera de aloés, 410 menas de alcanfor del grueso de un pistacho y aun mas. El valor de la droga aumentaba segun el tamaño de los granos.»

Segun el mismo Masudi, hablando de las relaciones de la Pérsia con la China, el soberano de esta última, fecha un mensaje, dirigido al rey de Pérsia su tributario: «En el palacio cuyos rios fertilizan árboles de aloés y de alcanfor, que extienden su olor á dos parasangas de distancia.»

Las relaciones de la India con la Arabia occidental remontan igualmente de muy antiguo. Flira, puerto de Babilonia, veia ya en la primera mitad del siglo V subir el Eufrates embarcaciones indias y chinas, por lo que no debemos asombrarnos de encontrar entre los antiguos árabes conocimientos naturales exactos sobre el alcanfor. Así que el médico Ischak-ben-Amran de Bagdad, y mas tarde en Kainowan (situada al sur de Tunes) tenía un conocimiento exacto del origen del alcanfor, conocimiento que Delaurier, apoyándose en los manuscritos de la biblioteca Imperial de París, cuenta en sustancia de este modo: «El alcanfor es trasportado de Sofala, en Kalah, de Zabedsch y de Herendoch; el mejor viene de esta comarca, que es la pequeña China. Es la goma de un árbol que crece en este país, cuya madera es blanda y de color blanco, punteada de negro. El alcanfor es manchado de rojo, no se le encuentra mas que en el corazón del árbol, en donde se halla contenido en las hendiduras longitudinales. El mejor, llamado *Rahy* en memoria del rey Riah que le descubrió, es brillante, ligero, un poco coloreado de rojo, pero que se vuelve blanco por la sublimación; se le encuentra en Feysur.

La segunda suerte, llamada *Firkun*, es mate mas denso y de aspecto menos propio. Una tercera parte de color pardo, llamada *Kuksab*, segun unos, y, segun otros, *Karsab* ó *Karkas*, y otra última, llamada *Bakons* ó *Calonich*, llega en pedazos muy marcados de estrías longitudinales y mezclados con pedacitos de madera; y tienen un grueso que varía desde el volumen de una lenteja hasta el de una almendra.

Soleiman, mercader árabe que visitó Ceylan

hacia la mitad del siglo IX, observó que en este país se embalsamaban los cuerpos de los príncipes con aceite de sándalo, alcanfor y azafran; y que una parte de este alcanfor era llevado de la China, en donde el emperador compraba muy cara la cantidad que queria, y el resto era introducido en el comercio.

Abu-Bekr-Mohammed-ben-Zacharia-Arazzi, conocido con el nombre de Rasis ó Rhazés, cuenta que el árbol de alcanfor de Sumatra puede cubrir mas de 100 personas con su sombra, y que haciendo un agujero en las partes superiores, el *agua de alcanfor* corre abundantemente por agujeros practicados en la parte inferior, por cuya operación el árbol perece, y que, por lo tanto, el alcanfor, á la inversa que la goma, está situado en el interior del árbol.

Tenemos, pues, por Rasis y por Amran, la indicación precisa que el árbol conocido desde los tiempos mas lejanos, era el *dryobalanops camphora* y no el *camphora officinarum*, pues que la patria de esta preciosa droga, prescindiendo de la indicación geográfica muy incierta de Sofala, está señalada en las grandes islas de la Sonda, y particularmente en Sumatra. Lo que no podemos menos de hacer notar, es lo que se refiere á la sublimación del producto pardo, la comparación que se hace con la goma, y en fin, el conocimiento del *aceite alcanforado*, designado con el nombre de *agua de alcanfor*. Un poco mas tarde, á principios del siglo X, hallamos indicada mas exactamente por Masudi la situación del país de Fesur, ya designado por Yschak-ben-Amran, como el que produce el mejor alcanfor, y que él coloca en la isla de Sumatra ó en las cercanías. Este lugar de producción, segun Masudi, que se apoya en las opiniones formales de los geógrafos, designado con el nombre de *Ramin* por los antiguos árabes, se halla á 1.000 parasangas de Ceylan, y el país de Kansur es renombrado por sus minas de oro y su alcanfor, del que se recoge mayor cantidad en los años que se hacen notar por frecuentes tempestades y temblores de tierra.

Sin embargo, segun la incertidumbre de los caracteres árabes, al decir de los paleógrafos, se puede tambien leer Fansur, Fandur ó Tanfuó Kansur. Esta comarca pertenece á la costa occidental de Sumatra.

Segun Masudi, sus enseñanzas sobre el alcanfor, como las de Arazzi, están reproducidas por los escritores médicos ó geógrafos de los árabes; Mesufé, por ejemplo, enseñaba en el siglo X la preparación de los *trochisci capuros*.

Las indicaciones de Avicena, al principio del siglo XI, son muy notables, y añade que hay muchas suertes de alcanfor y que se obtiene por sublimación, que el ramaje del árbol puede cubrir con su sombra un gran número de personas que crece en las comarcas de la China, y que en su madera, que es blanda, blanca, muy ligera, se encuentran frecuentemente restos de alcanfor.

Si no se hubiese comprendido todavia bajo esta designación las comarcas de la China, Borneo, ya designado por Ischak-ben-Asuran, tendríamos por Avicena la primera indicación del *laurel de alcanfor de China*.

Abull-Harsan-el-Muchtar, que vivía en Egipto á mediados del siglo XI, compará á la sal blanca el alcanfor depositado en el tronco del árbol: «del producto bruto, dice, se obtiene por la cocción un producto puro llamado *firrolí* ó *sisyri*, que es tambien empleado para la construcción de imágenes (¿quizás estatuas religiosas?): hay muchas suertes á causa de su procedencia de las diferentes comarcas ó de los diferentes puertos de las islas de Madera, del árbol á cuya sombra pueden guarecerse mas de cien hombres; es blanca, con tendencia al rojo; es roja cuando el árbol se halla derribado recientemente, y se vuelve parda por su exposición al aire.» Lo que dice de la madera se halla confirmado en la monografía de Van Vriere. Sérapión, que reproduce á principios del siglo XII la relación de Masudi, describe la sublimación del alcanfor, y bajo el nombre de *alcanfor extraído del Chincum*, parece haber comprendido el alcanfor de China.

Edrisí ó Alidrisí, uno de los geógrafos árabes mas célebres que vivía en Sicilia hacia la mitad del siglo XII, coloca el alcanfor entre las especies mas importantes importadas de la India en su tiempo. Indica como depósito principal para los mercaderes, Ceylan, donde crece, segun él, el árbol mismo del alcanfor. Este árbol, dice, se parece al pastel; pero es tan grande, que cien hombres pueden cobijarse bajo su sombra; su madera es blanca y ligera; el alcanfor se recoge por esclapaduras hechas en la corteza del árbol, primero en su parte superior y luego por bajo. Además, Edrisí asigna por patria del alcanfor las islas de la Sonda, y particularmente Sumah. Su indicación, respecto de que el Ceylan posee tambien el árbol del alcanfor, es debida probablemente á una confusión fácil de explicar, por los elementos de investigación que tenia á su disposición; sus viajes no llegaron hasta el Ceylan ni las islas de la Sonda.

En las mismas fuentes parece haber bebido hacia 1070 Simeon Seth, que parece ser el primero que se ha ocupado del alcanfor entre los griegos modernos, por lo que se explica la conformidad de su relato. Vivía en Constantinopla, en donde las relaciones con los árabes se seguían mucho, sobre todo, en el tiempo de las Cruzadas, para que llegasen de Oriente los productos de las comarcas mas lejanas de la India. Uno de los compiladores de los escritos de Simeon Dominicus, Montisaurus de Verona, escribia en 1561 que Simeon Seth podia producir *alcanfor artificial*, lo cual no podemos admitir verdaderamente.

(Se concluirá.)

PERSIA.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS, POR D. EDUARDO GATELL.

I.

Si queremos estudiar el desenvolvimiento de la especie humana en el tiempo y en el espacio, la constitución moral y política de los pueblos, sus variedades y analogías, y lo que podríamos llamar su pensamiento característico, tenemos que remontarnos á la fuente de las instituciones religiosas y políticas, descendiendo al arte, como efecto y colorario de las mismas.

Generadoras de la filosofía y del arte, por las formas plásticas de que se reviste todo culto, reflejan en él el modo de ser de una raza, de una sociedad, de una época, especialmente en la antigüedad, en que la manifestación religiosa hermanaba todos los elementos constitutivos por los que tiende á exteriorizarse la inteligencia humana, formando ese gran conjunto que se llama civilización de un pueblo.

El arte nos demuestra, no solo esa primera intuición del alma que glorifica á Dios, cualquiera que sea, por otra parte, la falsa aplicación de sus atributos, sino todos los progresos y el desarrollo del sentimiento que encadena á la sociedad con la fe, señalando los diversos estados por donde ha pasado el alma y la inteligencia humana.

El canto del poeta, el cincel del artifice, la perspectiva de la pintura, y el templo que todo lo compendia, nos enseñan que la naturaleza no es vil materia, como pretende cierta escuela exageradamente espiritualista, sino obra resplandeciente de belleza, altar sobre el cual el alma se pone en relación con un orden superior de ideas, hacia las que no le sería dado levantarse si el mundo exterior no la rodeara. Encerrada en la caja del cuerpo, es una inteligencia servida por órganos, forma la doble alianza de la materia y del espíritu, convierte á aquellas en servidores, y la naturaleza en gran templo.

La idea del sentimiento del infinito, no de un infinito abstracto, sino vivo, origen foco de la vida, alma única de la creación, domina en los pueblos asiáticos, y su idealización mas completa se encuentra en la arquitectura. Expresión espontánea, puramente plástica con que el hombre canta y eterniza la gloria del héroe ó el dios, es culto monumento, y siempre invención constante que condensa el sentimiento colectivo, abriéndose camino para pasar á todas las edades, grandiosa y gigantesca, y siempre falta de unidad, intentando abarcar en su recinto la idea que la inspira, perdiendo el pensamiento en este desarrollo primero la conciencia de sí mismo.

El maniteísmo le confunde en la India con el universo, ya adorando al sér infinito absoluto identificándole con la naturaleza y el espíritu, ya distinguiéndole de todos los géneros particulares de la realidad. Su alegorismo, prodigamente variado, perfora la montaña de duro granito, la monstruosidad ciclopea, pretende encerrar en un espacio lo que no tiene espacio, y lo gigantesco, lo colosal, encuentra su mas acabada expresión.

No es Dios el que constituye el alma del mundo, es la naturaleza material divinizada, inmundo cieno en el cual se sumerge el espíritu adorando los productos animados ó inanimados, los astros, los animales, las plantas, los minerales, y la magia egipcia, remueve la montaña, la coloca sobre pesadas columnas, y las adorna zooféricamente. Por el contrario, es el politeísmo, elevándose del orden físico al orden moral, personificando en los héroes y en los dioses los atributos del hombre, animando su naturaleza sensible, entonces se encuentra la armonía, el equilibrio y la perfección, en la que se sacrifica la grandeza á la belleza de las formas, y el genio griego, aquel genio que ve nacer una diosa en la blanca espuma del mar, que puebla sus montes, sus valles y arroyos de dioses silvanos, faunos, sátiros, ninfas, driadas y nereidas, crea la columna el ligero fronton, la columna esbelta bordando la mole, y muere dando vida al mármol de la estatua.

En la India y el Egipto todo es colosal, fantástico, en Grecia, proporcionalidad, armonía. En Roma, amplificación como la elocuencia de sus oradores, y la

hueca cúpula invade el espacio, como su genio invadió la tierra.

Las escuelas bíblicas, el cristianismo y el islamismo, arrancan del gusto bizantino, se dividen en gótico y en árabe, y la arquitectura se hace aérea, flotante é impaciente, bajo la influencia de la idea que señala al hombre un régimen de penitencia. La idealización en la piedra, bajo este aspecto, llega á una expresión mas culminante. El alma se desprende de la tierra, el templo le recuerda á cada instante lo fugaz de la vida; la tibia claridad de las naves que parecen ser tumba de vivos, el eco de la pisada que se apaga, el humo del incienso quemado en los altares, elevándose en espirales, enroscándose entre las caladas aristas y rosetones, forman algo de fantástico; las agujas que hienden el espacio parecen abrir camino al alma.

Por eso estudiamos la arquitectura, y en ella el pensamiento de los pueblos, como madre del arte, no solo como madre, sino como primera forma del sentimiento que albergó todas las manifestaciones plásticas y los idealismos, siendo como la expresión del sentimiento colectivo.

Hasta la época moderna, la filosofía y la historia no habían estudiado todo lo que tiene de íntimo y abstracto el arte. ¡Ah! una estatua, un capitel, un templo arruinado, cuántas cosas no han explicado! ¡Qué vastos horizontes no ha visto desplegarse el hombre pensador! ¡Largos años de perseverante estudio, en los que consumía su vida hojeando empolvados pergaminos, le han explicado mejor que los monumentos lo que durante muchos siglos han sido arcanos, ó cuando menos, daba lugar á equivocadas y absurdas deducciones, que muchos eruditos sobre el tripode de la ciencia pretendían hacer pasar por verdades inconcusas? ¡No, en verdad; la sed de oro entre los mercaderes, la ambición de poder en los capitanes, el amor al estudio en los sabios, el afán de explorar en los viajeros, han rasgado esos lienzos, tras de los cuales se ocultaban tantos secretos, tantas maravillas!

Villiam Janes, Cherig, Pauthier, Calembrak, Lassen, los Schelegel y otros, penetraron el sentimiento religioso y filosófico de la India, tan profundo, elevado, trascendental y atrevido, como podía serlo el gran monólito que le encerraba, y los cantos del Ramayan.

Esto no bastaba, Champellian, Rosellini, Ken Parter, Mr. Mariette y Renau, explican el Egipto: ese antiguo pueblo, en cuyo suelo tuvieron lugar tan grandes hechos, se ha visto reconstituido; las sábanas de arena que cubrían tantas ruinas, han sido aventadas por sabios arqueólogos y célebres capitanes, que buscaron en él una página mas de gloria al pié de aquellos monumentos de cuarenta siglos que vieron pasar al gran Anibal con la espada rota en Zama. Los templos, los sarcófagos, fueron violados por Belzoni, que empuñaba él mismo la piqueta, esa piqueta que el protectorado de la Gran Bretaña ha puesto en mano de los despojadores de su nación. Los monumentos de Ipsamboul, han sentido crugir sobre el pavimento la espuela de los hijos de la revolución: el silencio jamás interrumpido, lo fué quizás por primera vez desde Sesostres, que desde su sepulcro no pudo atraerse tanta admiración como Federico II, á pesar de haber legado tan gran nombre á la posteridad con sus conquistas y monumentos.

Si los escombros de la patria de los Faraones han sido removidos, tambien lo fueron los de la patria de Ciro y Cambises. El antiguo imperio de los medos y pasargados cuyos reyes, despues de vestirse el ropaje de Ciro, visitaban á Toncal Schemchid para volver á él antes de morir, siendo enterrados en aquellos sepulcros colocados en el recinto del palacio, donde se conservaba su cuerpo con grande esmero despues de mil ceremonias, nos han demostrado cuán equivocadas eran muchas ideas que hasta hoy se tenían de este pueblo.

Hé aquí por qué el arte, además de responder á esa noción absoluta de una idea superior, es, sin embargo, accidental y variado en sus manifestaciones, y en las cuales entra en no pequeña parte, además del clima, las instituciones que alteran la tradición primitiva bajo formas convencionales, explicando lo visible por lo invisible, tomando cada mitología una parte principal del aspecto bajo

el cual se muestra la naturaleza á cada pueblo.

Las pláticas religiosas de los habitantes del Nuevo mundo, participaban mucho de la vida nómada y de la sangüinaria idea que tenían de sus dioses. Las divinidades de la India, en medio de aquella rica y exuberante vegetación, se bañan en lagos de frescas y cristalinas aguas, luchan en la tierra, en los cielos, y en los abismos. El griego, habitante de un país dividido en islas, teniendo siempre á la vista la azulada superficie de los mares y una naturaleza de proporciones mas limitadas, rebaja á sus dioses en dimensiones: su olimpo se asemeja á una de las cartas de los príncipes, los dioses pasan el día y la noche en juegos, festines, ejercicios corporales, saboreando, por fin, la ambrosia, sin la cual su inmortalidad cesaría: bajan tambien á la tierra, pero con rostros, con pasiones humanas.

El persa, confundiendo la vida y la tradición con las revoluciones siderales, ordena la corte celestial conforme á la gerarquía terrestre que tiene á la vista, y ofrece, como todo el Oriente, aunque con alguna diferencia, la imagen de la inmovilidad, bajo el jefe supremo de la nación que, oculto en su palacio, hace sentir por todas partes y á cada momento su acción invisible, su voluntad absoluta, que domina todas las voluntades particulares y gobierna el mundo moral, constituyendo una verdadera unidad; pero unidad muerta, infecunda, hecha á semejanza del mundo panteísta de los bracmines.

Avasallando esta idea la inteligencia, el simbolismo de la arquitectura debía reproducir por todas partes el poder real, considerando como una impiedad cualquier expresión figurada de un espíritu etéreo. A esto se debe el que los templos presenten el doble carácter de templo y morada real, como lo acreditan las ruinas de Persépolis.

No obstante, la Pérsia, con su religión eminentemente espiritualista, alcanza una visión mas clara de Dios, alejándose bajo este punto de vista de los demás pueblos asiáticos, tanto como se aproxima á los hebreos.

El arte, á pesar de este gran elemento de vida, sujeto á reproducir el poder real, á buscar para el culto del fuego lugares que esparzan por la atmósfera la suave llama del Ormuz, construye abiertas rotondas y las adorna con las estatuas de los reyes.

En resumen: el templo, lo mismo en la India que en la China, la Pérsia que el Egipto, Grecia que Roma, es el primer libro de estudio para el artista y el pensador; la mas completa síntesis de las edades y de las instituciones, partiendo de él como de un centro el sentimiento que armoniza y liga artísticamente todas las partes diversas para desenvolver plásticamente esa noción de lo finito en lo infinito, ley suprema de la humanidad y de la creación.

II.

Sin que sea nuestro ánimo entrar en el campo de la historia, no obstante, por exigirlo el plan que llevamos, apuntaremos los rasgos mas notables de la del pueblo persa, en constitución religiosa, moral y política, como base de apreciaciones sucesivas.

Llamamos Pérsia, no solamente al país silvestre y montuoso denominado Parsis por los antiguos, y Farintan por los modernos, sino tambien toda la comarca que se extiende mas abajo del Cáucaso, entre la Menopotamia y la India, designada por los orientales con el nombre de Heiran, en oposición al Turan, que indicaba la Scitia y la Tartaria.

La antigüedad de este pueblo está probada por las Sagradas Escrituras, puesto que los escritores hebreos le mencionan con frecuencia, particularmente en la época de la servi lumbre, y los profetas Daniel y Ezequiel conocieron ya su religión.

Sus orígenes comienzan en los medos, guerreros independientes y montaraces, oriundos de un país frío y mal cultivado, que invadieron y se enervaron en las llanuras del Asia, donde extendieron su imperio desde el Tigris al Alú, atravesando un período borrascoso, hasta que mezclados con los pasargados, de los cuales nació Ciro, adelantaron los persas en civilización, alterándose los séres primitivos, conservándose empero la clase de los magos, guardadores de las leyes

y los restos medos, si bien perdiendo mucho bajo la vigorosa mano del vencedor (1).

Cambises, hijo de Ciro, habiendo subyugado el Egipto, resolvió desterrar el culto fetiquista, no tan solo por la enemistad personal al rey Amasis, sino porque su religión le inspiraba aversión hacia la idolatría egipcia, para lo cual hizo desenterrar la momia de Amasis, golpeándola y atravesándola con el acero. Hecho indigno de un rey que, llevando aun mas lejos este sentimiento de odio, la quemó, destruyendo tambien edificios y monumentos que habían contado siglos y los esfuerzos de una generación.

Primer ejemplo de una reacción iconoclasta, repetida en la antigüedad y en los modernos tiempos, en los cuales hemos visto en la civilizada Europa, y muy en particular en España, que el odio á ciertas instituciones llevó á destruir magníficos objetos de arte, cuyos mutilados restos acusan á sus autores de haber comprendido mal la idea y práctica de libertad (2).

Cualquiera que sea el resultado, los ultrajes y violencias políticas y religiosas, ya vengan de arriba, ya de abajo, han producido el efecto contrario del que se proponían sus autores; así fué, que esto no solo impidió el que una nación que tanto respeto y veneración guardaba á la memoria de los muertos, se asimilase á la Pérsia, sino que mantuvo vivo el odio y antagonismo entre egipcios y persas (3).

Su religión, la adoración del fuego, fué originaria de los mismos ucantes donde nació la de la India: basada en la dualidad de la luz y las tinieblas, representaba la lucha entre dos principios, lucha que debía terminarse con el triunfo del primero, personificado en Ormuz para luz, y Arimanes, genio del mal, á quien la envidia hizo perverso, de bueno que era en un principio.

Natural parecia que un pueblo esencialmente guerrero, en la oposición constante de un combate perpetuo entre dos principios, considerase el mundo dividido en dos campos rivales, á saber: el cielo y el abismo, fuera de la naturaleza sensible. Pero dejando á un lado el aparato astronómico, mezclado con las tradiciones indias y hebraicas, y fijándonos en el aspecto del lenguaje, de la poesía y de las tradiciones, veremos que se aproxima mucho á la India, con la cual el magismo primitivo quizás estuvo en comunidad de creencias, y á los hebreos en el aspecto de la poesía.

No entraremos á investigar estas analogías, que, por mas útiles que sean, nos desviarían de nuestro propósito. Indicaremos solo algunas, para apreciar mejor el simbolismo artístico. Admite, como la India, la unidad del infinito é in creado que produce, abarca y resume la creación, admite el período de doce mil años: solamente el dualismo prevalece sobre el panteísmo: la idea de la emanación cede á la creación, lo finito á lo infinito: lo ideal y lo real son aquí mas distintos, y en vez de ser el mundo una generación operada por el amor, es para los magos una mezcla de contrarios en

(1) Es de creer que entre los antiguos medos, que tanto punto de contacto tenían con los indios en sus instituciones, los magos formarían una casta privilegiada que, como entre los bracmines, dominaría á la guerra.

(2) Debemos hacer la salvedad, en honra de nuestra patria, que la destrucción se llevó á efecto por hombres ignorantes que confundieron bajo un mismo anatema instituciones y cosas. De pasión política y sentimiento, no comprendían que hubiese otro de manifestar su reprobación. Afortunadamente, algunos amantes del arte salvaron muchos objetos, que nos enseñan á mirar con respeto las obras de nuestros mayores.

(3) No parece necesario mencionar hechos históricos en comprobación, cuando se ofrecen á cada paso. Citaremos solo uno de nuestros dias, que prueba de una manera evidente cuán expuesto es chocar contra el espíritu de un pueblo. En las guerras del primer Imperio, la Francia, que disputaba á la Inglaterra la explotación de la India, invadió la pagoda de Chalebrun, una de las mas célebres, y la convirtió en salón de baile. Los ingleses, con la sagacidad que les distingue y que, sea dicho de paso, sería mas laudable si fuese mas generosa, arrojaron á los franceses, devolviéndola á los indios, que vieron en aquello un acto de clemencia, cuando no era otra cosa que el medio para hundir mejor su garra el leopardo británico. Por eso dominamos. Nosotros hemos hecho todo lo contrario: lo mismo en Europa que en América, el espíritu de intolerancia, lo decimos con dolor, ha sido nuestro mas glorioso timbre.

lucha. El hombre es parte y agente en estos combates, y no puede caer en la indolente atonía de los indios, sino que antes bien, se vé excitada su actividad moral; pero á la par que cada cosa es distinta, también se encuentra rebajada, puesto que no se contempla á Dios mas que como un tiempo finito que hace desaparecer la metempsicosis braconica con su magnífica alternativa de creación y destrucción, que tan provechosa fué al arte. Avasallada la situación y la reflexión, de tal manera se eleva al culto de los elementos y de los astros, enlazándolos á la idea de un sér eminentemente bueno depurándole, que ni el panteísmo, ni el antropomorfismo, jamás se revelan en el arte.

Es verdad que se han exhumado bajos relieves, cilindricos simbólicos, y especialmente animales fantásticos que parecen indicar no existía repulsión hácia las representaciones figuradas; pero esto no prueba su antropomorfismo, que pudo provenir tal vez de su contacto con las naciones del Asia y del Africa, y mas tarde, con los griegos y romanos.

Hé ahí por qué el culto de Mithra, que tomaron en lo antiguo de los asirios y babilonios, adquirió una apariencia de idolatría, pues bajo el nombre de Mithra se adoró el fuego celeste (1), y sus ritos que algunos suponen de una antigüedad muy remota, haciéndoles subir, como Depuyé, á cuatro mil quinientos años antes de Jesucristo, llegaron á vivir y desarrollarse en Roma imperial, resistiendo, aun despues del cristianismo, á la espada de los conquistadores, á los cambios políticos y sociales en el país natal, luchando en pueblos muy distantes con el cristianismo en las heregias gnósticas, y siendo bastante fuerte para sostener el antiguo imperio de los Sasanidas, de tal manera, que mas tarde, perseguidos sus adeptos por la intolerancia musulmana, prefirieron abandonar su patria antes que abjurar del culto, refugiándose muchos en los desiertos de Kerman y del Indostan, donde conservan con fe su culto y tradición (2).

Argüiria falsa crítica acusarles de idolatría; el horror hácia el culto egipcio, hemos visto dónde llevó á Cambises; tanto que los hebreos, aquel pueblo escogido, aquel pueblo que mientras Maciés, sobre la cumbre del Sinai, se inspiraba en el código de la humanidad, mientras los hijos de Sian adoraban el becerro de oro, no pudo tenerlo mayor, pues durante la dominación de los persas, los hebreos, que se hallaban diseminados, se reunieron, y el templo destruido se volvió á edificar. Clara diferencia de la dominación persa y egipcia.

Semejante conducta no podrá decirse que fuera debida á un acto político de los reyes persas, puesto que, en la antigüedad, ciertas nociones de derecho natural, y las convenciones que la ilustración mas tarde obligó á adoptar, no tenían entonces lugar; todo cedía ante el despotismo del conquistador. Era necesario para ello la solidaridad política y religiosa, que raras veces se ofreció en la antigüedad.

(1) Mithra era Militta, á la cual se tributaba vergonzoso culto en Babilonia como principio femenino de la creación. Diosa de la fecundidad, de la vida, del amor, al mismo tiempo que de la muerte y de la venganza, reunía en sí misma los atributos que el politeísmo griego repartió en re Vénus, Proserpina, Hera, Hecate, Artemisa, etc. Plutarco nos dice que Mithras era considerado como el mediador; lo cual quiere decir que participaba de la naturaleza de los dos principios; ora colocándose entre ellos como mediador, ora haciéndose juez; por eso no vemos figurar en los monumentos mítricos el globo del sol, la clava, el toro; símbolos de la verdad suprema, de la suprema actividad creadora, de la suprema fuerza vital: trinidad de la que hablaban los oráculos de Zoroastro.

(2) En Surata, Bombay, á orillas del Ganges, en medio de la Pérsia, junto al mar Caspio, los descendientes de los gueebros aborrecen la idolatría y ven en el fuego el símbolo de la divinidad. Existe en Arteh-Gah, en el Cáucaso, un recinto cuadrado que contiene veinte celdas; es un convento de los sectarios del Zeud-Avesta. En medio del claustro se levanta un altar con cuatro chimeneas cuadrangulares, en cuyo centro arde de continuo una hoguera, alimentada por el nafta abundante en aquel sitio; hay en cada celda varios tubos, por donde sale el gas inflamable que encienden los reclusos á ciertas horas del día y de la noche. Aquellos monges, siempre tranquilos, esperan con ansiedad la aparición del sol, le saludan con aclamaciones, y no bien le han visto, se abrazan unos á otros. Única manera de manifestar aquel antiguo amor á la naturaleza de los primitivos persas.

Antes de que Gelon, rey de Siracusa, llevado de las ideas humanitarias de su pueblo hubiese estipulado un tratado con los cartagineses, por el que debían abstenerse de sacrificar víctimas humanas, ya Dario había prohibido igualmente aquella crueldad.

Además, ya se sabe que aborrecían el fetuquismo todavía mas enérgicamente que los hebreos, y tanto en unos como en otros, residía el sacerdocio en una sola tribu. No constituían los magos una secta hereditaria como la de los bracones, sino que se les escogía entre la flor de cada tribu, y su educación les hacia pasar por diferentes grados de iniciación (1). Diferenciaban los animales en puros é inmundos; recurrían con frecuencia á la purificación, repelían con gran solicitud á los leprosos, llamándoles esclavos de Arimanes, y sabían que en algun tiempo vendría el Redentor á salvar á la humanidad, por lo cual jamás han podido confundirse con pueblo alguno. Reconocían y adoraban el mismo Dios de luz que los hebreos, y aunque este conocimiento de la verdad estaba mezclado en muchas poesías con ideas mitológicas y errores esenciales, notamos, con todo, en el arte analogías, que si no aparecen mas marcadas, es debido en gran parte á la constante movilidad del pueblo hebreo; sin dejar de notar que la Sagrada Escritura, llama á Ciro el ungido del Señor, dictado que ciertamente nose hubiera aplicado á un Faraon egipcio, cualquiera fuesen, por otra parte, los títulos que le hicieran acreedor á él.

El mismo rey de Siria, que persiguió violentamente á los hebreos por causa de su religión, queriendo obligarles á adoptar el culto de los griegos, persiguió también la religión persa; y Alejandro, comprendiendo que aquello era un obstáculo para llevar adelante sus planes unificadores, que debían hacer de los griegos y persas una sola nación, trató de destruir la orden de los magos, mas con aquel objeto, que con el de poseer el supremo imperio. ¡Vana quimera! Era preciso, para llegar á este gran resultado, que ambas religiones pudieran confundirse; era preciso que la doctrina de Zoroastro fuese extirpada, y que los cultos griego y egipcio se naturalizasen en Pérsia. ¡Unir tres religiones! Mas fácil le hubiera sido al Macedon llevar su carro triunfador por todos los ámbitos de la tierra.

Léanse también los escritos sagrados, al menos los que conservan la verdadera forma del Zeud-Avesta primitivo, y en medio de un contenido, las mas veces litúrgico, se descubren doctrinas iguales ó parecidas á las de los hebreos sobre la omnipotencia del Creador, sobre la luz y las tinieblas, sobre la palabra de vida, los siete primeros órdenes de espíritus malignos, mezclados con la creencia natural de los astros, y con la fuerza divina de los elementos puros, como el fuego y el agua (2). No solo el Zeud-Avesta, sino el Desatir, libro sagrado de los abadios, secta muy parecida á la de los gnósticos, representa la antigua fe sidrea interpolado con la idea fija de la unidad del sér.

A pesar de este carácter esencialmente moral, bajo el aspecto de un verdadero idealismo, el error fundamental de admi-

(1) Primeramente eran Erbedos ó discípulos; luego Moberdos ó maestros perfectos; y por último Destur-Moberdos ó maestros superiores. Por gran distinción se admitía en su seno á los extranjeros como lo fueran Daniel y Temstocles. Llevaban una banda en la cintura, no al cuello como los bracones, y el Bersom, haz de junco atado con una cinta. Para ejercitar su paciencia tenían que sufrir un largo noviciado, cavando la tierra hasta encontrar agua; pasar á través del fuego; ayunar en la soledad. Era de su incumbencia todo lo relativo á la religión y á la ciencia; como interpretar los libros sagrados, observar el curso de los astros, vaticinar el porvenir según los diferentes aspectos y según los sueños.

(2) Al principio el fuego terrestre divinizado, no era para ellos mas que el signo ó el remedo de la oración y de una fuerza sensible: imagen del fuego primitivo que junta Ormuz á la creación infinita; produce lo mejor y engendra la luz por su unión con el agua. Véase aquí por qué el fuego diseminado por todas partes, era llevado delante de los reyes bajo el nombre de Dalgale; resplandecía en las hogueras sagradas que se encendieron primeramente sobre la desnuda tierra, luego sobre los altares, y por último, bajo las bóvedas de los templos (*ates chagad pureoir*), figurando el cielo, construidas al raso á fin de que el viento esparciese libremente por todas partes el suave olor de la llama de Ormuz.

tir un poder que resistía todo lo que hay de bueno y de bello en el hombre y en la naturaleza, debía, por grande que fuese la influencia del primero sobre aquel, robar el idealismo al arte, puesto que la naturaleza y el hombre nada eran comparativamente al poder de Dios, que impalpable, no podía tomar formas ni ser traído á la mente por relación, á pesar del naturalismo profundo, brillante, poético de la religión. Por eso la degeneración del culto primitivo en Babilonia, donde el culto de la luz se convirtió bien pronto en una verdadera idolatría, contribuyó al progreso del arte; viéndose desde su origen magnificencia en la arquitectura y en las artes mecánicas, que tanta variedad ofrecieron en los vestidos y adornos.

(Se continuará.)

FUNDAMENTOS

DE LA PRETENDIDA INFALIBILIDAD DEL PONTIFICE ROMANO.

II.

Los neo-católicos se distinguen por la perseverancia de sus propósitos y su tenaz oposición á la libertad de examen y de conciencia. No basta á sus fines la divinidad de Jesucristo, como no les sirve á su interés la santidad de Dios; é idolatras cuanto hipócritas, aspiran á que el mundo adore al Papa, el Dios clérrigo, ante cuyo criterio, subyugado por la compañía de Loyola, se han de inclinar la razón y la ciencia, la civilización y el progreso. Por el empeño que en todos tiempos mostraron, y que hoy exageran hasta la ceguedad, de conferir al Papa-rey el poder y las facultades que el Divino maestro solo confirió á su Iglesia, que es la reunión de todos los fieles, de todos los que practiquen la doctrina de amor; por el insensato afán de someter el pensamiento humano al estrecho molde del interés eclesiástico, no temen provocar una crisis suprema, la mayor de las que ha sufrido el pontificado en su azarosa existencia.

El momento histórico que han elegido los neo-católicos para librar la gran batalla contra la libertad y el progreso, es el menos oportuno, y así lo están consignando varones tan eminentes en la comunión romana como el obispo de Orleans y el padre Gratry; pero se hacen la ilusión de que aun ejercen sobre la muchedumbre de los católicos una influencia decisiva; cuentan con recobrar la perdida sobre los prelados disidentes en consideración al temor de producir un cisma, y esperan que, al definirse el Concilio del Vaticano por mayoría de votos el que ya se permiten llamar dogma de la infalibilidad, las gentes sencillas primero, y luego los Gobiernos por debilidad, y los pueblos mas tarde por costumbre, caerán de rodillas ante el ídolo de Roma.

No tememos que eso suceda; pero á eso se aspira. La humanidad no abdicará su razón en pleno siglo XIX, y es inminente la gran catástrofe que hace siglos se viene atrayendo el pontificado, y que hoy apresuran sus torpes cortesanos, creyendo conjurarla con su audacia. No han podido contener la corriente de la civilización hácia la libertad y la armonía; no han tenido medios morales ni materiales, y eso que de estos han abusado, para impedir la emancipación de la conciencia humana, y en su despecho pretenden evocar el fantasma de un poder que apenas logró tocar Gregorio VII, y tras del cual han corrido desatentados sus sucesores, alejándose tanto más del ideal de santidad que alentaba á este Papa, cuanto más se han acercado al grosero materialismo del poder real.

Para sostener el vacilante poder temporal apela el neo-catolicismo, en su agonía, á proclamar como dogma la infalibilidad del Papa, que equivaldría á su divinidad y á la supremacía espiritual y temporal sobre la Iglesia, y sobre todos los poderes de la tierra. Y como los neo-católicos no vacilan en sus heregias, reproduciendo la opinión de Belarmino, para probar que Pedro y sus sucesores en la silla romana son la piedra angular de la Iglesia, dicen que, siendo una virtud la fe en Jesucristo, no es á propósito para servir de base á una sociedad visible, como lo es aquella.

Y sin embargo, según los términos de la escuela, Jesucristo es el fundamento

de la Iglesia, pues que su edificio se mantiene por la virtud de su espíritu. La fe en su nombre es por tanto el fundamento formal de dicho edificio, porque solo de esta manera se apoya la Iglesia en Jesucristo. Según el Concilio de Efeso, Conc. T. III, pág. 135, «Jesucristo es nuestro fundamento, descansando en él por la fe.» Pretender que un edificio espiritual como la Iglesia cristiana se apoye en un fundamento visible y sensible, confundiendo así la naturaleza de las cosas, deja de ser hábil en esta época poco entusiasta de la teología escolástica, para aparecer como un sofisma sin mérito alguno.

Aun cuando sea verdad que la Iglesia es también una sociedad visible, aun cuando no sea éste su carácter esencial y constitutivo, no lo es ménos, sin embargo, que la cristiana fué formada, sostenida y animada por un espíritu invisible, el espíritu de la fe que la alienta, como el alma á nuestro cuerpo. En tal concepto, solo podía admitirse la idea de que el alma de San Pedro y no su cuerpo fuese el fundamento de la Iglesia, en cuya suposición se halla el pretendido inconveniente de que sea invisible dicha base, como observa un sabio teólogo, cuyo juicio nos sirve de guía en este trabajo.

Por otra parte, continúa el escritor á quien aludimos: ¿de qué habria servido á la Iglesia ese fundamento espiritual sin la fe en la autoridad de San Pedro? Será necesario, pues, volver siempre á la fe, único fundamento sólido de la congregación de los fieles, siendo, por consiguiente, mucho mas lógico y cristiano deducir que la fe en el hombre-Dios es superior á la que se pueda tener en un hombre, la cual no habria sido suficiente para fundar un edificio divino. Por esta razón opinaron la mayor parte de los padres de la Iglesia que la fe en la divinidad de Jesucristo era la piedra angular de tan poleroso edificio.

De Launocita diez y siete de estos Padres, que han aplicado también á San Pedro las palabras del Salvador: *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, y como los principales de ellos son Orígenes, Tertuliano, San Hilario, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín y San Cirilo de Alejandria, vamos á probar con sus propios testimonios que, al explicar de esa manera el texto evangélico, han considerado, no tanto la persona de San Pedro como su profesión de fe, lo cual, en suma, significa que consideraban á dicho apóstol como confesor de la divinidad de Jesucristo. «La fe—dice San Ambrosio, *de incarn.*, cap. 5—es el fundamento de la Iglesia. Porque no es de la persona de Pedro, sino de su fe, de la que se dijo que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Lo que ha vencido al infierno y destruido más de una heregía, es su confesión de fe, porque siendo parecida la Iglesia á un buen navío combatido frecuentemente por violentas ondas, el fundamento en que descansa debe ser bastante fuerte para resistir á todas las heregias.»

«Yo creo,—dice San Cirilo de Alejandria, *Dial. 4. de Trin.*—que esta piedra es la fe firme é inquebrantable del discípulo, sobre la cual se halla tan bien fundado y seguro el edificio de la Iglesia, que no puede nunca caer ni ser destruido por las mismas fuerzas del infierno.»

San Agustín, que es uno de estos padres, nos dice que no está edificada la Iglesia sobre San Pedro, sino sobre la piedra, la fe que ha confesado: *Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam; non supra Petrum, quod tu es; sed supra petram quam confessus est. Serm. 270, in die Pent.* Hablando de la división ocurrida en Corinto en tiempo de San Pablo, se expresa así el mismo padre: *Ang. Serm. 76, de Verb. Dom. núm. 2.* «Hombres que querían ser edificados sobre otros hombres decían: ya soy discípulo de Pablo; y yo lo soy de Apolo; y yo lo soy de Cephas, ó sea Pedro; y otros que no querían ser edificados sobre Pedro, sino sobre la piedra, decían: por mi parte, yo soy el discípulo de Jesucristo.»

Es claro que á estos últimos fieles prefirió San Agustín, y bien se comprende por sus palabras y el espíritu en que las inspira, que, como nosotros, cree que la Iglesia ha sido edificada sobre la piedra, que es Jesucristo, como afirma el padre Scio en su nota al versículo 42, cap. XXI del Evangelio de San Mateo, citando, pa-

ra mayor autoridad, las palabras del propio San Pedro. Necesario es, por consecuencia, reconocer que cuando San Agustín dice que la Iglesia ha sido edificada sobre San Pedro, no se refiere precisamente á su persona, sino á la confesion de la divinidad de Jesucristo. En tal caso, y no pudiendo darse otro sentido al concepto de San Agustín, si la Iglesia fué fundada sobre la fe que confesó dicho apóstol, pues que sus demás cofrades profesaron la misma fe, sobre todos ellos fué igualmente edificada, no sometiendo de modo alguno á la autoridad de San Pedro.

No son más favorables á la supuesta primacia de San Pedro los padres que han creído, como los neo-católicos, que se fundó la Iglesia sobre este apóstol, pues han atribuido igual prerogativa á todos sus demás compañeros. «Si creéis que toda la Iglesia está edificada sobre Pedro solo—dice Origenes in Mat. tomo XII, N. II—¿qué direis de Juan y de los demás apóstoles? ¿Osaremos decir que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y esta otra: sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, se cumplimentados y cada uno de ellos?»

«Los apóstoles—dice Tertuliano, libro IV, cont. Marc. N. 39—son las piedras y los fundamentos sobre los cuales hemos sido edificados, habiendo sido levantados, según San Pablo, sobre el fundamento de los apóstoles.»

Oigamos de qué manera se expresan sobre el particular San Hilario, San Jerónimo y San Cirilo de Alejandría.

«Por tener los apóstoles el corazón recto y bueno, fueron de tal manera perfectos, que llegaron á ser los fundamentos y las columnas de las Iglesias. Hil. in Psal. L. XVII, núm. 10.»

«Decís que sobre Pedro está edificada la Iglesia; pero en otro pasaje de la Escritura se dice que está edificada sobre todos los apóstoles.»

«Esta casa ha sido construida sobre la base de los apóstoles y de los profetas... Dios (en Isaías) habla á Jerusalén, es decir, á la Iglesia de los primogénitos, á la que fué fundada sobre los apóstoles y por los apóstoles.» Hieron. libro I, adv. Job. L. in c. 2, etc. 62. Isaia.

«Jesucristo es el fundamento y la base inquebrantable de todos los fieles... Porque todos hemos sido edificados sobre él para formar una casa espiritual. Los apóstoles y los evangelistas, que han sido testigos oculares y ministros de la palabra para el establecimiento de la fe, pueden ser también considerados como los fundamentos próximos y más vecinos de nosotros... El salmista ha dicho: Sus fundamentos están en las santas Montañas; estas Santas Montañas son los santos apóstoles y evangelistas, cuyas instrucciones han sido para los convertidos por ellos como un fundamento que los afirma é impide incurrir en el error. Cyr. L. IV, in Isai, orat. 2.»

El Pontífice romano, Nicolás III, confiesa la misma verdad en estos términos In. 6, Dec. L. 1 de Elect. c. 17: «Al decir el profeta que los fundamentos de la Iglesia militante descansan en las Santas Montañas, designa evidentemente por estas Montañas á los apóstoles y predicadores del Evangelio, sobre los cuales se apoya todo el edificio de la Iglesia, y que, siendo sus firmes bases, se hallan ellos mismos sólidamente establecidos sobre el fundamento, fuera del cual nadie puede fijar otro, pues es Jesucristo.»

Agreguemos á este precioso testimonio de un Papa la autoridad irrecusable de un cardenal romano, célebre por sus obras y su mérito, á fin de que se vea cómo en el seno mismo de la secta neo-católica, y cuando ya se exageraban las pretensiones á la supremacía pontificia romana se abría paso con toda elocuencia la verdad de que nos hacemos eco. «Sabemos que Pedro no ha recibido de Jesucristo mayor poder que los demás apóstoles—dice Nicolás de Cusa, de Conci. Cath. Lib. II, cap. 13.—Porque nada se dijo á Pedro que no se dijera á los otros. De la misma manera que se dijo á Pedro: «Todo lo que tú ligares, etc., se dijo á los demás: «Todo lo que vosotros ligareis, etcétera. Y si se ha dicho á Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra, etc.; entendemos que esa piedra es Jesucristo confesado por él. Y aun cuando fuere preciso entender que San Pedro era

la piedra fundamental de la Iglesia, los demás apóstoles, según San Jerónimo, fueron, como él, piedras fundamentales. Por esta razón decimos que todos los apóstoles fueron iguales á Pedro en poder.»

En las Santas Escrituras se halla bien demostrada esta verdad, dolorosa para los ultramontanos, como nos vamos á permitir recordar á las gentes piadosas, para quienes hacemos este trabajo. «Y el muro de la ciudad tenía doce fundamentos—dice San Juan, Apoc. XXI, cap. 14—y en estos doce, los nombres de los doce apóstoles del Cordero, cuyo texto anota en estos términos el P. Scío: Estos doce fundamentos son también los apóstoles; porque la Iglesia se fundó sobre la fe que ellos predicaron distribuidos por todo el mundo.» «Ya no sois extranjeros ni advenedizos,—escribía San Pablo, Ephes. II, 19 y 20—sino que sois ciudadanos... edificados sobre el fundamento (no de Pedro solo) sino de los apóstoles y profetas, en el mismo Jesucristo, que es la principal piedra angular;» cuyo texto comenta el propio padre Scío, de neo-católica é irrecusable autoridad, explicando que el fundamento de los apóstoles significa la doctrina que ellos predicaron y anunciaron los profetas, y que de la manera que en el ángulo de una fábrica se unen las dos paredes, del mismo modo los dos pueblos (los efesios y los judíos) se unieron en Jesucristo. En esto se funda positivamente San Jerónimo para decir, «que la Iglesia está igualmente apoyada y afirmada sobre todos los apóstoles.»

A estas citas de aterradora fuerza para los que, con el fin de atribuir al Papa la infalibilidad, suponen que solo á San Pedro confirió el Salvador todo su poder y toda su autoridad sobre la tierra, trascendental poder que alcanza al cielo, cuyas puertas abre, agregamos algunas observaciones que nos suministra un escritor eruditísimo del siglo pasado, cuyo libro pensamos en breve dar á conocer, para que atrevidos escritores neo-católicos no supongan que plagiamos á Janus, Doelinger y el abate Gratry, cuyos autores, por desgracia del que esto escribe, no ha tenido tiempo de leer siquiera, como habría deseado, y deplora no haber podido hacer. ¿Por qué no reproduce el crítico audaz á quien aludimos, los textos que supone plagiadados?

«Puede sostenerse formalmente que San Pedro fué el único fundamento de la Iglesia, siendo así que, según la expresión de San Pablo, obligaba á los gentiles á judaizar? Y en cuanto á sus pretendidos sucesores, los obispos de Roma, ¿era Siberio el fundamento de la Iglesia, cuando suscribía la heregía Arriana, cuando se apartaba de la comunión de San Atanasio, el sosten y el consuelo de la Iglesia, y cuando San Hilario le lanzaba anatemas con aplauso de todos los verdaderos fieles? ¿Era Vigilio el fundamento de la Iglesia, cuando hacia profesión de no reconocer más que una naturaleza en Jesucristo, anatematizando á los que le reconocían dos? ¿Era Honorio el fundamento de la Iglesia, cuando condenaba á los católicos y se unía á los Monotelitas? ¿Lo reconocían como tal los Concilios y los mismos Papas que le sucedieron, cuando lo anatematizaban como pérfido y herege? ¿Era Gregorio VII y muchos de sus sucesores el fundamento de la Iglesia, cuando sostenían como verdad cierta que habían recibido el poder de disponer de las coronas? ¿Era Alejandro VII el fundamento de la Iglesia, cuando le imponía una ley de perjurio y de injusticia? ¿Lo era Clemente XI, cuando sustituía un nuevo Evangelio al de Jesucristo?»

Otros Papas podrían citarse que han enseñado grandes errores, añade el autor precitado. Juan VIII, por ejemplo, en su carta á Focio, condena como escandalosa la adición filioque, y como una blasfemia el sentido que contiene, declarando que considera como transgresores de la palabra de Dios, y corruptores de la doctrina de Jesucristo, á los que tuvieron la insolencia de hacerla, á quienes equipara á Judas. Fleuri, tom. II, l. 53, título 24.

Gregorio II decidió que un matrimonio, aun cuando estuviese consumado, quedaba irrito por impotencia sobrevenida á la mujer, siendo árbitro el marido de casarse con otra. Conc. t. VI, página 1448.

Gregorio III ha enseñado que es una acción inmundada y execrable comer carballos salvajes ó domésticos, y que debe

someterse á penitencia á quienes la ejecuten. Conc. t. VI, pág. 1468.

El Papa Zacarías condenó como una doctrina perversa, inicua y digna de pena, la opinión de los que creen que hay antipodas, cuyos partidarios deben ser expulsados de la Iglesia. Conc. t. VI, página 1521.

Juan XXII ha enseñado que las almas de los santos no verán á Dios sino después del juicio final. Puede, por tanto, decirse con toda verdad y sin hipérbole, que ninguna Sede ha sido tan contaminada por el error y el vicio, como la romana. Recuérdense las costumbres de Papas, como Juan XXII y Alejandro VI, por no citar tantos otros, cuya lista sería difusa, y dígame si tales monstruos de vicio é infamia, escándalo de la humanidad misma, pudieron ser los fundamentos de la Iglesia. Sin duda alguna, los maestros del error no podían ser la columna de la verdad; la casa de la paz y de la unidad no podría estar edificada sobre perturbadores del reposo público, y es imposible que quienes hicieron cínico alarde de corrupción y perversidad fuesen nunca dignos de ser el fundamento del santuario de Dios.

Si la infalibilidad se reconociese ahora por el Concilio, todos los vicios, los escándalos, los crímenes, los errores, las apostasias, las retractaciones y hasta las heregias de los Papas pasados deberían reconocerse como artículos de fe, añadiéndose al dogma. ¿Aspiran á eso los neo-católicos? ¿Cuánta aberración, qué de absurdos!

F. J. MOYA.

LA INDUSTRIA Y EL ARTE.

El hombre da forma á sus ideas de dos maneras, á saber: *tónicamente* (la voz, las palabras); *plásticamente* (dando á la materia formas que no le son á esta inmanentes).

La *manera tónica* ha dado el ser á las artes de la voz, que se dirijen al oído: la *manera plástica*, le ha dado á las artes que tienen por base de expresión el dibujo, las cuales á la vista afectan: la *vista* y el *oído*, los dos sentidos contemplativos que el hombre posee, los cuales, para recibir la sensación, no necesitan ponerse en material contacto con los objetos que la producen, ni necesitan descomponerlos, ni mucho menos destruirlos.

La producción *tónica* solo satisface necesidades morales; la *plástica* satisface estas, y muy especialmente las necesidades físicas: de aquí el que los conocimientos relativos á la naturaleza y origen de las formas visibles vayan unidos á los relativos á los medios para obtenerlas.

Las formas plásticas proceden del *arte*: los medios para obtenerlas proceden de la ciencia tecnológica, de la *industria* propiamente dicha. De aquí el axioma: *El arte da la forma, la industria el procedimiento*. Nunca debe confundirse el medio de obtener la forma plástica, con la forma misma.

Hace algunos años que se habla con especial solicitud de la *aplicación* que debe hacerse del *arte* á la *industria*.—Entiéndase desde aquí del *arte plástico*.—No son pocos los ensayos que se han hecho y los medios que se han empleado para alcanzarla desde la primera Exposición universal celebrada en el notable Palacio de Cristal, levantado en Londres, hasta nuestros días; de todos ellos no se ha venido á sacar otro convencimiento sino el de que no es posible una *aplicación*, porque entre el *arte* y la *industria* existe un *consorcio* tan natural, tan perfectamente enlazado, y de tal manera constituido, que no puede siquiera suponerse la separación entre estas dos clases de conocimientos humanos, el *arte* y la *industria*, cuyos nombres están escritos sobre toda la materia que compone la esfera que habitamos.

La producción que suele llamarse *industrial* lo es tan solo por los medios empleados, mas no respecto de las formas obtenidas, porque estas proceden exclusivamente del *arte*. Así es que muchos hay que ejercen el *arte* sin echarlo de ver, y, sin embargo, se titulan *industriales*; así como otros, sin presumirlo, ejercen el *arte* por oficio, y, sin embargo, se titulan *artistas*.

Esto necesita explicación: las palabras deben servir para entendernos, no para confundir.

Son muy equivocadas las ideas que se tienen del *arte*. Hay en ello sutilezas que desprecian, puntos que aclarar y susceptibilidades que acallar, tanto respecto de la *pluralización del arte* (las artes), como de la división de las artes en *liberales* y *meecánicas*, y de esa distinción entre el *arte* y el *oficio*, que tan perfectamente se comprende y tan mal se explica.

El arte se ha pluralizado solo por la diferencia de los materiales que se han empleado, y por los distintos modos de elaboración que esos exigen; así decimos: el *arte del pintor*, el *arte de la carpintería*, el *arte de la seda*, etc., etc. Pero los primeros principios del arte no se han desnaturalizado por esto, no han hecho mas que cambiar de aplicación. El arte es uno; las formas que reviste si que, en efecto, son varias.

Para conocer todas esas distinciones y diferencias, y para dejar aclarados los puntos dudosos á que el ejercicio del arte ha podido dar motivo, es indispensable conocer el origen de tales distinciones y diferencias.

En la Edad antigua la división de las artes en liberales y mecánicas estuvo fundada en el estado civil de los hombres: de manera que fué *liberal* aquel arte que se creyó merecer ser ejercido por hombres libres; y aquel que se creyó indigno de semejante estado y se dejó á los esclavos, que fué el *meecánico*, se llamó *servil*. En la Edad media, atendiendo solamente á la libertad de ejercicio, se fundó la división en el título de aptitud conferido previo exámen; y fueron *liberales* las artes que pudieron ejercerse sin título alguno escolástico ó gremial, siendo patrimonio de todos, como la gramática, la retórica, la dialéctica, la geometría, etc., etc.; y fueron *meecánicas* aquellas cuyo ejercicio fué práctico y para el cual se dió un título material adquirido en virtud de pruebas de suficiencia prescrito por reglamentos especiales de una agremiación. En nuestros tiempos ya que no existen diferencias en la condición civil, sino que existe libertad en la producción, la división solo podría estar fundada en la excelencia del elemento predominante en el ejercicio del arte mismo, esto es, según predomine en la producción; el *genio*, el *talento* ó la simple habilidad ó destreza.

La cuestión en nuestros tiempos está en hallar la línea divisoria: tarea de dificultad tan insuperable, que hace la división completamente inútil. Es que no en la esencia de las artes sino en el modo de ejercer cada una de ellas, se halla, mas bien que una base de división, una gradación mas ó menos sensible que desciende desde el *artista* (el productor con genio) al *artesano* ó simple obrero; y asciende desde el simple obrero ó el *artesano*, al *artista*.

Veamos cómo se verifica esta gradación, y conoceremos cómo el obrero ó el *artesano* puede subirse á mayores y llegar á merecer el dictado de *artista*.

Cuando un productor de formas plásticas, sin atender mas que á unos procedimientos aprendidos en una escuela ó taller, produce un objeto, ejerce un *oficio*, es un *obrero*, es un *artesano*: su imaginación ha estado quieta: puede haber ocupado sus facultades intelectuales; pero solo las habrá ocupado por una destreza adquirida á fuerza de práctica, ó por una rutina. Si ese productor, habiendo buscado medios fáciles y económicos para la producción, ó habiéndose valido de conocimientos científicos ó prácticos que posea, aguzare su ingenio con el objeto de producir mas fácil ó delicada é igualmente determinadas formas; entonces obrará como *industrial*. Por último, si el mismo productor, conociendo la naturaleza de los materiales y de los procedimientos, obrare con genio, dando á la materia formas forjadas en su propia imaginación, según determinado sentido, habiendo sabido combinar la materia con la forma, y esta idea y esta forma con el modo de elaboración, obrará como *artista*.

Esto indica que de la manera que el *artista* puede llegar á ejercer el *arte* por oficio, el *artesano* u obrero puede llegar á ser *artista*. Y no lo será el que lo dijera y no lo sea, sino el que siéndolo, glorifique el arte, y por tal fuere reputado.

J. MANJARRÉS.

UN VIAJE POR LOS PIRINEOS FRANCESES.

AGUAS BUENAS.

I.

¡Precioso camino el que conduce de Pau á Aguas Buenas! Quien quiera gozar de las innumerables bellezas que ofrece el país, alquile en Pau una de esas carretelas descubiertas con dos caballos, que le cederán por 25 francos, y emprenda sin temor el viaje, que es magnífica la carretera, y no le han de incomodar ciertamente ni el polvo ni los baches. Encantadores paisajes irán desarrollándose á sus ojos, como un mágico panorama.

Se tropieza primeramente con el riachuelo ó torrente del Neéz. Por espacio de tres leguas el viajero oye murmurar las aguas de este torrente, que ya corren mansas y tranquilas por entre bosquesillos que extienden sus ramas y se abrazan para formarles bóveda, ya se precipitan plañideras y espumosas por entre quebradas de puntiagudas peñas.

Después de haber dejado á un lado y á otro del camino innumerables casas de campo y ricas propiedades, se llega á Gau, la patria del ilustre Cuyás, el intérprete del derecho romano, y del arzobispo Pedro Marcá, aquel famoso prelado que fué de intendente general á Cataluña, cuando este país se levantó contra la tiranía de Felipe IV arrojándole del trono y reconociendo la dinastía francesa, descendiente por línea materna de los Moncadas catalanes, Sres. del Bearn. Pocos agradables recuerdos dejó Marca en Cataluña. Sabido es que no tuvo escrupulo en despojar de preciosos documentos nuestros archivos, y en valerse de los manuscritos del cronista Pujades. En Gau se enseña la casa donde nació. Está situada en el ángulo izquierdo de la plaza Mayor, y se distingue por una torre gótica que la caracteriza.

En pos de Gau, siguiendo siempre la orilla pintoresca del Neéz, se encuentra la villa de Rebenac, donde hace pocos años se descubrió una fuente de agua termal en el mismo lecho del Neéz y bajo sus aguas. Fué descubierta por unos pescadores de truchas, quienes, siempre que se metían en el río para dedicarse á la pesca, experimentaban gran sensación de calor al pasar por aquel punto. Hoy se eleva ya en este sitio un gran establecimiento de baños minerales.

No lejos de Rebenac, y después de haber perdido de vista sus numerosos molinos y sus fábricas de papel, se llega á las *sources du Neéz*, al nacimiento del murmurante riachuelo que desde Pau hasta aquel sitio ha ido acompañando al viajero, como para saludarle con sus alegres y juguetones giros y como para invitarle á penetrar en aquellos valles piraéticos, donde á cada paso se encuentran ríos, á cada paso torrentes y á cada paso cascadas de magestuoso aspecto y de sonantes aguas.

Varios pueblecitos, uno tras otro, vienen á desfilarse por junto al viajero que sigue su camino al trote rápido de los caballos que arrastran su carruaje. Primeramente Sevignac, que posee dos fuentes de agua mineral, sulfurosa la una y ferruginosa la otra; después Arudy, donde existe una grande y espaciosa casa, la cual es habitada durante el invierno por los enfermos á quienes los médicos recetan aquel clima; luego Bescat, Buzy, en donde se dice existir un dolmen que revela la presencia de los druidas en aquella parte de los Pirineos, Izesta, Meyrac y Louvie.

Pasado este último punto, se atraviesa, gracias á un robusto puente de piedra, el río Grave, cuyas aguas descienden en rápida corriente de lo alto de las sierras, y se llega al gran Hotel de los Pirineos. Se vuelve á emprender el camino, después de haber descansado una hora en las espaciosas habitaciones de este hotel, perdido en el fondo de las montañas, y donde se encuentran comodidades que ya quisiéramos hallar en algunas ciudades importantes de nuestra Cataluña.

Ya estamos en el valle de Osseau, uno de los mas deliciosos y pintorescos valles de los Pirineos. El blason de sus armas consiste en un árbol de ancha copa que separa á un oso de un toro con el lema: «Osseau et Bearn, viva la Vacca.»

Es un seductor valle el de Osseau, con el cinturón de dentelladas sierras y atrevidos picos que le rodea, con sus verdes y dilatadas praderas, con sus encanta-

das florestas, con sus inmensos rebaños exparcidos por las lejanas sombras que llegan á formar un ejército de sesenta y cinco á setenta mil cabezas de ganado de toda especie, con sus recuerdos históricos que datan del tiempo de los romanos primeros descubridores de las aguas termales de estos riscos, con la poética capucha encarnada de sus mujeres y la graciosa boina, los largos cabellos en bucles, la roja chaqueta y el calzon negro de sus hombres, con sus apacibles riachuelos, sus bullentes cascadas, sus raras costumbres, sus originales danzas y sustristes y melancólicos cantares, entre los cuales goza de una asombrosa popularidad uno que se titula *El pastor desgraciado*, y que así comienza:

La hau sous las mountagnes, u Pastou Mal-segut au pé d'u hau, negat de plous, sounyave au cambiament de sas amous.

A un lado, y en la cumbre de un agreste colina, se ve Castet Gelós, la morada señorial de los vizcondes, antiguos soberanos hereditarios de esta comarca; al otro se eleva el castillo de Beon, con sus torres de pizarra rematando en punta, según la costumbre arquitectónica del país; mas allá se distingue, construido en anfiteatro, y apareciendo por su situación como colocado entre el cielo y la tierra, el reducido pueblo de Rillieres, país clásico y tradicional de atrevidos contrabandistas; y no tarda en atravesarse la villa de Bielle, situada en el centro del valle, que es sitio donde se reúnen en popular Asamblea los diputados de la comarca, cuando se trata de ventilar algún asunto de interés común á todos los pueblos del valle.

De Bielle se va á Beos, la villa que en otro tiempo poseía el privilegio de enviar á Aguas Buenas la graciosa ninfa que, sentada al pie de aquel manantial, distribuía el agua á los dolientes; se pasa por Laruns, cabeza del distrito, población cuyo territorio se extiende hasta la frontera española; y después de saludar al paso el castillo de Espalunque, se llega á este seductor oasis, alzado como por encanto en un ricon de la montaña, al cual en lengua nacional se llama *Eaux Bonnes*, pero al que en idioma del país se le titula, como en catalán *Ayguas Bones* (Aguas Buenas).

II.

Dice un amigo mio que aquí en mi compañía ha venido, que este es el punto de reunión de todas las traviatas y traviatos del mundo. Ignoro lo que pueda haber de cierto en ello, pero la verdad es que, hoy por hoy, este pequeño bourg, convertido por arte de encantamiento en una villa seductora, es centro de distinguidas familias, de aristocráticos personajes y de elegantes y vaporosas bellidades.

Nada mas gracioso que ver cruzar por esos paseos y caminos á esa nube de hermosas mujeres que aquí vienen á posarse alegres y juguetonas durante la estación de las aguas, trayendo consigo los refinados gustos y los sibaríticos hábitos de la vida parisiense. A unas se las vé aventurarse solas por los diversos caminos-paseos que parten de este centro para la montaña ó para el valle, con sus sombreritos con pluma y velo, con sus vestidos airoosamente levantados por los pajes, dejando al descubierto su falda interior de brillantes colores, con sus graciosas y altas botitas, embozadas en su manto escocés ó en su caprichosa capa, empuñando con su diestra el largo baston montañés con herrada punta y puño de uña de caballo, y embrazando con su izquierda el libro de su autor favorito, á cuya lectura se van á entregar, sentadas bajo alguna de esas robustas encinas ó de esos seculares robles, que acaso algún día hubieron de dar sombra á los nobles caballeros catalanes ó aragoneses que aquí vinieron á sostener el derecho y la gloria de los Moncadas.

Otras, gallardamente vestidas de amazonas, montan graciosamente á caballo y se entregan á expediciones aventuradas por esos contornos, acompañadas del guía que las escolta, y que hace sonar ruidosamente su látigo pavoneándose orgulloso con su pintoresco traje montañés de boina morada, chaqueta roja, calzon negro y polainas de piel de cabra salvaje. Otras prefieren dar sus paseos en carruaje guiándolo por sí mismas, y se las vé cruzar sentadas en ligero landó ó en elegante carretela descubierta, al alto trote de dos briosos ca-

ballos que alzan erguida su noble cabeza y dejan flotar al viento sus trenzadas crines, como sintiéndose orgullosos de verse dirigidos y sujetos por tan blancas y suaves manos. Otras, en fin, ó dolientes ó mas recogidas, pasan su temporada en aguas sin moverse del lujoso salon de su hotel, donde se deleitan tocando algunas melodías en el piano, ó todo lo mas, se aventuran á ir á dar una vuelta por el paseo horizontal ó ir á sentarse en el prado, bajo el espeso follaje del jardín Darralde.

Acabo de citar el jardín Darralde. Es una especie de jardín inglés, al cual se ha dado el nombre de un médico ilustre, famoso en el país y sabio conocedor de las virtudes de estas aguas. Este paseo se halla rodeado por una barrera de madera pintada de verde; en el centro se alza una glorieta donde tres ó cuatro veces cada semana se coloca una música, con la cual la administración de Aguas Buenas obsequia galantemente á los bañistas; los senderos del jardín serpentean por entre verdes prados artísticamente dibujados, y se elevan por todas partes hermosos árboles que ofrecen á toda hora del día á los paseantes un agradable abrigo contra los rayos del sol. Varios bancos y muchos sillones de hierro se ven esparcidos por el jardín á disposición de los primeros que quieran ocuparlos.

Alrededor de este paseo, que ocupa el centro de una vasta plaza, se elevan los principales hoteles, el de los Príncipes, el de los Embajadores, el de Oriente, el de Francia, el de los Extranjeros, el de Emperadores, el del Correo, el de París, el de Taverna, etc., etc. Casi todos estos hoteles se han edificado robando su sitio á la montaña, destruyendo grandes lienzos de peñas para colocarse en su lugar. Alguno, como el de los Príncipes, descansa apoyado en la roca viva.

De esta plaza, que viene á ser un verdadero punto céntrico, parten todas las calles, caminos y paseos de la población. De ella arrancan las dos carreteras que van á Pau, la de Eaux Chaudes, la de Coterets, la calle que va al establecimiento de las aguas, al paseo de la Emperatriz y al paseo Circular, la que conduce al antiguo pueblo de Aguas Buenas y á la cascada Valentin, al paseo Grannmont, al paseo Horizontal, etc., etcétera. En esta plaza lo mismo se concentra todo el movimiento y vida de esta población.

Y que hay movimiento y vida, particularmente en la actualidad, no puede dudarse. Solo los españoles que nos hallamos aquí en estos instantes formamos una colonia de doscientos. Entre ellos figuran personas muy conocidas en la literatura, en la política ó en la alta sociedad, como, por ejemplo, la princesa de la Paz, esposa que fué del célebre privado Godoy, aquella Pepita Tudó, que fué una verdadera notabilidad en la corte á principios de este siglo; el actual ministro de Ultramar D. Antonio Cánovas del Castillo; el duque de Frias y su esposa Lady Crampton, cuyo enlace tanto dió que hablar en Madrid; las condesas de Patilla y de Caramonte; el subsecretario de la Gobernación, Sr. Elduayen; el exdiputado Gutierrez de los Rios; el poeta D. José María Diaz; Salazar Mazarredo, ex-representante de la España en el Perú; los literatos Sres. Sañudo y Carrasco de Molina; el secretario de la Peninsular, Sr. Lezcano, con su señora; el director de la misma Peninsular en Cataluña, señor Utrillo; el arquitecto, Sr. Luch, con su familia; la actriz doña Cándida Dardalla con su esposo el Sr. Zamora; el fabricante Sr. Solernou, con su familia, etcétera, etc. Hay innumerables familias francesas, de la aristocracia muchas de ellas, bastantes inglesas, dos egipcias, una turca, dos ó tres rusas, algunas italianas, y varias de distintos países y comarcas.

La primera visita, al llegar aquí, es para el establecimiento de aguas termales.

Se eleva este edificio al final del pueblo, á la izquierda, siguiendo la calle Principal. Su arquitectura, sencilla y elegante al propio tiempo, conviene perfectamente á un monumento de esta clase. En el vestibulo está la fuente del agua termal. Antes la distribuía una joven del valle, vestida con su pintoresco traje; hoy las distribuyen dos criados, detrás de un mostrador de mármol, los cuales van llenando los vasos de cada bebedor,

á medida que le llega el turno. Los que van á beber el agua tienen que tomar tarta y colocarse uno tras otro, en doble hilera, formando cola, la cual algunas veces es tan larga que sale del espacioso vestibulo, llegando hasta la mitad de la calle. En la cola es donde todas las clases se mezclan, todas las categorías se confunden, reinando completa igualdad. A nadie le es permitido pasar delante de otro, sea quien fuere, y todos deben aguardar rigurosamente su turno. Allí tuvo ocasion de ver al obispo de Poitiers, al ministro español Cánovas, al duque de Frias y á otro título francés, cada uno en su puesto, con su vaso en la mano, siguiendo la fila, y dándose un planton de media hora para esperar vez.

El establecimiento contiene, á mas de otras habitaciones, la sala de los baños generales, la de los baños de piés, la de las Douches, un gran salon donde casi cada día se dan conciertos, un aposento donde hay un verdadero museo de antigüedades en venta, la casa del médico director, la del comisario de policía, un salon cerrado para paseo de los enfermos los dias nebulosos, que son allí frecuentes, una vasta galería abierta para paseo asimismo, y un espacioso terrado-jardín que da á la calle.

III.

Continuemos pasando revista de lo que hay en esta villa, donde por cierto se encuentran edificios y comodidades que no tenemos nosotros en poblaciones de primer orden.

En primer lugar la iglesia católica. Es una capilla moderna, de estilo sencillo y severo, modesta y demasiado reducida para contener la aglomeración de fieles que á ella se agolpa. Está adornada con algunos buenos cuadros al óleo, regalo de varias familias que en la virtud de estas aguas han hallado la salud para los objetos queridos. Detrás de ella se está construyendo ahora otra mas capaz y de mayores dimensiones.

La iglesia protestante, muy moderna tambien, como que acaba de edificarse. Es de severa arquitectura, y está situada al principio de la cuesta que abre paso al paseo de la Emperatriz.

Junto al templo protestante se está construyendo ahora un vasto hospital, cuyo gusto arquitectónico no me parece el mejor por cierto, y que, según me han dicho, se eleva á expensas de la emperatriz.

Ya he hablado en otro lugar de los hoteles ó fondas. Son infinitos los que hay en esta villa, casi tantos como casas, descollando entre ellos por su grandiosidad y lujo los de Príncipes, Richelieu y Francia, donde á veces se dan grandes conciertos y grandes bailes.

Hay, asimismo, un establecimiento de baños de agua natural, dos gabinetes de lectura de obras y periódicos, é infinitad de tiendas, donde se encuentra todo lo que puede encontrarse en una capital de primer orden, pero á precios fabulosos. Los industriales hacen aquí verdaderamente su agosto. Me han contado que un tendero, cuyo comercio es especial y esencialmente de lujo, vendió el año pasado por valor de veinte mil francos durante los tres meses que aquí dura la estación.

Los caballos de mano y los coches de paseo constituyen una de las principales y mas lucrativas industrias del país. Hay varios alquiladores, y se cuentan hasta mas de ciento cincuenta caballos de silla á disposición de los forasteros. Hay tambien infinitad de coches de todas clases, landós, carretelas, jardineras, victorinas, cabriolés, etc., y existen tambien cabalgaduras mas pacíficas para los que quieran dar sus paseos montados borricamente.

A la entrada del paseo Horizontal existe un buen café con tres ó cuatro billares, pero los dias que no llueve está poco menos que desierto, pues la concurrencia prefiere tomar su *demi tasse* ó su *mas-sagan*, en las mesitas que tiene dispuestas al aire libre, bajo las ramas de un olmo centenario, la servicial Dorotea, una buena mujer que pasa plaza de muy entendida y diestra en el arte de hacer café.

A la entrada de todos los paseos, principalmente del paseo Horizontal, se levantan infinitad de barracas y tiendas ambulantes, donde se hallan de venta, pero á precios nada baratos toda clase de juguetes, de baratijas, de objetos de madera y mármol de los Pirineos, basto-

nes, libros, ropas hechas, telas, paños, quincalla, etc., etc.

También se ven varias barracas con juegos, principalmente el de la toupie ó trompo holandés, que actualmente se halla de moda entre los españoles allí residentes, quienes, por lo visto, se han decidido á hacer la fortuna de las muchachas dueñas de estos juegos.

A una tercera parte del paseo Horizontal, y en el ángulo de una vasta plazuela, se alza un establecimiento fotográfico, donde acuden muchos forasteros á hacerse retratar por el gusto de verse reproducido cada uno en el traje raro que viste durante la temporada.

Pero lo más admirable que tiene este sitio es la sección de paseos.

El más concurrido, después del jardín Darralde, de que ya se ha hablado, es el Horizontal. Según indica su nombre, es un delicioso camino, algo parecido al de los Degutalls en nuestro Montserrat, abierto alrededor de la montaña y en línea horizontal, para comodidad de los enfermos, que á cada paso encuentran un banco donde sentarse, ó una glorieta de frondosa enramada donde abrigarse de los rayos del sol.

Tiene hermosas vistas á los barrancos de la Gave y del valle de Osseau, el cual se distingue en gran parte con muchos de sus pintorescos pueblos. Va á morir este paseo en un espacioso prado, al pie de una alquería ó de una Borda, como aquí se llama y llamamos también nosotros en catalán, donde se sirven vasos de fresca y exquisita leche á los paseantes.

Otro deliciosísimo paseo es el de Granmont. Este se interna ya en la montaña y da la vuelta por encima del pueblo. Es de pendientes suaves, y, como en todos los demás, á cada momento se encuentran bancos y glorietas donde refugiarse en caso de una lluvia repentina ó desde donde disfrutar de magníficos puntos de vista. Este camino cruza por sitios de sombrío follaje, pasa por debajo de espesas bóvedas de árboles, y á su mitad poco más ó menos tiene un espacioso balcón, que cae perpendicularmente sobre la villa de Aguas Buenas, la cual se abraza toda á vista de pájaro.

A mitad del paseo Granmont comienza el llamado de Jacqueminot, que es el nombre de un general francés. Este paseo debe ya emprenderse á caballo, porque la cuesta es pesada y dura. Ofrece mas sombra, mas sitios pintorescos que la de Granmont y va á parar en un bosque de abetos en la cima del monte, desde cuyo punto de vista se extiende á una distancia inmensa por el lado del Norte.

El paseo del Kiosko conduce á lo alto de una colina aislada que se eleva sobre el establecimiento de aguas termales, y ha tomado este nombre del elegante pabellón que se alza en su cima y desde el cual se disfruta un seductor paisaje, viéndose agrupadas al pie las casas de Aguas Buenas, y extendiéndose la mirada hasta mucho más allá de Larruns, á lo largo del valle.

Otro paseo, cuyo nombre ignoro, es el que da la vuelta desde una de las galerías del establecimiento, por la cual se penetra en él, hasta ir á desembocar al pie de la iglesia protestante. Es el paseo de las mañanas, cuando se ha tomado el agua. De suaves pendientes, y de muchos rodeos para vencer lo duro de las cuestas, ofrece un agradable camino á los paseantes, y está convertido por las mañanas en un verdadero gabinete de lectura, pues allí acude cada uno con su periódico ó con su libro á sentarse en los cómodos bancos de madera verde que hay al pie de cada árbol frondoso ó de cada peña. Ni por este paseo ni por el Horizontal se permite el paso á las caballerías y carruajes. Están los dos únicamente destinados para los enfermos y peatones. En él está situado el tiro Lissonde.

Otro paseo de agradables vistas, de encantadores puntos de vista y de deliciosos paisajes, el cual puede recorrerse hasta el fin en coche, es el llamado de la emperatriz Eugenia. Abrióse para recordar la estancia de la emperatriz en estas aguas, á las cuales debió su restablecimiento. En este paseo se disfruta de la perspectiva de cuatro admirables cascadas, por el pie de las cuales se desliza.

El paseo Eynard, que tomó su nombre de un rico propietario de Ginebra, el cual lo hizo abrir á sus expensas durante su permanencia en estas aguas, va costando el torrente Valentin.

El paseo de la Montaña Verde, que conduce á la cumbre de este monte, en donde se desarrolla un magnífico panorama á los ojos del viajero.

Existen á mas otros caminos y paseos que llevan á puntos deliciosos y á sitios pintorescos, como el establecimiento de *Eaux Chaudes* ó Aguas Calientes, la cascada de Lavassec, las grutas de Izesta y Bonneze y el lago de Artouste, en el cual se pescan excelentes truchas blancas. Los franceses han abierto camino para ir á todas partes donde hay algo que admirar, y no existe en estos alrededores un solo punto, del cual se disfrute un punto de vista mejor ó peor, donde no hayan levantado un pabellón ó una glorieta para que los viajeros puedan cómodamente admirarlo.

Lo mismo pasa en nuestro país.

IV.

AGUAS CALIENTES.

He hablado de Aguas Buenas, y considero como un deber hablar algo de *Eaux Chaudes* ó Aguas Calientes.

Unidas están ambas poblaciones por una excelente carretera, abierta en la roca viva, á fuerza de grandes y gigantescos trabajos. Es un camino modelo, que tiene mas de paseo que de carretera, que atraviesa por entre gargantas considerables, y que nos asombraría y dejaría atónitos, si los milagrosos trabajos hechos para los caminos de hierro no nos hubiesen acostumbrado ya á lo portentoso. Sin embargo, todo el que pasa por esta carretera, la admira. Fueron considerables los trabajos que se hubieron de hacer para abrirla y los gastos que ocasionó su construcción. Bastará decir que solo los primeros estudios costaron mas de 20.000 francos.

Antiguamente, y este antiguamente no se remonta por cierto á muchos años, solo existía para ir á *Eaux Chaudes* un camino horrible, tan horrible que, para memoria de haber tenido el valor de pasar por él la princesa Catalina de Navarra, se juzgó necesario conservar el recuerdo en mármoles y en bronce. Una inscripción en versos latinos, grabada en la peña del sitio más peligroso de aquel camino, decía, así traducida y figurando ser las rocas las que hablaban:

«¡Para aquí, caminante!

«Admira lo que no ves y mira las cosas que admirar debes. No somos mas que rocas, y sin embargo hablamos: la naturaleza nos ha dado el ser, y la princesa Catalina nos ha hecho hablar. Nosotras la hemos visto leyendo lo que tú lees; nosotras hemos oído lo que decía; nosotras la hemos sostenido! ¿Puede haber felicidad mayor, oh caminante, que la de haberla visto, aun cuando no tengamos ojos? Feliz y dichoso puedes tú llamarte no habiéndola visto. Nosotras estábamos muertas y nos hemos animado. Tú, ¡oh viajero, te habieras quedado convertido en piedra!

«Las musas han erigido este monumento á Catalina, princesa de Navarra, que pasó por aquí el año 1591.»

Hoy afortunadamente, gracias á la civilización y al progreso, grandes magos del siglo XIX, el camino horrible de nuestros antepasados se ha convertido en un delicioso y excelente paseo, cruzado á todas horas y á cada instante por ligeros faetones y elegantes carretelas que transitan sin el menor peligro y con la mayor comodidad.

El aspecto de Aguas Calientes, lo propio que el del paisaje, es triste y agreste. Es un pueblo muy inferior al de Aguas Buenas; está reducido al establecimiento, á la iglesia, á algunas fondas y á una calle de casas. Rodeado por altas montañas que le cierran, no está abierto sino al SSE. y al NNO. Esta corriente de aire parece que debiera hacer su estancia fría y peligrosa; sin embargo, por un capricho de la naturaleza, á pesar de las malas condiciones higiénicas del sitio, los enfermos encuentran aquí la salud y la vida.

Situadas en el camino de España, las Aguas Calientes fueron conocidas y apreciadas antes que las Aguas Buenas, y aquí vinieron en distintas épocas varios reyes de Francia y de Navarra á dar importancia al sitio con su presencia. En estas sombrías soledades es donde la princesa Margarita de Navarra escribió aquellos sus cuentos que no puede leer ninguna mujer honrada.

El establecimiento es de elegante y magestuoso aspecto. Sus cimientos descansan sobre las rocas del torrente que rueda al pie sus bullentes aguas: es muy capaz; tiene vastas galerías, espaciosas habitaciones, baños, piscinas, gabinetes, etc., todo con grandes comodidades y dirigido con gran acierto. Tres fuentes de agua termal nacen en el establecimiento, la una llamada de *lou rey* (del rey), porque era la en que se bañaba Enrique IV en sus frecuentes excursiones á estos sitios; la otra llamada *del Clot* (del agujero), y la última de la *Esquirette* (de la campanilla). La primera tiene 27° Reamur, la segunda 28, y 29 la tercera. Cada manantial tiene su sección de baños.

La iglesia de este pueblo es muy sencilla y modesta, las fondas están con el mismo lujo que en Aguas Buenas, y las pocas tiendas que existen se hallan bien provistas, particularmente aquellas en que se venden trajes y géneros del país ó objetos de mármol de los Pirineos.

Un curioso fenómeno se observa á veces en Aguas Calientes. Por la noche, cuando el día ha sido caluroso, cuando el aire no hace mover las hojas de los árboles, cuando todo duerme y reposa, se ven volar, correr, cruzar, deslizarse, escaparse del establecimiento á través de los muros, por las puertas y ventanas, unas pequeñas llamas que viven un instante y van luego á morir en la gaxe ó sobre las rocas. Son fuegos fátuos, producidos por el betún y el azufre, por los gases que se desprenden de las aguas y se inflaman en el aire.

La sección de paseos es tan interesante y bella como en Aguas Buenas. Los ingleses, grandes entusiastas, amantes de la naturaleza, prefieren Aguas Calientes á Aguas Buenas, porque encuentran aquí sitios más salvajes, lugares más pintorescamente sombríos, *quelque chose qui nous fait fremir de terreur rien que á la regarder*, como me decía precisamente esta mañana mismo uno de ellos.

Entre estos paseos hay que visitar los dos que están más inmediatos al establecimiento, cuyo nombre ignoro, si bien creo que el uno se llama de *Enrique IV*, con kioskos, con bancos, con arboledas magníficas: el de Argout, el del Puente del Infierno y el de la Cascada de Goust.

Al llegar al Puente del Infierno, se despliega á los ojos del observador un espectáculo magníficamente horrible. El puente aparece como suspendido entre el cielo y el agua, y no se puede contemplar sin una especie de terror; el aspecto salvaje del torrente, cuyas olas ruedan á gran profundidad, y lanzan una continuación no interrumpida de dolientes gemidos al estrellarse en las puntas casi invisibles de un verdadero caos de rocas.

Si alguna vez vais á Aguas Calientes, no abandonéis estos lugares sin ir á visitar la gruta. Poco agradable es el camino por cierto y algo peligroso, pero todo lo compensa el efecto maravilloso de la gruta. Por su interior, y debajo de arcaídas que le dan cierto aspecto de una catedral gótica enterrada en las entrañas del monte, se precipita un torrente impetuoso que con el sonante ruido de sus aguas aumenta la emoción que no puede menos de experimentarse al penetrar bajo aquellas sombrías bóvedas. La profundidad de esta gruta es desconocida: el torrente cierra el paso bajo uno de sus arcos, y ninguno de los numerosos guías montañeses que allí han penetrado, se ha vanagloriado jamás de haber sabido el curso del torrente para asegurarse donde comenzaba y donde concluía la gruta. El fondo de esta yace envuelto entre los misterios de las tinieblas. Nunca ha penetrado allí mas mirada que la de Dios. A la luz de un fuego de bengala, ofrece esta gruta un espectáculo que ningún pincel ni ninguna pluma podrán jamás pintar. Es tan horrible, tan salvaje, tan monstruoso lo que aparece, es tan rápido el cambio de las tinieblas á la luz, es tan atronador el ruido del torrente, que uno vuelve instintivamente á cerrar los ojos como asombrado de lo que se ofrece á su vista.

Al salir de la gruta, y antes de descender á Aguas Calientes, haceos mostrar por el guía las cimas de unos montes lejanos que se dibujaban en el horizonte y que con sus atrevidos picos parecen horadar el cielo. Son las montañas de España. Entonces, haced como yo. Descubrios silenciosamente y saludad con el frente y con el corazón aquellos montes

que surgen de repente ante vosotros y que elevan sobre el azul del cielo su gigante silueta, como para recordaros que allí, tras de ellos, está lo que el hombre no debe nunca olvidar, su familia y su patria.

(Aguas Buenas, Julio de 1865.)

VÍCTOR BALAGUER.

LA CRUZ DE PIEDRA.

Era de noche cuando llegué á la casa de campo de mi amigo. Emilio me había invitado á pasar con él algunos días con objeto de visitar algunas preciosidades naturales que existen en aquella comarca y cazar algunas perdices que, según aseguraba, abundaban en aquellas cercanías.

La luna brillaba en el cielo, á su luz pude distinguir todo el exterior de la casa. Era de construcción antigua, muy semejante á la mayor parte de las casas solariegas que abundan en Cataluña; solo le daba una fisonomía especial una torre, de construcción muy sólida, enteramente aislada, sin puerta alguna, unida á la casa por medio de una especie de puente levadizo.

Lo que me llamó, empero, la atención fué una cruz de piedra que se levantaba á pocos pasos de la puerta principal de la casa. Era, puede decirse, una cruz monumental, ennegrecida por el tiempo; inspiraba á primera vista un sentimiento de respeto que movía á saludarla con veneración, y aumentaba su majestad un grupo de centenarias encinas que la rodeaban formando encima de ella una completa bóveda de ramaje.

No sé por qué me acudió la idea de que aquella cruz era lo mejor de cuanto iba á visitar. Creí que encerraba alguna historia digna de ser conocida, y me propuse preguntárselo á Emilio. Entré en la casa y fui recibido como se recibe á un amigo de la infancia, con esa franqueza natural que forma la base del carácter de los catalanes, y como Emilio supuso que estaría fatigado, nos acostamos temprano, sin que yo le hubiese preguntado lo que significaba la cruz de piedra, sin embargo de que un vivo sentimiento de curiosidad hacia que ocupase mi imaginación por completo.

Durante la noche apliqué una porción de historias misteriosas á la cruz que tanto me preocupaba; pero en honor de la verdad, debo confesar que ninguna me pareció verosímil.

El día siguiente madrugamos. Nuestro objeto era visitar un extenso subterráneo que servía de cauce á una fuente intermitente, y del que la gente del país contaba una porción de fenómenos asombrosos, hijos de la imaginación y no de la realidad. Lo único que sabíamos positivamente era que el año anterior dos hombres habían penetrado en el subterráneo, que habían recorrido mas de un cuarto de legua y no habían podido seguir mas adelante porque les cerró el camino un extenso lago.

Esto era mas que suficiente para movernos á explorar las entrañas de aquel monte, que así se abrían á la investigación, y nos ofrecían buena cosecha de impresiones y la perspectiva de ser los primeros en dar á conocer los secretos que nadie había investigado todavía. Llevábamos con nosotros seis hombres con los instrumentos necesarios para vencer los obstáculos que pudiesen oponerse á nuestra marcha, sogas para descolgarnos, lámparas de seguridad, etc. Además, Emilio había hecho construir una pequeña balsa para atravesar el lago.

Emprendimos la marcha, y por el camino, después de hablar de cosas indiferentes, le pregunté qué significaba la cruz de piedra que tanto había llamado mi atención.

Es el emblema de mi familia, me dijo, el recuerdo de una historia triste, á la par que gloriosa.

—¿Y puede saberse?

—No hay ningún inconveniente.

Y en seguida me contó la historia que sigue:

I.

Había terminado la guerra de sucesión. Barcelona, en poder de las tropas de Felipe V, veía caer, á impulsos de la cólera del monarca, una gran parte de sus casas para levantar una ciudadela, en cuya construcción debían tomar parte todos los catalanes.

Cada día salían órdenes incógnitas para vejar al país, que había quedado poco menos que desierto. Escarnejadas las instituciones mas venerandas, contrariadas las costumbres mas encarnadas en la existencia de los catalanes, perseguidos de muerte los que se atrevían á manifestar algún amor al país en donde habían visto la primera luz, el terror reinaba en todas partes y solo en voz muy baja se atrevían los habitantes, á manifestarse sus ideas, temerosos de los espías que en todas partes pululaban.

Los que mas adictos á su país natal no habían querido pasar á extrañas tierras, y al mismo tiempo deseaban conservar su independencia, se habían colocado fuera de la ley, y reunidos en partidas y el arma al hombro, recorrían los bosques y los despoblados, lo que servía de pretexto para vejar mas y mas al país.

Un día un hombre, cansado de tanto sufrimiento, reunió algunas de aquellas bandas para intentar con ellas un golpe atrevido. «Es preferible morir matando á vivir muriendo,» dijo, y se lanzó á la campaña.

No fué afortunado.

Al principio obtuvo algunas pequeñas ventajas sobre las tropas destinadas á perseguirlo; pero vencido al fin, dispersada su gente, huyó

solo, para no dar á sus enemigos el placer de verle morir en un patíbulo.

Sus contrarios pusieron precio á su cabeza, y amenazaron con la muerte á todo el que le acogiera, al que sabiendo su paradero no lo descubriese á la justicia.

II.

En aquella época habitaba la casa de campo de mi amigo una mujer de mediana edad. La guerra le habia arrebatado su esposo y dos hijos. Quedábale solo una hija de 18 años. El dolor era el patrimonio de aquella familia. Las dos pobres mujeres pasaban el tiempo llorando, y apenas salían como no fuese los domingos antes de amanecer para ir á la parroquia. Pero una casa que habia dado tres hombres á la patria debia ser tildada por los opresores, y mas aun por aquellos que, habiéndose pasado al enemigo, querían demostrar la verdad de su conversión con un celo exagerado y aumentando la crueldad de las órdenes que recibían.

Uno de estos habia pretendido la mano de Margarita, que así se llamaba la muchacha, pero sus sollicitudes habian sido recibidas con desprecio. La víctima no podía enlazarse con el verdugo.

Una tarde las dos mujeres se encontraban solas, todos los mozos trabajaban en el campo.

De repente un hombre penetra en la casa. Madre é hija se sorprenden, de sus gargantas va á escaparse un grito de alarma.

—Silencio, por Dios, dice el recién llegado. Soy Roque.

Roque era el nombre del jefe tan perseguido. —Sed bien venido, responde la viuda. Eras amigo de mi esposo, estais en vuestra casa.

—Me persiguen de cerca, añade Roque, nadie me ha visto entrar aquí.

—Estareis en un asilo seguro. Venid conmigo.

Y le guió á la bodega.

De ésta, por una abertura perfectamente disimulada, entraron en una habitación reducida, bien ventilada, aunque oscura.

Un cuarto de hora despues habia en ella una cama. Margarita quedó encargada de llevar al preso la comida y velar por él.

¿Cómo se descubrió la existencia del fugitivo en casa de la viuda? Es un secreto que nunca ha podido averiguarse. Se hicieron en aquella época muchas conjeturas, pero la verdad ha quedado sepultada en el misterio.

Lo cierto es que aquella misma noche penetraron en la casa los que ahora se llaman agentes de la autoridad, diciendo que sabían que allí estaba Roque, lo registraron todo sin encontrar al fugitivo, y, siendo inútiles sus pesquisas, se llevaron presa á la viuda.

La órden que entonces regia era terminante: el que diese asilo á Roque, sin distincion de edad ni de sexo, era reo de muerte.

La viuda, sin embargo, marchó á la cárcel tranquila y resignada á todo. Solo sentía dejar á Margarita, el único lazo que la unía á la tierra.

Roque nada supo de lo que pasaba. Su jóven carcelera lo visitaba todos los días á la misma hora y le decía: Pronto podreis salir de aquí.

Roque era jóven, tenia adquirida una justa reputacion de valiente y en las imaginaciones bien prevenidas tomaba las proporciones de un héroe. Margarita era hermosa y modesta. ¿Qué extraño que entre los dos naciese una perfecta simpatía? Sin embargo, nada se dijeron. Roque atribuía á gratitud sus sentimientos. Para Margarita era compasion lo que Roque le inspiraba.

Durante los primeros días Margarita nada supo de su madre. Cuando se lo permitieron fué corriendo á verla.

Encontróla tendida en un miserable jergon, livida, las facciones desencajadas, presa de agudos dolores.

La hija abrazó llorando á su madre. Esta habia sido sometida al tormento; pero no pudieron arrancarle ni una palabra.

En la conversacion que tuvieron madre é hija no hablaron de Roque. Adivinaron que su conversacion podia ser escuchada; pero en ocasiones hablaban tan bajo que ni corrían el peligro de ser oidas. Margarita oyó con respeto las palabras de su madre. Si muero, le decía esta, ve á Barcelona y ponte bajo el amparo de una parienta nuestra que es religiosa.

—No morireis, no, madre mia, decía Margarita.

—Poco conoces á esta gente, respondia la madre; ¡han sacrificado á un pueblo y no matarán una mujer?

Margarita creía lo mismo; pero quería infundir á su madre unas esperanzas que ella no tenia.

Al cabo de una hora dieron órden á Margarita de que saliera. Volvió á su casa.

A la viuda la sometieron otra vez al tormento. —¿Dónde está Roque, preguntaban los verdugos?

—No lo sé, contestaba la víctima.

III.

Al día siguiente se presentó á Margarita el hombre que un día pretendiera su mano.

—Tu madre va á ser condenada á muerte, la dijo; pero está en tu mano salvarla.

—¿Cómo?

—Casándote conmigo.

Margarita reflexionó un instante.

—Antes de contestaros, dijo, he de ver á mi madre.

En efecto, la vió. La encontró enferma y calenturienta, casi sin habla.

—Hija mia, dijo á Margarita, yo soy ya un cadáver, tu sacrificio seria inútil. Tu marido ha de ser un hombre honrado, y éste es un infame.

Díe que no aceptas, y hágase la voluntad del cielo.

Margarita lloró porque conoció que su madre decia verdad.

Quiso sin embargo, cerciorarse de lo que debia hacer, y pidió consejo á su confesor.

Este encontró que el caso era grave y se tomó veinte y cuatro horas de tiempo para meditarlo.

Entre tanto, el pretendiente instaba empleando la amenaza, y Margarita, entregada á tales tormentos, devoraba en silencio sus lágrimas.

Y Roque, causa inocente de tanta desventura, ignoraba que tenia lugar un acto heroico en cumplimiento de la palabra empeñada, y que para salvar su vida, otra se ofrecia en holocausto.

Y así pasaron las veinte y cuatro horas que el sacerdote se tomara antes de contestar á Margarita y que empleó en ir á visitar á la mártir que gemia en la cárcel. Comprendió al verla que aun cuando la pusiesen en libertad no sobreviria á los tormentos sufridos.

Procuró, pues, el ver á Margarita, mitigar sus penas, y la aconsejó que no diese su mano al infame que la pretendía.

Margarita lloró. Hubiera querido salvar á su madre aun á costa de los mayores tormentos; pero convencida de que el sacrificio seria inútil, contestó con una negativa á su pretendiente.

Este, en medio de las mas horribles blasfemias, juró vengarse de una manera espantosa.

IV.

El día siguiente empezó á circular una noticia que llenó de consternacion á todos los vecinos del pueblo.

Decíase que la viuda iba á ser arcabuceada.

Nadie se atrevia á dar la noticia á Margarita.

Un hombre, empero, se presentó en la casa, y la dijo: Margarita, tú me despreciaste. Mañana tu madre sufrirá el último suplicio, y te maldecirá, porque podías salvarla y no lo has hecho.

Margarita dió un grito y hubiera caído en tierra sin sentido, á no sostenerla el anciano cura del pueblo que llegaba en aquel momento.

Ante la mirada que le dirigió el sacerdote, el infame que así gozaba de los tormentos de su víctima se turbó y huyó de la casa como si llevase en su frente la mancha de Cain.

El sacerdote se llevó á Margarita, porque la ejecucion debia tener lugar á la puerta de la casa.

En vano la hija pidió ver por última vez á su madre; en vano ésta suplicó que la dejasen despedirse de su hija, le fué negado, alegando vanos pretextos de humanidad.

En el interior Roque permanecía en su escondrijo. Habian pasado muchas horas sin ver á Margarita. Sospechaba que algo grave acontecia y no podía alejar de sí los tristes presentimientos que le asaltaban.

Oía el eco perdido de las campanas del pueblo que le indicaban que tenia lugar una solemneidad religiosa.

En efecto, toda la gente del pueblo estaba reunida en la iglesia, en donde el cura habia dispuesto una funcion y exortaba á sus feligreses á que perdonaran á sus enemigos y pidieran á Dios misericordia para los que abusaban de la fuerza.

Y Margarita arrodillada en el templo elevaba al cielo su corazon y sus preces, y el cura terminaba su discurso, y el órgano empezaba con toda la fuerza de sus registros un himno de alabanza con grande admiracion de todos los oyentes.

Es que el órgano procuraba llenar todo el espacio del templo para que no llegase al interior el eco de lo que pasaba fuera.

Al mismo tiempo, Roque, en la oculta estancia que le servia de abrigo, se sentia devorar por la impaciencia. Parecíale que el tiempo tenia piés de plomo.

De pronto empezó á oír rumores no acostumbrados en aquellos sitios; parecíale como si oyese el paso acompasado de los soldados de infantería; parecíale percibir voces de mando: un eco plañidero llegó, vago y melancólico, á sus oídos. Creíase presa de una alucinacion, y se esforzaba en alejarla de sí. Pero al oír resonar una descarga, no pudo dudar de que estaba despierto. Quiso abrir la puerta de su escondrijo, y no le fué posible. Oyó resonar en la de la casa fuertes golpes, percibió los pasos de muchas personas, y cerca, muy cerca de sí, resonaron juramentos, carejadas, chistes groseros.

Algunos hombres habian entrado en la bodega y apuraban el vino de los toneles. No podia dudar que eran soldados. Por un momento creyó que le buscaban; pero la sangre se le heló en las venas, y su corazon dejó de dar latidos al oír una voz, que decía:

—¡Demonio de mujer! Ha conservado la serenidad hasta el último suspiro.

Entonces lo comprendió todo. Recordó los edictos publicados, la tristeza de Margarita, la soledad en que se encontraba y lo que acababa de oír, y no le quedó duda de que habia atraído la desgracia sobre aquella familia que tan generosamente le acogiera.

Sintió entonces emociones que nunca habia conocido; desarrollóse en él una sensibilidad de que nunca habia dado pruebas, y lloró.

V.

La tropa salió de la casa y el pueblo poco despues de la ejecucion, dejando abandonado el cadáver de la víctima.

No quedó sin guarda. Un mastín de la casa se constituyó en guardador de la difunta, y no la abandonó un solo momento.

La solemneidad religiosa habia terminado. La mayor parte de las mujeres estaban en la casa

parroquial prodigando sus consuelos á Margarita.

En la plaza los hombres rodeaban á uno que hasta entonces habia sido el terror de la poblacion, pero que gozaba de la confianza de las autoridades de la provincia. Aquel hombre era el único del pueblo que habia asistido á la ejecucion. En cuanto resonó la fatal descarga echó á correr, y desde entonces no hacia mas que repetir: «Me he vengado, me he vengado,» y soltaba una estridente carejada.

Era el pretendiente de Margarita y estaba loco.

La huérfana, pasado el primer arrebato de dolor, se acordó de Roque. Llamó aparte al cura y le descubrió el secreto. Tambien le rogó hiciese posible para que su pobre madre pudiese ser sepultada en el mismo sitio donde habia muerto.

VI.

El buen sacerdote corrió inmediatamente á ver á Roque y le sacó de su escondrijo. La tropa habia marchado. La terrible ejecucion que acababa de tener lugar preocupaba todos los ánimos. Nadie se acordaba del que habia sido causa de tal tragedia, y era el momento mas oportuno para que pudiese ganar la frontera.

—Señor cura, dijo Roque en cuanto hubo oído la triste relacion; jamás me perdonaré haber sido la causa de tantas desgracias. ¿Cómo queda Margarita?

—Huérfana, sola y probablemente pobras pues es casi seguro que le confiscarán todo, sus bienes.

—Yo le ofrezco cuanto tengo, hasta mi vida, si esto puede aminorar sus desgracias.

—Se lo diré. Pero ahora pensad en vos. Lo hecho ya no tiene remedio. Huid.

Roque ganó aquella misma noche la frontera, sin encontrar el menor obstáculo, en tanto que Margarita lloraba sobre el cadáver ensangrentado de su madre.

Como habia previsto el cura, los bienes de la huérfana fueron confiscados. Puestos en venta, solo se presentó comprador para la casa en donde habian tenido lugar las escenas referidas.

Tres meses despues Margarita pasaba á Francia á juntarse con Roque, que era ya su marido.

Los dos esposos pasaron en la emigracion muchos años hasta que, por último, pudieron regresar á su país y se establecieron en la casa que tenia para ellos tantos recuerdos. Un amigo de Roque la habia comprado por encargo de éste.

—Entonces, añadió Emilio, se levantó en el mismo lugar de la ejecucion la cruz que tanto te ha dado que pensar, y que es para la familia un emblema sagrado y una regla de conducta. Ella nos representa constantemente la historia que acabo de referirte y nos enseña que hemos de preferir la honra á la vida, que debemos amor á la patria, y que la gratitud es un noble distintivo.

—Por fortuna, pasaron aquellos tiempos de barbarie, dije yo, y no es fácil que se repitan hechos como el que acabas de contarme.

—En teoria, sí, repuso Emilio; pero en la práctica no me atrevo á asegurarlo. Nuestra civilizacion no está bastante adelantada para esto. Recuerda el hecho de aquella griega acusada como mi abuela de haber ocultado á un hombre perseguido por la ley.

—¿Ignorabas, le preguntó el Areópago, que por este acto te hacias reo de muerte?

—No, contestó ella; pero he preferido que me condenáseis vosotros á que lo hiciera mi conciencia.

El tribunal absolvió á la mujer, y el pueblo la llevó en triunfo. ¿Sucederia esto ahora?

En tiempo de Felipe V. los españoles se creían mas adelantados que los antiguos griegos, y ya has visto la muerte de mi abuela. Mas cerca de nuestros días ¿no encontramos ejemplos semejantes? ¿Has olvidado el nombre del conde de España? ¿No recuerdas la guerra civil de los siete años? Nuestra historia contemporánea es una historia de sangre, de pasion política, los consejos de la ira prevalecen sobre los de la razon y la justicia.

—¡Callé, porque nada podia replicar á Emilio. Nuestra expedicion no dió resultado. Cuando llegamos á la fuente encontramos que manaba, y no pudimos penetrar en la galería.

—¿Cacemos hoy me dijo Emilio, y otro día realizaremos nuestro objeto. Siento que hayamos tenido desgracia.

—No le hace, le contesté, la historia que me has referido lo compensa todo.

—Si es así, volverás otro día, porque la cruz de mi casa recuerda otras muchas cosas además de las que te he contado, y mas interesantes si cabe. No te las refiero hoy porque esto te obligará á volver otro día.

—Así sea.

Y nos dedicamos por completo al placer de la caza.

L.

EL GRABADOR SCHMITZ.

El profesor Krahe, director de la galería de pintura de la ciudad de Dusseldorf, estaba trabajando en su gabinete, cuando un criado entró á anunciarle que un jóven deseaba verle.

Hacedle entrar, respondió el profesor, y algunos minutos despues, el criado introducia á un jóven de diez y siete á diez y ocho años. Su atavío era el de un manco panadero: el profesor, creyendo le llevase alguna sollicitud, estaba á punto de enviarle á su mujer, pero le pareció

descubrir algo de extraordinario en la expresiva fisonomia del jóven, y le preguntó con mucha amabilidad «¿qué se le ofrecia.»

—Tengo un libro, señor... deseaba que lo examináseis... si lo quereis, os lo venderé.

El profesor tomó el libro, que no era otro que un antiguo misal iluminado, es decir, adornado de grabados y de dibujos de colores, y no tardó en reconocer que era una copia de una edicion hecha por órden del elector Clemente Augusto de Colonia, que se ha vuelto muy rara, advirtiéndole al mismo tiempo que el número de dibujos y grabados era mas considerable que en el original.

—¿De dónde habeis sacado este libro, amigo?

—Es la copia de un libro que me prestaron, respondió el jóven bajando los ojos.

—No es, pues, un original, observó el profesor volviendo las hojas; ¿quién es el autor de esta copia?

—Soy yo, señor, respondió el jóven, y sus mejillas se tiñeron del mas vivo encarnado.

Krahe miró al jóven panadero con un aire de sorpresa y tomando de sus estantes un original, se admiró de la exactitud de la copia.

—Jóven, dijo el profesor, ¿por qué haceis de panadero, cuando teneis talentos que podrían elevaros á una carrera mas noble?

—Yo lo deseaba con todo mi corazon, señor, pero mi padre, cargado con una numerosa familia, carece de los medios necesarios para hacerme estudiar. Sabiendo que amais las artes, he hecho esto, con el fin de ofrecéroslo, y con la esperanza que me ayudareis con vuestros consejos y con vuestra proteccion.

—¡Bien! Ven mañana por la mañana á verme, dijo el profesor enteramente conmovido y sacudiendo con fuerza la mano del jóven que acompañó hasta su puerta.

El día siguiente Krahe partió muy temprano para la casa de campo de uno de sus amigos, situada á corta distancia de la ciudad. Era éste un hidalgo que á unas inmensas riquezas, reunia un decidido amor por las artes y que habia sido siempre el protector de los jóvenes que se distinguian en ellas. Krahe le mostró el libro, despues de haberle contado la historia del jóven. «¿Qué puedo hacer por él?» era la pregunta que el profesor esperaba, á la que respondió francamente: «Prestad doscientos escudos á este jóven, llegará á ser un grande artista, y yo mismo os salgo fiador de la restitucion de esta suma.»

—El tendrá trescientos escudos, respondió el hidalgo, y no necesito fianza: hélos aquí. Krahe le dió las gracias y volvió á partir para Dusseldorf, donde le esperaba su protegido. Este, al escucharlo que el profesor habia hecho por él, se echó á sus piés. Poco tiempo despues, habia abandonado enteramente el oficio de panadero.

Durante dos años el jóven Schmitz, este es el nombre del manco panadero, estudió el dibujo y las matemáticas bajo la direccion del honrado profesor Krahe, quien, al cabo de este tiempo, aconsejó á su alumno que marchase á París, donde podria perfeccionarse. Schmitz resignóse á ello. Sí, se resignó, pues una grande pasion le tenia sujeto en Dusseldorf; ¿pero podia, debia él escuchar mas bien á su corazon, que á la voz de su bienhechor? Cartas de recomendacion para M. Villes, que en aquella época ocupaba el primer lugar entre los artistas de la capital, y algunos escudos, fruto de sus ahorros, formaban todo el capital de Schmitz.

Las fatigas del viaje, la extricta economía que el estado de sus haberes le imponia y el disgusto de haberse separado de Dusseldorf, habian consumido de tal modo la salud de Schmitz, que cayó enfermo al llegar á París. Admitido en un hospital, donde fué cuidado gratuitamente, vióse obligado á salir de él tan pronto como el peligro hubo pasado: y durante su larga convalecencia tuvo Schmitz que gastar hasta su último mavedí. Hubiera deseado presentarse á M. Villes; pero estaba tan pobre, tan andrajoso, que no se atrevió. ¿Era orgullo, ó timidez?... Tal vez él mismo no hubiera acertado á decir qué motivo le impedia presentarse á su protector. Solo, careciendo de todo, sin esperanza, sin amigos, Schmitz recorria las calles, sin saber donde podria descansar ni donde encontraría un pedazo de pan. Un día que se habia parado delante de una tienda de estampas, pronunció involuntariamente algunas palabras en alemán. Dos soldados de guardias suizas que estaban á su lado, volviéndose hacia el jóven, le preguntaron de donde venia: «De Dusseldorf, respondió Schmitz: «Sois, pues, mi compatriota, exclamó uno de los soldados, vuestra mano y vuestra amistad. ¿Qué haceis aquí? Entremos en la taberna y hablaremos de nuestro país. Entraron en ella: el soldado dijo al punto, quién era y por qué se habia alistado, y al saber la historia de Schmitz, le dijo: —Amigo, París es una hermosa ciudad, pero la vida es dura; ya que no quereis ir á ver á M. Villes, venid conmigo á casa del capitán y sereis soldado. O soldado, ó perdido, hé aquí lo que os queda.» Schmitz, despues de algunos instantes de reflexion, se decidió á seguir el consejo de su compatriota, que lo presentó al instante al oficial encargado de la recluta.

El capitán de la compañía en que Schmitz habia sido incorporado, habiendo sabido su historia, se interesó por el jóven soldado, presentóse á M. Villes, pidióle y obtuvo el permiso de presentarle á Schmitz. El célebre M. Villes adivinó todo el talento de su nuevo alumno, que, gracias á su proteccion; fué autorizado por sus jefes para poder trabajar como grabador durante los cuatro años que debia servir como soldado.

El jóven alemán se aprovechó, y al cabo de ese tiempo, si no habia hecho grandes progresos

en la carrera de las armas, había adquirido una alta reputación como grabador.

Luego que se vió libre, pensó en volver á Dusseldorf donde recibió un sumo placer en volver á ver al honrado profesor Krahe, quien quiso procurarle desde luego algún empleo: admitido en las sociedades todo el mundo le amaba. El profesor Krahe le convidó un día á una tertulia donde se encontraba también el caballero que había dado los trescientos escudos al joven grabador, y que le amaba como puede un padre amar á su hijo: conversaban entre sí, cuando dirigiendo el caballero la vista por casualidad hacia Enriqueta, la hija de Krahe, vió que se volvía pálida. «Schmitz, le dijo, reparad la palidez de Enriqueta, no obstante que debería tener hoy colores, ya que tiene un placer.» Si el hijo se hubiese vuelto en este momento hacia su interlocutor, no se hubiera admirado poco al ver el efecto que estas palabras producían en el pobre Schmitz, cuya figura estaba del todo trastornada; pero no apartó los ojos de su dirección, y añadió:

—Sí, debe ser bien feliz; aquel joven que le da la mano es su novio, y hoy ha sido el día que el padre de Enriqueta ha consentido en su unión, que corona el amor de muchos años.—¡Cómo! exclamó Schmitz. El caballero volvióse hacia él, y viéndole pálido, descolorido, á punto de desmayarse, le sostuvo en sus brazos, mientras que Schmitz, con una voz débil, le murmuraba al oído: «Señor, sostenedme, tened compasión de mis penas, hacedme conducir á mi casa.» El caballero le hizo salir del salón y le acompañó hasta su casa. Schmitz le dio las gracias, le rogó que volviese á casa del profesor Krahe y que no dijese nada de su accidente: añadió que se encontraba mejor y que bastaba un poco de descanso para restablecerse del todo.

El caballero sospechó que había algo de extraordinario, pero prometió á Schmitz, que se lo rogó de nuevo, guardar el secreto, y se fué. Schmitz se hizo entonces cuenta de su posición. Mucho tiempo había que amaba á la hija de su bienhechor; pero nunca había sentido toda la fuerza de su pasión; jamás se había atrevido á elevar sus votos hacia ella, y lleno de un amor respetuoso, creía poder mandar á su amor; pero el saber que Enriqueta iba á pertenecer á otro, despedazó su corazón. El pobre Schmitz pasó una noche angustiosa: el sueño huía de él, y la desesperación se apoderaba de su alma.

El día siguiente fué temprano á casa de M. Krahe, quien, viéndole entrar, le dijo al punto: «Amado Schmitz, conozco que tenéis pesares, decidme, ¿qué os aflige?» Schmitz se echó á llorar. El profesor, asustado, le hizo mil preguntas, le acarició, y llegó por fin á arrancarle la verdad.

«¿Habeis, acaso, hablado á mi hija de vuestra pasión?... le preguntó el profesor, cuyos movimientos indicaban lo afectado que estaba de aquella escena.—«Jamás, señor, respondió Schmitz, con una grande energía: jamás, ni aun de un modo indirecto, me hubiera atrevido yo, pobre y desgraciado, á hablar de amor á la hija de mi bienhechor?... Yo la veía, la admiraba, y esto causaba mi dicha. ¡Ah! esta dicha se va á acabar para mí.

El honrado profesor procuró consolar al joven, le habló del afecto que le tenía, le llamó su hijo; pero al mismo tiempo le aconsejó que olvidase su pasión, que la combatiese, que pensase que debiéndose casar Enriqueta, su pasión sería criminal. Schmitz prometió al profesor que le obedecería. ¿Qué no hubiera hecho él para manifestar su reconocimiento? Se alejó de la casa del profesor, procuró distraerse, pero todo era inútil; su corazón estaba lastimado y no tardó en caer enfermo. Era imposible, en una pequeña población como Dusseldorf, ocultar á Enriqueta la enfermedad de Schmitz. Su padre juzgó que sería mejor confesarlo todo á Enriqueta, sondear su corazón y deshacer el casamiento, si ella correspondía al amor del joven grabador.

Enriqueta, instruida por su padre del amor de Schmitz, no respondió mas que con un suspiro, y salió del gabinete en que se encontraban. El honrado profesor vióse entonces muy turbado, y algunos días después hizo recaer la conversación sobre el mismo asunto; pero Enriqueta se apresuró á responderle: «Padre mío, yo estoy comprometida... Schmitz, prosiguió suspirando, merece mi compasión, pero el deber, el honor... y así del aposento.

El amor no es siempre una divinidad maléfica. El novio de Enriqueta, que se había detenido en su casa para tomar sus últimas disposiciones, escribía muy á menudo á su futura. En una de sus cartas dejó percibir que su familia encontraba algunos obstáculos en su casamiento. Enriqueta le respondió al punto que le dejaba enteramente libre, en escoger entre ella y su familia. Dos días después le respondió que aceptaba la libertad que le daba y que retiraba su palabra. No hay cosa que las mujeres detesten mas que el abandono. No obstante causó esto sumo placer á Enriqueta, y al punto fué á encontrar á su padre, quien al verla entrar, la abrazó y le dijo:

«Hija mía, sabes que hace una hora que estoy reflexionando sobre la suerte del pobre Schmitz... esto me tiene enfermo, será menester que le escriba venga á verme; voy á pedir luz para hacerle, y al decir estas palabras acercaba la mano al cordón de la campanilla.—No, querido padre, esperad, si escribís demasiado, enfermaréis.—Pero es para escribir á Schmitz.—No, no lo hagáis, dijo Enriqueta arrojándose á su padre.—Después acercando sus labios á su oído le dijo: Sé que amais á Schmitz.—Sí, Enriqueta, le amo,

y hubiera sido feliz si le hubiérais podido amar también.—Yo también, padre mío, le amo y no hay ningún obstáculo á nuestra unión.» Y al decir estas palabras enseñaba á su padre la carta que acababa de recibir.

El profesor se enteró de su contenido, abrazó á su hija y corrió á casa de Schmitz que, siempre enfermo, oyó esta noticia con una grande emoción, fué indispensable que al principio aquello le trastornase, pero recobró sus fuerzas y sostenido por su bienhechor, se arrastró hasta su casa, donde por la primera vez habló de su amor á Enriqueta, y no volvió á su casa hasta muy tarde de la noche.

Júzguese de la admiración de Enriqueta y de su padre, cuando el otro día, en vez de ver llegar á Schmitz, vinieron á avisarles que se había marchado al amanecer en un carruaje con cuatro caballos, llevándose consigo todos sus utensilios, sus dibujos y sus obras. ¡Pobre Enriqueta! ¡Qué golpe para ella que ya había entregado todo su corazón á Schmitz!... Schmitz se había vuelto loco; ¿cómo explicar de otro modo su conducta? El profesor participaba de los temores y de las sospechas de una hija que tanto amaba. Ocho días habían pasado sin haber recibido ni carta, ni aviso que les descubriese dónde se encontraba Schmitz. En fin, al cabo de nueve días un coche se detuvo á la puerta del profesor, Enriqueta abrió la ventana, era Schmitz. Pronto estuvieron el uno en los brazos del otro.—¿Qué habeis hecho en ese tiempo? ¿De dónde venís? ¿Queréis abandonaros?... y un sin fin de preguntas semejantes.

Schmitz pudo por fin hablar. Dijo entonces á Enriqueta que su situación de oficial grabador era muy humilde para poder aspirar á su mano; que atormentado por esta idea, había ido á Munich; admitido en la presencia del elector, le había contado toda su historia y pedido su protección. El elector, habiendo hecho examinar sus obras, le había nombrado su grabador, y le había concedido un tratamiento.—Hé aquí el diploma, añadió Schmitz; ahora ya soy digno de vos, y Enriqueta le alargó su mano.

El siguiente día se casaron: el venturoso Schmitz llegó á ser uno de los grabadores mas célebres de la Alemania.

J. P. C.

RECONQUISTA

Á LOS ÁRABES DE LA CIUDAD Y CAMPO DE TARRAGONA Y SU RESTAURACION Y REPOBLACION EN LOS SIGLOS XI Y XII.

Con algun atraso hemos leído en un número del *Diario de Barcelona* el extracto de la sesion celebrada por la Academia de buenas letras, de la misma ciudad, en 17 de Diciembre último, en la que el académico D. Antonio de Bofarull leyó un capítulo de su *Historia de Cataluña*, referente á la reconquista de Tarragona y su campo á los árabes. Aunque no puede formarse un cabal concepto por un simple extracto de lo expuesto en todo un capítulo, hemos visto no obstante sentadas en aquel ciertas premisas que se hallan absolutamente en contradicción con varios trabajos que hemos publicado sobre el mismo asunto; por cuyo motivo creemos indispensable hacer algunas ligeras consideraciones y observaciones á dicho extracto, que servirán de apoyo á las opiniones que emitimos en aquellos trabajos.

Creemos, en primer lugar, que la reconquista de Tarragona y su campo no se verificó ni en tiempo de S. Olaguer, ni en otros posteriores, segun espresa el Sr. Bofarull.

El honor de la verdadera reconquista no puede, en nuestro concepto, quitarse al conde de Barcelona D. Berenguer Ramon II *El Fratricida*, quien estimulado por una expresiva carta del Papa Urbano II, á instancias de D. Berenguer de Rosanes, obispo de Vique, dirigida á dicho conde y á los de Urgel y Besalú, así como á los obispos y nobleza de Cataluña, resolvieron de comun acuerdo llevar á cabo la reconquista de la antigua metrópoli de la España Citerior, durante tantos siglos ocupada por los árabes, á cuyo fin el conde, ayudado de los barones que le habían permanecido fieles, principió su empresa arrojando á los moros que poblaban la extensa comarca del Panadés, desde las ásperas montañas de Ordal, que formaban las fronteras del Afrank ó país de los cristianos, hasta las mismas murallas de Tarragona.

A lo que se deduce de las crónicas, la conquista de la ciudad no fué cosa fácil, y hubo de trascurrir mucho tiempo antes de tomarla á viva fuerza; tan robustos eran sus muros y tanto el empeño de los muzlimes en defenderla; concíbese, por tanto, que á consecuencia de este riguroso sitio y asalto, hubo de quedar la ciudad tan maltratada y derruida, que tardó muchísimos años en restaurarse. En el entretanto, el obispo de Vique, electo arzobispo de Tarragona, el ya ci-

tado D. Berenger de Rosanes, recorría las alquerías y villorios situados en los territorios recién conquistados y que comenzaban á repoblarse, ejerciendo en ellos su ministerio pastoral. Verificada la conquista, creyó el conde cumplido su compromiso, abandonando en consecuencia la prosecucion de la empresa llevada á cabo con felicidad, y procurando regresar pronto á la capital, de la que no le convenia estar alejado, por las razones que son bien fáciles de adivinar.

Miras de política y conveniencia indujeron, sin duda, al conde de Barcelona, para tener propicio al Papa á ceder la nueva conquista de Tarragona y su campo á la Santa Sede, reconociéndose, solo en este punto, feudatario de la corte de Roma por medio de un canon quincenal de veinticinco libras de plata pura, entregaderas al palacio de San Juan de Letran. Esta conquista y donacion se verificaron en el año 1090.

Como es de suponer, Urbano II admitió la enfeudacion en una bula expedida en el año siguiente de 1091, y en la misma concede el palio á D. Berenguer de Rosanes, con facultad de retener el obispado de Vique, atendido el mal estado de la metrópoli, y su diócesis, comprometiéndose éste á restaurar la ciudad y poblarla convenientemente.

Las pocas y oscurísimas noticias que nos han quedado de aquella borrascosa época nos impiden saber á punto fijo cuanto tiempo duró la prelación de don Beranger de Rosanes; en nuestras indagaciones hemos podido descubrir, que por los contornos de los años 1097 y 1098 desempeñaba aun el cargo de metropolitano; y no sería extraño que muriera ó se viese obligado á huir de la ciudad, cuando en el año 1108 volvió á caer en manos de los infieles. Hé aquí cómo refieren los historiadores árabes esta nueva pérdida de Tarragona.

Los almoravides (Muhabitas, segun los nombran las crónicas cristianas) de allende el Ebro, verificaron en el citado año dos terribles irrupciones que llenaron de luto y desolacion á Cataluña entera. La primera vino capitaneada por Mohamad-ben-Alag, quien llegó hasta la misma vista de Barcelona. Al regresar este caudillo y su victorioso ejército cargado de riquezas y esclavos, cayó en una emboscada que le prepararon los cristianos, donde murieron la mayor parte de los suyos. Mucho sintió el emir Ali, que gobernaba la España oriental, tan grande pérdida, y ordenó á Abu-Beker, Wali de Murcia, que fuese al Afrank á vengarle. Beker reunió toda la fuerza que pudo en Valencia, y simultáneamente por Tortosa y Fraga penetró en Cataluña, tan de sorpresa, que pilló descuidados á los cristianos; como su antecesor llegó hasta los castillos de Olérdula, de la Gelida y la Granada, y retrocediendo luego pasó á fúsgo y sangre todo el Panadés y campo de Tarragona, incendió las poblaciones, arruinó las iglesias, llevándose gran número de esclavos y muchísimas riquezas.

Los cristianos de Tarragona no pudieron resistir este terrible empuje, y el vengativo Beker, despues de haberla saqueado, entregó la ciudad á las llamas, demolió las fortificaciones, llevándose cautivos á los habitantes que habían escapado del degüello general. Las crónicas árabes dicen que aquella aterradora invasion solo duró veinte dias, y las cristianas pintan con sangrientos colores los resultados de ella.

Quedó tan desmantelada Tarragona á causa de esta catástrofe, que no volvió por entonces á ser habitada. Las ruinas de las casas se llenaron de broza y zarzales, y los escombros y arbustos obstruían las calles. En ellas y en las plazas se criaron y crecieron árboles, y hasta en el mismo recinto del templo de Santa Tecla, erigida por D. Berenguer de Rosanes, nacieron encinas y hayas.

Algunos años trascurrieron, y la desventurada Tarragona permanecía yerma y desolada, habitada solamente por fieras y reptiles; hasta que compadecido el obispo de Barcelona San Olaguer, formó el empeño de restaurarla y devolverle su primitivo lustre; á este objeto suplicó al conde de Barcelona D. Ramon Berenguer III, la ratificacion del acuerdo tomado por su tío *El Fratricida*, cediendo la ciudad y su campo á la Iglesia; mas el astuto conde, que no queria disgustar al Sumo Pontífice, ni tampoco desprenderse de una gran parte de su heren-

cia, accedió en parte á los ruegos del prelado; pero, en vez de hacer la cesion á la Santa Sede, como aquel, reconociéndose por ello feudatario del Papa, hizo la donacion de la ciudad y campo de Tarragona á la iglesia de Santa Tecla y por ella al obispo San Olaguer, autorizándole para que juntando la gente que le conviniera, repoblara la desmantelada ciudad y toda su comarca, legislándola segun mejor le plugiese; pero en vez de la enfeudacion de su tío á la Sede Apostólica por medio de un canon anual, se reservó el dominio directo, y la facultad de valerse de sus pobladores en caso de guerra, etc., etc. Este instrumento de donacion lleva la fecha del mes de Febrero de 1117, y en virtud de ella el obispo de Barcelona se posesionó de la ciudad, que continuaba yerma y despo-blada.

Hé aquí, pues, demostrado como San Olaguer no fué el reconquistador de Tarragona, sino su restaurador, título en nuestro concepto tan honroso ó mas que aquel; en efecto, los primeros cuidados del Santo Pontífice se emplearon á poner la ciudad que estaba á su cargo en disposicion de ser habitada, quitando toda la maleza que en ella había libremente crecido, y reparó los aporillados muros, con objeto de resistir las embestidas de los moros encastillados en las vecinas y fragosas montañas de Prades y del Priórato.

Verificadas la ocupacion y las mas indispensables restauraciones, partió San Olegario á Roma para solicitar del Sumo Pontífice la aprobacion de la cesion mencionada, y Gelasio II, en una bula expedida en Gaeta en el mes de Marzo de 1118, no solo confirmó la donacion, sino que le concedió el palio; y por las mismas razones que mediaron con su antecesor D. Berenguer de Rosanes, le permitió gobernar á la vez las dos diócesis de Tarragona y Barcelona.

Coligese que, á pesar de las defensas, mucho debió retrasar la repoblacion de la ciudad, pero sobre todo de la campiña, la vecindad de los castillos de Prades, Ciurana y Escornalbou, ocupados por los moros; sin embargo, no se desanimó el magnánimo prelado, y aunque abandonado á sí mismo, sin mas recursos de los que él podía proporcionarse, no solo defendió con energia la ciudad, sino que lleno de fe y confianza echó los cimientos de la grandiosa catedral que hoy admiramos.

El carácter del anciano arzobispo, mas bien pacífico que guerrero, y los honoríficos cargos eclesiásticos acumulados sobre él por el Sumo Pontífice, le impedían residir de continuo en su ciudad metropolitana; pero, á pesar de esto, de cerca y de lejos atendió siempre á la seguridad de ella, y de todo cuanto correspondia al buen régimen de la Iglesia durante mas de diez años; pero por último hubo de conocer que era esta demasiada carga para sus fatigados hombros en una edad tan avanzada, resolviéndose en consecuencia buscar quien le sustituyese, por lo menos en la parte civil y militar, y para ello puso los ojos en un estrénuo, rico y distinguido caballero, de ascendencia normanda, y emparentado con lo mejor de la nobleza catalana, D. Roberto de Culeio, señor del castillo de Aguiló, conocido generalmente, á causa de este feudo, por Roberto de Aguiló, con el sobrenombre de *El Bardo*.

Para un asunto tan árduo, no quiso el prudentísimo prelado obrar de ligero, y creyó conveniente consultarlo antes con los obispos sus sufragáneos, con los condes, barones y demás nobleza de Cataluña, y todos unanimemente alabaron el pensamiento, y aun el mismo conde de Barcelona, primer donatario, le indujo y aconsejó la precitada cesion á don Roberto; en vista de lo cual San Olegario otorgó escritura pública, que se firmó en el mes de Marzo de 1123. En ella consta, que es obligacion del principe de Tarragona restaurar y repoblar la ciudad, defenderla así como su territorio, y gobernarla en lo civil con justicia y temor de Dios, sin que pudiera traspasar el dominio á otra persona fuera de su sucesion directa, reservándose el arzobispo los diezmos y cuanto perteneciese y tuviera relacion con los asuntos y personas eclesiásticas; el principe Roberto le prestó juramento de fidelidad.

Puesto de acuerdo el arzobispo y don Roberto, emprendió éste el viaje á Roma

para impetrar de Honorio II su consentimiento y aprobación, lo que consiguió fácilmente, y hé aquí también demostrado que D. Roberto recibió el Principado de Tarragona con todos los requisitos legales é indisputables que le constituían dueño de la ciudad y su campo, con facultad de legarlo á toda su descendencia legítima. De la ciudad de Roma pasó D. Roberto á Normandía, donde tenía sus parientes, en busca de gente y pertrechos de guerra para la defensa y seguridad de su Principado.

Entretanto, su esposa doña Inés, hermosísima y valerosa dama, de nobilísima estirpe, hija de Guillermo de Capraquedo, encargada de la defensa de la ciudad, desempeñando su cometido con un tino tal y con tanta prudencia y actividad como pudiera haberlo hecho el mas consumado guerrero. Refieren las crónicas, que vestida con la loriga ó cota de malla recorría de día y noche las fortificaciones, vigilando á los centinelas y estimulando á los guerreros que las defendían, hasta el regreso de su marido que, con los recursos que trajo consigo, puso á raya las irrupciones de los moros vecindados en las montañas de Prades y del Priorato.

D. Roberto poseyó tranquilamente y durante muchos años su Principado, mientras vivió San Olaguer, sin recibir de él reclamación alguna; pero á la muerte de este esclarecido y benéfico prelado le substituyó en la Sede metropolitana D. Bernardo Tort, que era el antitesis de su predecesor, puesto que cuanto tenía aquel de pacífico y suave era éste belicoso y ardiente, y desde luego se conoció que miraba con malos ojos la cesión de la ciudad á D. Roberto, buscando modo de cansarlo y aburrirlo á fin de obligarle á hacer renuncia y desembarazarse de él, como muy oportunamente dice D. Andrés de Bofarull en sus *Anales de Reus*.

La historia, muy parca en noticias durante esta turbulenta época, no nos refiere las cuestiones que hubieron de surgir entre el nuevo arzobispo y D. Roberto. En la archiepiscopología del cronista Blanch, único documento que trata con bastante extensión de estos sucesos, hemos encontrado varias contradicciones, omisiones y trasposiciones, algunas veces apasionadas, que alteran el orden y forma de los acontecimientos, siéndonos preciso buscar en otras fuentes la verdad histórica; en efecto, no podemos dudar que la agresión que alteró el orden y tranquilidad que había disfrutado Tarragona hasta allí, fué iniciada por el arzobispo D. Bernardo, porque, éste, bajo pretexto de una confirmación, á que no venía obligado el príncipe de Tarragona, y á nuestro entender tan innecesaria como inoportuna, á la donación espontánea y legal de San Olaguer, hizo un nuevo contrato, alterando notablemente las bases concordadas y confirmadas anteriormente. Es de suponer que esta infracción no debió gustar mucho á D. Roberto, quien tal vez para evitar disgustos y no romper con el nuevo prelado, accedió y firmó el acta de confirmación con su esposa é hijos en el mes de Febrero de 1148, después de veinte años exactos que había disfrutado tranquilamente y sin reclamaciones su Principado, como queda dicho; y pensamos que este documento fué el origen de los gravísimos altercados que siguieron luego, y que por espacio de veinte y mas años alteraron el orden de aquella tan pacífica ciudad.

El cronista Blanch dice que á esta acta de confirmación siguió una renuncia de D. Roberto, su esposa é hijos, en favor del arzobispo, en 1151, bajo el especioso pretexto de que el príncipe no había podido cumplir lo acordado con San Olaguer. Aunque poseemos copia de todos los documentos que se refieren á los sucesos ocurridos en Tarragona en aquella época, no hemos visto una sola referencia siquiera á aquella renuncia ficticia; lo que si encontramos es una retrodonación, que en este año de 1151 hace el arzobispo al conde de Barcelona don Ramon Berenguer IV de la ciudad y su campo, para librarse, dice, de la inquietud que le ocasionaban ciertas perturbaciones llevadas á cabo por personas perversas; pero como no dice cuáles eran, nos hace suponer serian los partidarios del príncipe Roberto.

Es de observar que en esta escritura hay dos ilegalidades; la una es, que ni directa ni indirectamente se hace en ella

mención de la renuncia aludida del príncipe Roberto, lo que prueba manifiestamente que no existió nunca; y luego, suponiéndolo así, faltaria la aprobación de D. Roberto y su familia, circunstancia que la deja sin valor legal; y efectivamente así fué, pues no se llevó á efecto. La verdadera renuncia de D. Roberto se verificó dos años después, y en ella consta que éste, de acuerdo con su familia, y en presencia del arzobispo y algunos obispos, así como de un representante del conde de Barcelona, cede dos partes de sus derechos á la ciudad y su campo á los citados arzobispo y conde, reservándose la tercera para sí y sus descendientes.

Esta acta fué firmada en la iglesia de Santa María, erigida, dice, junto al palacio del príncipe, á los 4 de los idus de Junio de 1153. Ignoramos cuál fué el motivo que indujo á D. Roberto á hacer esta renuncia, ni la explican los sucesos posteriores, sin embargo de que los sospechamos.

Al año siguiente murió D. Roberto, y aquí comienzan los verdaderos escándalos y desórdenes. Desde luego la viuda y Guillermo, hijo y heredero del príncipe Roberto, negáronse á dar cumplimiento á esta renuncia, alegando que la cesión fué fraudulentamente tratada y testificada, y sobre ello hubo gran contención y discordia entre ellos y el arzobispo, llegando la cosa á tal extremo, que obligó al conde de Barcelona á llamar á su palacio de aquella ciudad á los testigos que se hallaron presentes al firmar el acta en Tarragona, haciéndoles prestar una declaración jurada, que se firmó en el sobredicho palacio, á los idus de Febrero de 1157. Observamos que en este documento no se hallan las firmas de Inés, ni de ninguno de sus hijos y nietos, lo cual es una táctica protesta.

El arzobispo D. Bernardo Tort murió en Inglaterra, donde se hallaba de embajador, en el año 1163, entrando á ocupar la silla metropolitana D. Hugo de Cervelló, de la distinguida familia de este nombre, quien no logró apaciguar los ánimos, sino exaltarlos. No pudiendo entenderse, los de Aguiló se pusieron en campaña, apoderándose del castillo de Constantí, el mas próximo á la ciudad, cobrando los tributos que correspondían al arzobispo.

Los vecinos de Tarragona que no gustaban del gobierno de los arzobispos, se inclinaban á los de Aguiló; estos apoyados por sus deudos, gente poderosa, en especial D. Guillermo de Claramunt, continuaban en sus exacciones. D. Hugo, que no tenía fuerzas para resistirles, acudió en queja á Don Alfonso II de Aragón para que le diese ayuda, y el rey escribió una severa carta en el año 1170 á don Guillermo de Aguiló, culpándole y apercibiéndole; este también acudió en queja, y D. Alfonso, desde Tortosa, nombró un tribunal, compuesto casi todo de personas eclesiásticas, que fallaron contra las pretensiones de los de Aguiló, sentencia que confirmó el rey, quien dicen vino casi con este objeto á Tarragona. A vista de esta sentencia, los ánimos se exacerbaban, cometiéndose por unos y otros, y á mano armada, grandes violencias y atropellos. Dos sobrinos del arzobispo, instigados, fueron á asesinar á D. Guillermo, el hijo mayor y heredero de don Roberto, que el rey había enviado con una comisión á Tortosa, teniendo que huir para no ser víctima, el hijo de dicho D. Guillermo, amenazado de muerte por D. Hugo de Cervelló; y en venganza D. Berengario, hijo tercero del príncipe de Tarragona, asesinó al arzobispo, casi en los mismos momentos en que moría (á lo que parece de muerte natural) don Roberto, hijo segundo del citado príncipe, y para evitar el condigno castigo, la viuda, D. Berengario y sus sobrinos, fueron á ponerse bajo el amparo del rey moro de Mallorca, que á la sazón gobernaba las Baleares.

En este entre tanto llegó á oídos del Sumo Pontífice la noticia de la muerte violenta dada á D. Hugo de Cervelló, y sin pérdida de momento escribió tres cartas; una al rey de Aragón, exigiéndole la expulsión de los asesinos, amenazándole, de lo contrario, con la excomunión; esta carta lleva la fecha del 5 de los idus de Junio de 1171. La segunda va dirigida á D. Bernardo de Torroja, electo arzobispo de Tarragona, encargándole amonestase al rey para que diese cumplimiento á lo que exigía en su

antedicha carta, que de lo contrario pusiera entredicho al reino; lleva la fecha del 7 de los idus de Junio; y por último, otra posterior á los sufragáneos, dándoles conocimiento de las anteriores cartas, y suponiendo que el asesinato se verificó por instigación de Inés, viuda de Roberto, declara que así ella como sus hijos y nietos sean expulsados de sus respectivas diócesis, como personas excomulgadas; su fecha 31 de las kalendas de Junio del mismo año.

Alfonso II dió las órdenes oportunas para el extrañamiento del reino, de cuyas providencias se alegró el Papa, manifestándose así en una carta escrita en las kalendas de Febrero del año siguiente de 1172.

Es digno de advertir que así en las cartas antedichas, como en el epitafio que hay esculpido en la tumba de don Hugo de Cervelló, suena como asesino del arzobispo D. Roberto, hijo segundo del príncipe de Tarragona; mas no fué así, porque el verdadero delincuente fué D. Berengario, hijo tercero, quien así se lo escribe á Don Alfonso desde Mallorca, en donde se hallaba refugiado, gozando de la privanza del rey moro; en esta carta expone las causas que le indujeron á matar al arzobispo, suplicándole vindicase la memoria de su hermano D. Roberto, acusado injustamente, así como pide la rehabilitación de Guillermo su sobrino, hijo del otro D. Guillermo, asesinado en Tortosa, ofreciéndose presentarse delante de un tribunal nombrado por el rey, ó que acudiría con los documentos necesarios á Su Santidad; esta carta no lleva fecha, pero fué escrita en 1171. Zurita y el P. Mariana dicen que el matador fué D. Guillermo, ayudado por sus hermanos.

Sea que, instando D. Berengario de Tarragona, se tratase de esta cuestión en los tribunales de Aragón y de Roma, y se viese que tan culpables habían sido los unos como los otros; sea que esta poderosa familia tuviera grande empeño é influencia, ó sea, en fin, que el rey de Aragón temiera indisponerse con el de Mallorca, que favorecía la causa de don Berengario, y cuya vecindad le era tan funesta por sus piraterías, ello es que Guillermo, nieto de D. Roberto de Culeio príncipe de Tarragona, no solo fué rehabilitado á poco de estos sucesos, sino que gozó de grande predicamento en la corte de D. Pedro el Católico, peleó á su lado en la célebre batalla de las Navas de Tolosa, que se ganó á los moros en 1212, y vemos que poco después dicho D. Guillermo hizo transacción con este monarca de los derechos que tenía en la ciudad de Tarragona y su campo, por la tercera parte de Valls y su término, y los señoríos de Picamoxons, Pontegandi y Espinaversa. Los descendientes de D. Roberto conservaron siempre los títulos de Aguiló de Tarragona, y ya no se volvió á hablar de la muerte de don Hugo de Cervelló.

Hemos hecho esta rápida reseña histórica de Tarragona, con objeto de demostrar que el verdadero reconquistador de esta ciudad fué D. Berenguer Ramon el Fratricida, y que si éste dejó de continuar la reconquista hasta el Ebro, no fué sin duda por falta de voluntad, de medios y de energía, sino por otras causas bien sabidas, que no le permitían, como dijimos, alejarse mucho de la capital del Principado.

La irrupción de los sarracenos del año 1108, se redujo á talar y devastar la campiña, incendiar y arruinar las alquerías y poblaciones del Panadés y campo de Tarragona, y demoler las fortificaciones y edificios de esta ciudad, dejándola desmantelada, matando y cautivando á sus habitantes, y así yerma y despoblada permaneció hasta el año 1118 en que San Olaguer la ocupó simplemente: por tanto no puede considerarse reconquistador, sino únicamente restaurador y conservador, título que le honra y que con justicia merece. Para esta empresa no se valió, como dicen, de aventureros normandos, sino de gente del país; las crónicas y otros instrumentos que hemos examinado cuidadosamente así lo manifiestan, sin hablar de D. Roberto ni de los normandos hasta muchos años después.

Mucho perturbaba la tranquilidad del arzobispo y de los vecinos de la ciudad y su campiña la proximidad y arrebatos de los moros de Prades; pero no admite duda que el santo prelado la puso en estado de defensa, restaurándola de las ruinas ocasionadas en 1108, y dió princi-

pio á la actual catedral, utilizándose por de pronto de la pequeña iglesia de *Santa Tecla la Vieja*, edificada, según creemos, por el arzobispo D. Berenguer de Rosanes, la cual sirvió de metropolitana hasta la conclusión y consagración de la nueva basílica en 1331. Diez años conservó y defendió San Olegario la ciudad con propios recursos y sin auxilio de nadie; pero viendo que sus cargos eclesiásticos no le permitían atender exclusivamente á cuanto convenía al régimen civil y militar de Tarragona, la cedió, según queda dicho, á D. Roberto de Culeio, de Aguiló ó el *Bordet*, bajo el título de príncipe, y esta donación espontánea fué con todos los requisitos legales, con anuencia y beneplácito de los prelados, nobles y barones de Cataluña, por consejo y consentimiento del conde soberano de Barcelona; y con aprobación de Su Santidad; ¿qué mas faltaba á D. Roberto para ser príncipe legítimo? Por otra parte, ¿no disfrutó pacíficamente su Principado por espacio de veintitres años sin oposición ni reclamación alguna? ¿A qué pues calificarlo de príncipe intruso?

También es injusta la denominación de príncipe *extranjero y aventurero* que se le ha dado, porque si bien D. Roberto procedía de estirpe extranjera, era esta noble y enlazada con los duques de Saboya, y descendiente por línea recta de Galceran de Volt, uno de los magnates que entraron de Francia contra los moros en 733, ó con Ludovico Pio en 800, y por lo mismo sus padres y abuelos estaban desde tres siglos domiciliados en Cataluña, poseyendo muchos feudos y territorios; y aun el mismo Roberto era señor de varios, entre ellos del castillo de Aguiló, y tenía parentesco con la primera nobleza catalana, según lo atestiguan su genealogía, que tenemos á la vista. Por otra parte, todas las crónicas le apellidan noble, rico y extráneo ó calificado caballero, y como tal estuvieron él y todos los suyos antes y después de 1128 allado de los reyes de Aragón en sus empresas; y en prueba de ello, Roberto el *Bordet* acudió con su contingente desde Tarragona en ayuda de Don Alfonso el Batallador en la desgraciada batalla de Fraga, en 1134, en donde peleó valientemente, haciendo prodigios de valor.

Creimos conveniente hablar con alguna detención de la confusa renuncia de la familia de Aguiló á favor de la iglesia de Tarragona, causa inmediata del asesinato del arzobispo D. Hugo de Cervelló, porque examinados desapasionadamente todos los antecedentes, resulta que tanta culpa tuvieron los unos como los otros; en aquellos borrascosos tiempos en que los prelados y otros eclesiásticos peleaban como simples guerreros, eran muy comunes las pugnas entre estos y los barones, ó unos barones con otros, porque en rigor todos eran aventureros. No se pasaron muchos años que esta misma turbulenta familia de Cervelló sostuvo serias contiendas con la no mas tranquila de los Castellvins, siendo muy frecuentes los choques y batallas campales, saqueos de pueblos y otros mil atropellos, teniendo en continua alarma á todo el país. Junto á la tumba de D. Hugo de Cervelló, hay la de D. Berenguer de Vilademuls, asesinado también 22 años después por su sobrino D. Guillermo Ramon de Moncada, por quererle aquel impedir que favoreciese á uno de los dos citados bandos.

Se habla de un plan estratégico concebido por D. Ramon Berenguer III, para la reconquista definitiva de Cataluña; si realmente existe este plan, lo desconocemos en absoluto; y ciertamente los hechos de este príncipe, que la posteridad ha calificado de *Grande*, no confirman de ninguna manera, ni la existencia del plan, ni autorizan el dictado. Sus principales empresas acreditan, por lo menos, que su último pensamiento fué el de la reconquista.

La renombrada expedición contra Mallorca, que costó á Cataluña mucho tiempo, mucho dinero y mucha sangre, tuvo que hacerla con auxilio de los genoveses y pisanos, descuidando las cosas de su tierra. La conquista de la isla se verificó al fin, pero los pisanos se llevaron la gloria del triunfo, gloria muy efímera en verdad, pues casi instantáneamente las Baleares volvieron á su primitivo estado; de manera que esta sí que fué una *lucha bien extéril*.

A su regreso de la inútil conquista, al año siguiente ó poco después, es á saber mientras el magnánimo y filantrópico

San Olaguer concebía y llevaba á cabo la ocupación y restauración de Tarragona, abandonado á sí mismo, D. Ramon Berenguer el Grande, se ocupaba en reducir á su obediencia á los provenzales de Fosis y de Tolosa; y precisamente en los mismos momentos en que fatigado el santo arzobispo, encargaba la defensa de Tarragona y su campo á Roberto el Bordet, despues de diez años de sacrificios para conservarlos, el conde de Barcelona se entretenía en talar los campos, demoler ciudades y villas, y derribar los castillos de las comarcas cristianas de la circunscripción de Ampurias, no perdonando la vida sino á los hombres que no le resistían, causando mil estragos que hubieran figurado mejor en territorios ocupados por los sarracenos de Cataluña la Nueva, los cuales en contra disfrutaban de una envidiable tranquilidad. La sola acción memorable de D. Ramon Berenguer el Grande contra los infieles de Cataluña fué la de Corbins, entre Lérida y Balaguer, en 1126, donde no solo el ejército del conde fué vencido, sino completamente destruido, pereciendo la mayor parte de él, de manera que estuvo en un tris, como suele decirse, el que esta desgraciada batalla ocasionase la pérdida total de Cataluña; gracias á que, justamente alarmado Alfonso I el Batallador, acudió solícito á prestar su apoyo al infortunado conde para salvarlo de una inminente ruina.

Este conde falleció en 1131 y entró á sucederle su hijo D. Ramon Berenguer IV, apellidado el Santo, y pensamos que mejor le hubiera cuadrado el título de Grande, porque, en efecto, durante su vida, como conde de Barcelona y príncipe de Aragón, por su casamiento con doña Petronila, hizo cosas grandes.

Arreglados los asuntos particulares de su condado con tanta solitud como prudencia, así como los pertenecientes á Aragón, tomó á pecho la reconquista de Cataluña, iniciada por su tío D. Berenguer Ramon II muchos años antes. En el mes de Octubre de 1149 puso cerco á un tiempo á las ciudades de Lérida y de Fraga, defendidas por los moros, que no tardaron en caer ambas en su poder, y en Diciembre siguiente sitió y ganó la ciudad de Tortosa, los dos antemurales de los árabes de España, redondeando de esta manera Cataluña hasta el Ebro; pero quedaban todavía en el centro del Principado los moros encastillados en las ásperas montañas de Prades y del Priorato, y constituyendo el conde á Tarragona, base de sus operaciones, les conquistó en 1153 los fuertes castillos de Ciurana, Prades y Escornalbon, sirviendo de mucho á esta conquista los castillejos que, bajo el acertado mando de D. Roberto de Aguiló, se habían erigido en todo el campo de Tarragona y Conca de Barberá, como consta de las cartas-pueblas expedidas por éste en concierto con el arzobispo á diferentes personajes.

Hé aquí por qué opinamos que en vez de ser efímeros y fatales los trabajos de los colonos, mejor dicho, auxiliares normandos que trajo consigo el príncipe de Tarragona para su defensa, fueron, por el contrario, muy provechosos y convenientes para la terminación de la reconquista de Cataluña. Sin estos baluartes, que auxiliándose mutuamente por su propio interés, detenían las furiosas algaradas de los moros, sus vecinos, ¿qué hubiera sido de Tarragona, de su fértil campo y de la risueña comarca del Penedés, olvidados durante tantos años de su príncipe soberano?

Los historiadores árabes refieren que en el año 1171 Aben-Sad, emir de la España oriental, se apoderó de la ciudad de Tarragona, y que teniéndole cercado los cristianos, pidió auxilio á su hijo Abul-Hegiag, general de la caballería que sitiaba á Valencia. Abul-Hegiag acudió solícito y dió, dicen, varias batallas á los cristianos entre Tortosa y Tarragona, al mismo tiempo que la escuadra mandada por el almirante Ali-ben-Casim entró en el puerto de Tarragona, habiendo echado á pique é incendiado varias naves de los cristianos, con grave manzanza de los que las tripulaban.

Refieren, igualmente, que tres años despues (1174), el emir Amuminin conquistó otra vez la ciudad, causando grandes destrozos, talando y arrasando la campiña, degollando y cautivando á los moradores y robándoles sus ganados

y riquezas; hecha esta algara, se volvió á Sevilla.

Con relación á los hechos que hemos narrado anteriormente, hallamos perfecta conformidad entre los escritores árabes y los cronistas cristianos; pero con respecto á estos dos tan notables acontecimientos, no hemos podido descubrir mención alguna en las crónicas contemporáneas que directa ó indirectamente puedan autorizarlos; muy al contrario, el primer hecho debió suceder precisamente en los momentos del asesinato de D. Hugo de Cervelló, y nada se habla de un suceso tan remarkable. Con relación al segundo, mas grave todavía, hubo de ocurrir durante las prelacías de don Guillermo de Torroja y D. Berenguer de Vilademuls, á quienes vemos gobernar pacíficamente la Iglesia, la ciudad y su territorio, prodigando cartas-pueblas á diversas personas para la fundación y repoblación de muchísimos pueblos esparcidos por el campo de Tarragona, Conca de Barberá y Priorato.

Lo único que hemos encontrado es, que este último arzobispo redujo el número de canónigos en el año 1181, por los grandes gastos á que venían obligados el arzobispo y cabildo metropolitano para defender la ciudad y los territorios contiguos á las costas marítimas, por las repentinas irrupciones y desembarcos de los moros de Mallorca y de Berberia; mas esto no tiene relación alguna con los sucesos mencionados por los escritores árabes. El estado de inquietud de todas las costas marítimas de Cataluña duró mientras las Baleares y Valencia permanecieron en poder de los infieles, y aun despues de conquistados estos dos puntos, los corsarios de las costas del Africa han tenido siempre, y hasta el primer tercio de este siglo, en jaque á las poblaciones marítimas.

En vista de lo dicho, tenemos por cierto que desde la ocupación de la ciudad por San Olaguer, continuó esta en poder de los cristianos, así como los territorios que formaban su diócesis. Cuanto acabamos de exponer, tanto en el sucinto relato histórico que precede, como en las consideraciones que hemos añadido, está escrito á vista de los numerosos documentos, á nuestro entender fidedignos, que poseemos, y al emitirlos hemos procurado circunscribirnos á los puntos que abraza el extracto de la sesión celebrada por la Academia de buenas letras de Barcelona en 17 de Diciembre, que ha dado motivo á este trabajo de investigación.

Sin embargo, y á pesar de lo dicho, si se nos convence con documentos fehacientes que nos hemos equivocado, rectificaremos gustosos nuestras opiniones, segun debe hacerlo toda persona ilustrada, cuando menos para dejar bien sentado aquel sabio principio «que de consejo muda el prudente.»

Tarragona 21 de Febrero de 1870.

BUENAVENTURA HERNANDEZ SANABUJA.

LOS PAYASOS.

CARTA Á UN TAL LOPEZ.

En Dios y en mi ánima, querido Lopez, que no hay cosa que mas me repugne que ver á un pobre hombre ponerse en ridículo para llamar la atención de las gentes. El funámbulo que corre por la cuerda floja, aunque sea funámbulo político, ente tan vulgar hoy; el jugador de manos que por calles y plazas embanca á los necios, escamoteando pelotas de goma y tragándose un sable de caballería; el trovador callejero que rasga sin piedad una doliente guitarra; la gitana que dice la buena ventura á las muchachas que tienen ganas de casarse; el charlatan que pregoná las excelencias de una pomada que así destruye los callos como hace crecer el cabello, todos esos seres que pululan en las grandes capitales y que solo aspiran á ganarse buenamente la vida explotando á los tontos, me arrancan siempre una mirada de compasión, pero no de desprecio; me inspiran lástima, pero no desden. El payaso, ese hombre que salta y gesticula como un mono, que se arrastra como una culebra y se retuerce como el cuello de una gallina; que obliga á sus mandbulas y á los músculos de su cara á agitarse y contraerse simulando alegres carcajadas, que reparte chistes averiados, fruto de largos años de recolección, como podria repartir esquelas de entierro, ese hombre, mejor dicho, esa caricatura del hombre, me causa un sentimiento de repulsión que en vano trato de disimular.

La necesidad obliga á los explotadores del público arriba citados á representar papeles de bien poco lucimiento en la comedia social, pero esta disculpa apenas alcanza al payaso, que antes de serlo podria dedicarse á mozo de cordel ó á pedir limosna con voz quejumbrosa á la puerta de una iglesia.

Hay, sin embargo, quien no lo entiende así y forma de las payasadas una escuela y hace profesión de payaso: con su pan se lo coma y buen provecho le haga, que yo no he de pedir la supresión de tal oficio, y basta á mi propósito ridiculizarlo, si es que puede esto hacerse con quien del ridículo vive.

El gracioso no es el payaso; aquel es el hombre que hace reír aun á pesar suyo, que ha nacido para hacer reír, que tiene un gracejo natural que no puede imitar el estudio, un rostro barlón y un carácter decididamente maleante; éste es el desdichado que nunca ha podido inventar un chiste, que confunde la gracia con la chocarrería, que se empeña en provocar la risa con los mas estúpidos desatinos, y que recurre á las mayores extravagancias, á las necedades mas estúpidas para conseguir su objeto.

¡Pobre payaso! Vede á través por entre la multitud que ocupa la plaza pública contoneándose, gesticulando, haciendo alarde de universales movimientos convulsivos, mirando desoñadamente á las personas que se agolpan á su paso, dirigiéndoles frases ridículas; lleva el rostro pintarrajeado como un salvaje, una peluca encarnada ó verde prolonga su frente hasta la coronilla, las cejas se han subido tres ó cuatro dedos formando una ojiva, el carmin ha prolongado su boca hasta las orejas y el carbon ha figurado que las ventanas de la nariz se abren al frente, como las de un perro pacho. De repente se para, forma círculo y da brinacos y saltos como si le hubiera picado la tarántula, y ladra y cacarea y anda como la rana y mueve la cabeza como el badajo de una campanilla y suda la gota tan gorda para conseguir que el público se sienta y le arroje los cuartos. ¡Pobre payaso!

Y ese payaso callejero que nos inspira desden no es el único de la familia: hoy los payasos abundan y se encuentran en todas partes, así en los círculos sociales como en el campo de la política y de la literatura: el tipo en el fondo es el mismo y si se modifica en los accidentes, su esencia no varia. Despoja del frac ó la levita al arlequin de buen tono, arranca la máscara al político, diseña con el escalpo de la crítica las obras del literato y te quedará el payaso callejero mono y lirondo, con la misma peluca roja, las elevadas cejas, la boca inmensa, los ridículos movimientos y contorsiones.

¡Por ventura ó por desgracia, no has tropezado alguna vez, querido Lopez, con uno de esos hombres que viven en la sociedad diciendo desatinos, que ellos quieren hacer pasar por gracias? ¡No has encontrado alguno de esos infelices que están siempre dispuestos á cantar con voz acatarrada una canción estúpida para divertir á la concurrencia y llaman la atención con estrambóticas relaciones de sucesos en que han tomado parte, sacando siempre la peor, pues apenas hay lance en que no hayan recogido una paliza? ¡No los has visto pasar por la calle y presentarse en el paseo con trajes raros, y de colores chillones, con levita azul y pantalón amarillo, y un sombrero como un redoblante y con mas pelo que una gorra de granadero de la Guardia?

Pues ese es el payaso social, ese es el que gesticula en los salones, el condenado hoy á forzadas gracias, como los había antes á trabajos forzados, el que tiene celos horrosos de todo el que discurre donosamente ó habla con gracejo, aunque sin el decidido propósito de hacer reír, el que murmura de los amigos y hasta de sus mas allegados parientes, para alcanzar por la difamación ó la calumnia una sonrisa picaresca, siquiera con sus palabras destruya la honra de una señora ó la reputación de un hombre de bien.

Con tal sistema, quizá consiga medrar en el mundo, quizá alcance una reputación de maldiciente y conquiste el favor de un encopetado personaje ó de una dama de virtud ambigua, que le servirán de apoyo y le cubrirán con el manto de su protección, quizá llegue á conquistar honores y riquezas, ¿quién sabe? hoy que se explota todo, se explota tambien el filón de la charlatanería.

Yo no veo mas que un payaso en el hombre que ayer cantaba las glorias del porvenir y hoy se retuerce hacia atrás y adora las tinieblas del pasado; que contesta con una bufonada á las preguntas que le dirige indignada la sociedad que le rodea; que hace dar á la razón saltos mortales para explicar el entusiasmo que siente ó finge sentir por todo lo horrible, por todo lo infame, por todo lo absurdo y lo extravagante de otras épocas; que se burla en la vida privada de las doctrinas que proclama públicamente y que le atraen la admiración de los que no le conocen.

Y si en el campo de la literatura ponemos el pié, encontraremos mucha maleza que es preciso cortar, porque tambien las payasadas lo han invadido. Hoy, no ya un individuo, casi pudiera decir que una escuela, se dedica á arrancar sonrisas á las gentes á todo trance. Entre el escritor y el público se trabó un singular combate; el primero se empeña en hacer reír al segundo; y al segundo no le hacen mella los disparates del primero. El escritor, apurado, vuelve á la carga, amontona desatino sobre desatino, Pelion sobre Osa, para llegar al Olimpo de las necedades, y ocasiona hay en que el lector ó el espectador se rie, al fin, con la risa de la desesperación, aunque en otras tira el libro con desden ó saca una llave del bolsillo y silba con la mejor voluntad y con toda la fuerza de sus pulmones.

Para hacer chistes de este género hay amigo Lopez, una receta, como la tenían los malos pintores del siglo pasado para pintar las carnes. Todo el misterio consiste en que las contesta-

ciones no tengan congruencia con las preguntas, y en que los personajes que toman parte en la novela ó comedia sean todos imbéciles y digan lo que les parezca, esté ó no admitido en la buena sociedad.

Le pregunta D. Jorge á D. Simon:—¿Tiene usted sueño? y contesta éste:—Ha parido la gata.—Ahí tienes un chiste.

Y continúa la conversacion entre ambos personajes.

—¡Hombre, la gata y ¿qué gata es esa?

—La gata de mi mujer.

—Comprendido, Sr. D. Simon. Pero eso no hace al caso. Yo vengo á cobrar aquel plico que usted me debe.

—Bien pensado: ahí tengo un sombrero viejo que heredé de mi abuelo que tiene tres; llévese usted el plico que quiera.

—Usted me insulta.

—Como no tengo un cuarto.

—Economía, Sr. D. Simon.

—Econosuya, Sr. D. Jorge.

—Gaste usted poco.

—¿Qué me cuenta usted? Cuando en todo he disminuido...

—¿Qué horror! ¿En todo ha disminuido Vd?

—Sí, señor; he disminuido los gastos.

—Respiro.

—Pues ¿qué se había figurado Vd? Aquí do de Vd. me vé yo soy muy pillo.

—Ya se conoce, amigo mio, ya se conoce; pero otros mas pillos que Vd. se ven en presidio.

—¿De veras?

—Ahí está D. Juan de la Pavana: mírese usted en ese espejo.

—¿Levo acaso tiznada la cara?

—No, señor.

—¿Me ha salido algun grano en la nariz?

—Tampoco.

—¿Se me han caido las orejas?

—Pero, hombre, ¿á qué vienen esas preguntas?

—¿Como me ha dicho Vd. que me mirara en el espejo!

—¡Ah! bárbaro.

—Gracias.

—No hay de qué: con esa frase queria advertirle á Vd. que procurara no tomar alojamiento en el citado hospicio.

—¿En qué hospicio?

—Hombre, en presidio.

—Pero ¿qué es eso de presidio?

—Es Vd. un tonto de capirote.

—Esa es la canción de todos.

—Un salvaje.

—Agua va.

—En fin, me voy por no romperle á Vd. el hueso palomo.

—Vaya Vd. con todos los diablos.

Ahí tienes una colección de los chistes que hoy se usan por la escuela innovadora que vive de las arlequinadas.

Yo no sé si la buena acogida que todos los payasos reciben de las gentes tiene su origen en la moda, siempre fugaz y pasajera, ó si revela un vicio de nuestro organismo social; no sé si en el payaso se aplaude la singularidad, del individuo ó el reflejo de la general ridiculez; veo lo que existe y lo describo; pero no entro á averiguar la causa compleja que le ha dado origen. De todos modos es lo cierto, que la extravagancia es hoy la reina del mundo.

RAFAEL BLASCO.

LOS HUÉSPEDES DE LA BOCA.

La vida rebosa en el universo por todas partes.

¿Quién había de pensar, hasta que la ciencia lo ha demostrado evidentemente, que el hombre fuese todo un mundo en pequeño, en donde tiene asiento y raíz infinito número de individuos orgánicos?

El mundo microscópico, cuya existencia no se sospechó por mucho tiempo, se extiende y desparrama por todas partes, y ha contribuido mas poderosamente á modificar la estructura de la tierra, que esos grandes mamíferos, resto de los gigantes individuos de aquellas razas que, en las edades anteriores al hombre, se señorearon de nuestro planeta, vírgen y recién salido de manos del Sumo Hacedor.

Maravilla considerar que, á lo largo de las dilatadas orillas del Océano, los restos de los foraminíferos, infusorios contenidos en sus aguas, hayan llegado á formar cadenas sucesivas de montañas cretáceas.

¿Quién sería capaz de calcular el número de estos animalículos que habrá sido necesario para llegar á constituir esas montañas?

Para considerar el asombro que este cálculo produce, basta tener presentes los datos que siguen á continuación.

Antes de la invención del microscopio, se consideraba el arador, insecto apenas perceptible á la simple vista, como tipo de los vivientes de la mínima dimension.

En el día se sabe, por los descubrimientos del naturalista Ledwénhock, que para reunir un conjunto de infusorios que forme el volúmen de un arador, son necesarios mil millones de aquellos.

Pero no concluye aquí la maravilla: Eheremberg, Humboldt y Bernoulli, el gran geómetra de Basilea, aseguran que esos infusorios sirven, á su vez, de norada á otros, que son, por tanto, considerablemente menores, y éstos á otros, cuyo tamaño no podemos calcular, y si solo creer, bajo la fe del susodicho Eheremberg y demás sabios citados.

John Herschel, con su microscopio solar, examinó una gota de agua, á la quedicho aparato

Señalaba, formando un círculo de doce pies de diámetro, tan cuajado de infusorios, que no era posible colocar en toda aquella extensión la punta de un alfiler en un espacio vacante.

Según Humboldt, en su *Cosmos*, tomo primero, en el Océano, á profundidades superiores á la altura que alcanzan las montañas de mayor elevación, se encuentran las aguas pobladas de tan prodigioso número de infusorios que constituyen capas, que sirven de verdadero alimento á los peces que visitan aquellos abismos insondables, contándose entre aquellos animalculos los *cladidos* y *ofridinos*.

La magnífica fosforescencia que ilumina en muchos puntos las aguas del mar, no es otra cosa que masas inmensas de mamarias, acéfalos, perinidos y nereidas, entre los cuales éstas se distinguen por su movimiento giratorio incesante.

Pero no tenemos que acudir al mar para encontrar estos diminutos seres; el hombre los lleva en sí mismo.

No quisiera asustaros diciendo, que la boca humana, si se examina con el microscopio, presenta un espectáculo asombroso.

Bosques incommensurables, lagos profundísimos, sombríos valles, montañas de cimas inmarcesibles; todo esto se halla reunido en nuestra cavidad bucal.

En ellos reinan y se señorean millones de millones de infusorios, mas apretados que las arenas del mar; *diatomeas*, que á costa nuestra gustan y saborean todos los placeres de la vida. Allí el *Leptothrix buccalis*, apenas percibido por el microscopio, se encasulla, cual otro señor feudal, en las profundas gargantas é inaccesibles desfiladeros, formados por los intervalos protectores de los dientes.

Dios se lo pague al susodicho Leuwenhoeck, que allí en el siglo XVII, fué el primero que nos metió en aprensiones, enseñándonos que el *Bacterium termo*, y el *Vibrium*, vivían huéspedes de nuestras encías, en el tártaro dentario.

Basta que trascurren veinticuatro horas sin limpiar la boca para que una densa capa de *Leptothrix* cubra la dentadura.

Enemigos terribles, principian inmediatamente un infatigable trabajo de zapa; socavan la dentadura, y abren en ella minas y contraminas, y el cáries, con sus terribles consecuencias, tiene origen en aquella abominable tarea.

No menos terribles y atrevidos son los citados *Vibrios* y el *Espirita volitaria*.

Este último, acróbata, cuya agilidad apenas se percibe con el microscopio, voltea sobre sí mismo con una velocidad vertiginosa, que dejaría avergonzados á los *clowns* mas célebres y á los mismos *Derriches voladores*.

Escoje por teatro de sus ejercicios los agujeros formados por el cáries y las dentaduras postizas, cuando no se las limpia con cuidado.

La saliva, cuando no se enjuaga la boca, es tambien campo escogido por dichos infusorios para sus perjudiciales tareas.

El *Volvox globator*, émulo del anterior en los volutes, habita en la lengua, cuya superficie granulosa le ofrece interminables pampas en donde vivir á cuerpo de rey, entre los sarros blancuzcos que produce la falta de aseo.

Los *Mónadas*, entre cuyas especies se hallan los *flageliformis* y los *lenticulares*, entran en el número de los parásitos de la boca.

Ya veis, lectores, si existe cantidad de enemigos pronta á ejecutar sus malas artes en nosotros, si no cuidamos de limpiar la boca, enemigos tanto mas temibles, cuanto que no se dejan ver y nos hieren alevosamente, á *tergo*, sin tener en cuenta el Código, y seguros de la impunidad por parte de los descuidados á quienes atacan.

Pero no penseis que es solo el reino animal nuestro enemigo, bajo la forma de infusorios; dilatadísimos bosques de hongos convierten la boca en una selva, manida de todas las ennumeradas *almamás*.

Si la *fauna* bucal es tan temible, la *flora* no es menos peligrosa.

Allí crece y se propaga,

Quantum lenta solent inter viburna cupressi.

El *oidium albicans* ó *leptomitus*, hongo que se produce con una asombrosa abundancia y que ataca y corroe la dentadura, como su tocajo el *oidium tuckery*, acaba y da al traste con nuestros vífidos.

Algunos han considerado el tártaro de la boca compuesto de las sustancias siguientes:

Restos de infusorios.....	69 partes.
Parásitos vegetales.....	10
Líquido mucoso.....	15
Células epitetales, residuo de alimentos.....	10
Sales solubles en agua.....	5

Antes he dicho que bastaba el espacio de un día para cuajar la boca de estos animalculos, y por si os ha parecido que exajero, diré algo acerca de su manera de propagarse y de su prodigiosa fecundidad.

Dujardin y Müller, aseguran que pueden reproducirse por tres medios.

No parece sino que la naturaleza, al privilegiarles con este raro don, ha querido demostrarnos que no debemos tener, en poco á estos vivientes, por mas que la torpeza de nuestros órganos no nos permita verlos sin el auxilio del invento maravilloso de los Leuwenhoeck, Hooke, Baker, Swammerdam, Lyonnnet, Ellis, Hartsiker y otros; del microscopio en una palabra.

Los tres medios son: por yemas, por generación sexual y por la escisipara, ó sea partiéndose en trozos el animal.

No quiero mencionar un cuarto medio, la generación espontánea, supuesto que á ello se

opone la Academia de Ciencias de París, por boca de hombres tan ilustres como MM. Flourens, Quatrefoiges, Milne-Edwards, Paul Gervais, Lucaze-Duthiers y otros, de no menos campanillas.

Perdónenme, pues, los dignísimos naturalistas Puchet y Joly.

Resulta de esto que los infusorios, para reproducirse, pueden gustar de las delicias del amor; pero si alguno de sus individuos, por propensión al celibato, ó por otras razones poderosas, que él se sepa, quiere huir del trato y comercio de las hembras, y hacer vida de anacoreta, en los desiertos de la boca, no se verá en la triste soledad de otros animales, sino que rodeado de una prole infinita, gozará del placer de verse reproducido en sus hijos.

Estos llegan á ser tan numerosos, que una pareja de la especie de los *Stylotichios*, produce en un mes mas de un millón cuarenta y ocho mil individuos.

De un solo *Paramécio* resultaron en cuarenta y dos días un millón trescientos ochenta y cuatro mil sucesores.

Finalmente, una *Diatomea*, en cuatro días, llega á originar una familia de ciento cincuenta billones de individuos.

Además ciertos infusorios son poco menos que inmortales.

Respetemos á estos semidioses.

Habla el sábio Frérol, y dice á este propósito:

«Si cuando nada un infusorio se aproxima á la gota de agua en que vive una pluma, empapada en amoniaco, el animalculo se detiene. De repente, en uno de sus lados se produce una gran llaga, que rápidamente corroe al individuo, llegando á disolverle; pero si cuando ha mermado en sus dos terceras partes, se le traslada á una gota de agua pura, la llaga se cicatriza instantáneamente, y aquel resto del infusorio continúa nadando y viviendo sano y salvo, como si tal cosa.»

Esto dice Frérol, según lo trae Dujardin en su obra titulada *Le Monde de la mer*.

Pero, aun hay mas: con los infusorios se ha llegado á experimentar el famoso fenómeno de la suspensión de la vida, tal como algunos lo suponían en las momias egipcias, y como la tradición cuenta consiguió inventar el famoso marqués de Villena.

Desecados ciertos infusorios, se les conserva en estado de momias, y en él pueden permanecer un período indefinido de tiempo.

Cuando quiere volvérselos la vida activa, basta sumergirlos de nuevo en agua, y los infusorios despiertan y pueden luego volver á dormir por igual sistema.

Elio sí, cuando algun sábio no tiene cuidado de ponerlos en conserva, su vida es de pocos minutos, y para ellos nuestros días equivalen á siglos.

Decididamente hay que envidiar á estos seres privilegiados.

Sobre todo, quienes deben envidiar sobremedera su constitución física, son los gastrónomos.

En efecto, Eheremberg, estudiando acerca de su organismo interior, y valiéndose de ingeniosos medios, como fué la coloración del agua con el carmin, llegó á descubrir que los infusorios tenían estómago.

Pero no paró en esto; no un estómago así como quiera, sino varios, á manera de los ruminantes, y no cuatro, como el buey ó el carneiro, sino ¡pásmense ustedes! doscientos estómagos, que Eheremberg aseguró, allá por el año de 1830, que habia llegado á contar.

Entonces trocó el nombre de estos animales de *infusorios en polígástricos*.

Sin embargo, Milne-Edward y Dujardin, no pasaron por esto y se fueron al otro extremo, diciendo que no tenían ninguno.

Tercio Meyen, y sentó que tenían uno, pero tan grande, que ocupaba todo el interior del animal, es decir, que hacia del infusorio un verdadero saco.

Ya lo sabes, lector; tu boca puede encerrar todas las maravillas que descritas dejo, y en ella podrás observarlas: no obstante, como esto pudiera ser muy caro, te aconsejo que estirpes esta raza de malignos huéspedes, que sin tener en cuenta el hospedaje, socavan y echan por tierra tu dentadura, produciendo el cáries y los horribles dolores que ocasiona.

Con este objeto y para destruir esas legiones infinitas de enemigos, basta un cepillo y unos polvos dentíficos, y cuando no otra cosa, un poco de agua clara.

DR. DULCAMARA.

BIBLIOGRAFÍA.

POESIAS DE D. JERÓNIMO BORAQ (1).

En los tiempos en que vivimos, y al paso que vamos, la poesía lírica tendrá que hacer lo que allá, en las pretéritas edades, la divina Astrea; viendo que los hombres no somos dignos de que habite entre nosotros, emigrará al cielo.

Entregados al positivismo, aturridos con la fiebre política, que á todos invade, la vida ideal de la poesía lírica se considera como una futilidad, que apenas merece fijemos en ella la vista por un momento.

Las publicaciones periódicas le dan un albergue, como por compasión, en alguno de los rincones últimos de sus columnas, allá donde no puede perjudicar á ningun artículo, y es el ripo con que se rellenan los huecos.

Llevar á un editor un libro de poesías, es ar-

(1) Véndese en la librería de Bailly-Baillière.

rojarse un gato á la cara, porque es como decirle: «Amigo, tire Vd. á la calle unos cuantos miles de reales.»

Con decir que, hasta en los periódicos donde se paga la prosa, no se ocurre á los editores que la poesía merezca igual deferencia, está dicho el aprecio que merece hoy esta desventurada doncella, á quien decía Cervantes que servían todas las ciencias.

Con razon, pues, dijo Breton, que están siempre á la quinta pregunta los pobres hijos de Apolo.

Opino, por tanto, que para dar hoy á la estampa un libro de versos, hace falta mas valor que para emprender las hazañas de un Bernardo ó un Cid, y que por eso nada más merece la atención de la crítica el poeta, tan animoso, que no se arredra ante el indiferentismo de nuestro siglo prosaico.

No obstante, alguna razon mas nos mueve á hojear, no á examinar, las poesías que ha dado á la estampa recientemente D. Jerónimo Boraq, catedrático de literatura y rector de la Universidad de Zaragoza.

Larga es la carrera literaria que tiene recorrida el Sr. Boraq, y su nombre ventajosamente conocido en la república de las letras.

La poesía dramática le ha proporcionado aplausos abundantes, y ésta y la lírica un nombre, del que justamente se gloria el antiguo reino de Aragón entre sus timbres literarios.

No me detendré á enumerar las muchas obras sacadas á luz por dicho señor, entre las que descuellan profundos trabajos de crítica sobre el *Gil Blas* y algunos libros de caballerías, y ahora solamente miraremos de pasada el volumen en que ha coleccionado sus poesías líricas.

Como el Sr. Boraq advierte, estas pertenecen á un espacio de tiempo dilatado y contienen variedad de géneros.

Aunque los estudios á que el autor se ha inclinado le llevan al género clásico con preferencia, sin embargo, su musa flexible se acomoda tambien al romántico, en el sentido lato de la frase, y en uno y en otro ha ejercitado su estro con variedad.

Cuatro son las partes en que ha dividido su libro, titulándolas: Primera, *Patria y religion*. Segunda, *Amistad y amor*. Tercera, *Himnos y flores*. Cuarta, *Risas y juegos*, cuyos títulos dejan comprender la clase de poesías que cada parte contiene.

No es posible que vayamos examinando una por una las composiciones de la primera parte; pero en todas ellas se nota, además de la pureza de su diction, un vigor y una sobria energía, que es el carácter distintivo de los versos del señor Boraq; véanse sino las que llevan por título *Lanusa*, *A Azara*, *A la virgen de Covadonga* (oda premiada), *A la memoria de Arguñes*, *A Zaragoza* y *Barcelona*.

Esta última principia con la siguiente notable estrofa, única que copiaremos como muestra de los versos del autor:

Monstruo indomable, sierpe gigantea.
Que silbas por los llanos y montañas,
Y vives con la sangre
Del fuego que circula en tus entrañas!
Reptil inmenso que, asombrando al mundo,
Cruzas honda caual y aéreo puente,
Y te pierdes del monte en los abismos,
Y en la torcida senda te recojes.
Y asombras en la margen del torrentel
Asombro pavoroso, que doliente
Ayes al viento lanzas,
El humo al respirar de tus volcanes!
Rey del espacio y árbitro del tiempo
Vestigio que inatístico y sin nombre,
A polvo redujeras los Titanes,
Y humilde doblas tu cerviz al hombre.
¿Quién eres? ¿Qué delito contra el cielo
Vas á vengar en la asombrada tierra?
¿Quién abrió del Averno el ancho boca
Para que tú, rugiendo en son de guerra,
La cárcel quebrantaras en que vives,
Y la muerte llevaras en tu aliento,
De las iras de Dios rudo instrumento?

En la parte titulada *Amistad y amor*, incluye el señor Boraq composiciones muy notables, de estilo tierno y gracioso, entre las que merecen mencionarse *La poetisa y el poeta*, *La madre*, varios sonetos, traducidos del italiano con notable fidelidad y expresión, y muy especialmente una *Balada*, escrita para un álbum, que es, á juicio mio, una de las composiciones mas delicadas del autor, y que no copio por no extender demasiado este artículo.

Tampoco dejaré de hacer mención de otra poesía titulada *Amor verdadero*, en que el señor Boraq imita la medida y cadencia de los exámetros y pentámetros latinos, tarea muy difícil, no conociéndose en nuestra prosodia cantidad en todas las sílabas, y solo sí en una en cada palabra.

Esta composición prueba el estudio que de los clásicos tiene hecho el autor, quien se aproxima, cuanto es posible, á la armonía de los disticos latinos.

Himnos y flores se titula la tercera parte, que contiene varios de los primeros, escritos para determinadas solemnidades, incluyéndose tambien algunos epitaños: es la mas breve de las cuatro partes del libro.

La última, denominada *Risas y juegos*, comprende cantidad de poesías festivas, entre las que se cuentan no pocos epigramas, traducidos unos de Marcial, imitados otros de varios autores, y en gran número originales.

Aunque el tono general de las composiciones del Sr. Boraq hace creer que no son los epigramas su género favorito, no obstante, pueden escogerse varios en donde lo ingenioso y lo picante del pensamiento demuestran la aptitud del

autor para esta clase de composiciones: citaremos, entre otros, los titulados: *Opositor ladino*, *Mujer como todas*, y el dedicado *A una flaca*, que copiaremos para dar una muestra de ellos; dice así:

Cuando las ropas se muda,
dice Lola á su doncella:
«No estoy visible,» y no hay duda
que, cuando ella se desnuda,
no queda mujer en ella.

Alguno hay tambien que, por lo malicioso de su concepto, no desdiria de la pluma de Iglesias, testigo el segundo de los titulados *Marido y amante*.

Leyendo las poesías del Sr. Boraq se ve al poeta que une á la inspiración el estudio continuo de los clásicos, cumpliendo con aquel precepto de Horacio:

Vox exemplaria Græcæ
nocturna versate manu, versate diurna.

Digno de elogio es que poetas de la talla de dicho señor, procuren conservar en el antiguo Parnaso aragonés la tradicion de los Marciales, Argensolas, Pelliceres y Luzanes, consagrando sus desvelos al cultivo de la poesía lírica, elogio tanto mas merecido, cuanto que, como se ha dicho, hoy es tenida en poco, y la divina doncella debe morir de tedio y de inacción por las solitarias orillas del Cefiso y la Aretusa.

JULIO MONREAL.

REGULARIDAD EN LAS COMIDAS.

Todos los médicos convienen en la necesidad de regularizar las comidas, tanto en el número de ellas, como en el intervalo de tiempo que ha de trascurrir de unas á otras.

Esta regularidad facilita á los que tienen la digestion débil, tomar mayor cantidad de alimento, previniéndoles contra las enfermedades que provienen de una asimilacion imperfecta.

Es cosa evidente que el estómago se siente estimulado, no solo por la necesidad periódica de la alimentacion, sino por el hábito de tomarlos.

La necesidad del hambre y la sed que diariamente nos aqueja, se relaciona íntimamente con el tiempo que trascurre, los grados de debilidad que experimentamos y otras varias causas.

Si el hambre no se satisface á la hora acostumbrada, se observa que pasa el deseo de comer, hasta que llega otra de las horas de costumbre; y como estos períodos no son los mismos en todos, de aquí que á las veces haya necesidad de recurrir á comidas intermedias.

Sin embargo, hay que tener gran cuidado con satisfacer esos apetitos en los sugetos dispépticos y valetudinarios, quienes se acostumbran á sentir deseo de tomar alimento á cualquier hora, deseo que imprudentemente suelen satisfacer amigos en exceso complacientes.

Hay que persuadirse de lo erróneo del aforismo de inglés Sir Guillermo Temple, quien dice «que el estómago de un convaleciente es como un niño, que cuando no está ocupado hace males.»

Fuera de duda está la conveniencia de normalizar el número y la hora de las comidas, pero este es punto en que los higienistas no concuerdan.

Difícil, por no decir imposible, es dar reglas fijas, pues depende de la naturaleza particular de cada individuo.

Personas hay que retienen los alimentos en el estómago tres horas, otras cuatro, cinco y aun seis, y es claro que el intervalo que ha de trascurrir de comida á comida, ha de estar en relacion con esto, evitando cuidadosamente cargar el estómago ó prolongar su vacuidad mas de lo justo.

Celso recomienda que las personas de salud cabal hagan dos comidas diarias, con preferencia á una.

De su opinion es tambien Sanctorius, quien dice, que el individuo se halla mas entorpecido cuando come seis libras de una vez, que si las come en tres, y que aquel que se habituó á una sola comida diaria, concluye por experimentar resultados perjudiciales.

Preguntando al divino Platon sus discípulos qué le habia llamado mas la atención en Trinácria, dijo que haber hallado un hombre que se hartaba dos veces al día, aludiendo á la gula del tirano Dionisio.

Para concluir, exponremos la opinion de varios médicos, á saber: que una persona sana y dedicada á un ejercicio moderado, debe hacer tres comidas diarias

D....

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las nevrosias de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el periodo adinámico de las calenturas tifoideas, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La Union medical, la Gaceta de los Hospitales, la Abeja medica, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana : SARRA y C^a; — En Buenos-Ayres : A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifoidea y de las enfermedades epidémicas. — Desconfiese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Americas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y devuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar enfermedades de ojos ni Jaquecas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACEUTICO DE 1^a CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos tintes perfectos, se abandonan esos tintes débiles llamados AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 10 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^a.

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son en el interior de caucho maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

V. a. la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS

MELANOGENA
TINTURA SOBRE ALIENTO de DICQUEMARE almidón DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.

Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el dia de hoy.

Fabrica en Ruán, rue Saint-Nicolas, 29. Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 297.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy dia la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar, con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con poca gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas.

nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Herpes, abscesos, goma, marasma, catarros de la vejiga, paldex, tumores blancos, asma nervioso, úlceras, sarna dejenada, reumatismo, hipocondrias, hidropesia, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto.

Deposito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867
la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada
A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT
la sola aconsejada por el Dr. CORVISART
médico del Emperador Napoleon III
y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible
en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las

Gastritis	Gastralgias	Agruras	Nauseas	Eruetos
Opresion	Pituitas	Gases	Jaquecas	Diarreas

y los vomitos de las mugeres embarazadas
PARIS, EN CASA DE HOTTOT, SUCC^a, 24 RUE DES LOMBARDS.
DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.
ESTABLECIDO CON LIBRERÍA
MERCERÍA Y ÚTILES DE
ESCRITORIO
en Valparaiso, Santiago y
Copiapó, los tres puntos
mas importantes de la re-
publica de Chile.
admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.
Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquer-
ra, Valparaiso (Chile.)

JARABE DU LABELONYE

Farmacéutico de 1^a classe de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. También se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, los convulsivos, espusos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Lertverend; Reyes; Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en Méjico, E. van Wingerdt y C^a; Santa Maria Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C^a; Braun y C^a; — en Cartagena, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garateochea; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupuyrou y C^a; — en Guayaquil, Gault; — en Cebu, y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GELIS Y CONTE

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resultado de dos informes dirigidos á dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gelis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo á las jóvenes, etc.



PILDORAS DEHAUT
—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.—Al revés de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, el paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoja, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad.—Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen a purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indubitable eficacia contra los Resacaos, Grippes, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restituye a las personas debilitadas por el Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifoidea. Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rubrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París.—Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comisión que se le confie.—Habana, Mercaderes, núm. 16.—E. RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, un mes.	8 reales.
Provincias, un trimestre, directamente.	30 "
Por comisionado.	32 "
Ultramar y extranjero.	70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por **D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,**

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introducción, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LÍNEA TRASATLÁNTICA.
Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.
Salida de la Habana también los días 15 y 30 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

	Primera cámara.	Segunda cámara.	Tercera ó entrapuente.
de Cádiz á Puerto-Rico.	150	100	45
Habana.	180	120	50
Habana á Cádiz.	200	160	70

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera. El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. id. Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta. Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje. Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LÍNEA DEL MEDITERRANEO.
Salida de Barcelona los días 7 y 23 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinacion con los correos trasatlánticos.
Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

	Barcelona.			Valencia.			Alicante.			Málaga.			Cádiz.		
	1.º	2.º	Cubta.	1.º	2.º	Cubta.	1.º	2.º	Cubta.	1.º	2.º	Cubta.	1.º	2.º	Cubta.
De Barcelona a	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.
Valencia	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Alicante	6'500	4	2'500	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Málaga	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Cádiz	20	14'500	8'500	»	»	»	13'500	10'500	6	»	»	»	16	5'500	2'500

TENEDURÍA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 300 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante. Barcelona, Nubó, Espaderia, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Bailliere.—Habana, Chao, Habana, 100.



CORS CALLOS
Jaaneses, Callesidades, Ojos de Follo, Ueros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.—3,000 curas auténticas.—Medallas de primera y segunda clases.—Por invitacion del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curacion se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto.) Depósito general en PARÍS, 28, rue Geoffroy Lannier, y en Madrid, BORBEL hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS ANEMIA OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París. Exijase el frasco cuadrado, la firma del Doctor Churchill y la etiqueta marca de fabrica de la Farmacia Swan, 12, rue Castiglione, París

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

Curacion instantánea de los más violentos dolores de muelas.—Conservacion de la dentadura y las encías. Depósito Gral. en España. Sra. I. Ferrer y C.ª, Montera, 51, pral. Madrid.

OBRRAS DE TEXTO
 POR SALVADOR Y AZNAR.
 TENDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE.—Novena edicion, aplicada á las contabilidades mercantiles, industriales de la propiedad, la general del Estado y de fondos provinciales, 12 pesetas.
 PRÁCTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL ó problemas en borrador de una contabilidad completa, para su redaccion en el Diario y Libro mayor, 8 reales. Librería de Moya y Plaza, y particulares de Madrid y provincias. El autor, que vive en Venecia, 3 principal, los envia por el correo á 15, rs., y 10 rs. en sellos ó libranzas.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

<p>ISLA DE CUBA. Habana.—Sres. M. Pujolá y C.ª, agentes generales de la isla. Matanzas.—Sres. Sanchez y C.ª Trinidad.—D. Pedro Carrera. Cienfuegos.—D. Francisco Anido. Moron.—Sres. Rodriguez y Barros. Cardenas.—D. Angel R. Alvarez. Bemba.—D. Emeterio Fernandez. Villa-Clara.—D. Joaquín Anido Ledon. Manzanillo.—D. Eduardo Codina. Quivicán.—D. Rafael Vidal Oliva. San Antonio de Rio-Blanco.—D. José Cardenas. Calabazar.—D. Juan Ferrando. Caibarien.—D. Hipólito Escobar. Guatoo.—D. Juan Crespo y Arango. Holguín.—D. José Manuel Guerra Almaguer. Bolondron.—D. Santiago Muñoz. Ceiba Mocha.—D. Domingo Rosain. Cimarrones.—D. Francisco Tina. Jaraco.—D. Luis Guerra Chalius. Sagua la Grande.—D. Indalecio Ramos. Quemado de Güines.—D. Agustín Mellado. Pinar del Rio.—D. José María Gil. Remedios.—D. Alejandro Delgado. Santiago.—Sres. Collaro y Miranda.</p>	<p>tes generales con quienes se entienden los de los demás puntos de Asia.</p> <p>SANTO DOMINGO. (Capital).—D. Alejandro Bonilla. Puerto-Plata.—D. Miguel Malagon.</p> <p>SAN THOMAS. (Capital).—D. Luis Guasp. Caravaca.—D. Juan Blasini.</p> <p>MÉJICO. (Capital).—Sres. Buxo y Fernandez. Veracruz.—D. Juan Carredano. Tampico.—D. Antonio Gutiérrez y Victoria. (Con estas agencias se entienden todas las del resto de Méjico.)</p> <p>VENEZUELA. Caracas.—D. Evaristo Fombona. Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestáa. La Guaira.—Sres. Martí, Allgréit y C.ª Maracaibo.—Sr. D'Empaire, hijo. Ciudad Bolívar.—D. Andrés J. Montes. Barcelona.—D. Martín Hernandez. Carúpano.—Sr. Pietri. Maturín.—M. Philippe Beaupertuy. Valencia.—D. Julio Buysse. Coro.—D. J. Thielén.</p> <p>CENTRO AMÉRICA. Guatemala.—D. Ricardo Escardille. S. Miguel.—D. José Miguel Macay. Corta Rica (S. José).—D. Vicente Herrera.</p>	<p>SAN SALVADOR. San Salvador.—D. Luis Ojeda. La Union.—D. Bernardo Courtade.</p> <p>NICARAGUA. S. Juan del Norte.—D. Antonio de Barriel.</p> <p>HONDURAS. Belize.—M. Garcés.</p> <p>NEUVA GRANADA. Bogotá.—Sres. Medina, hermanos. Santa Marta.—D. José A. Barros. Cartagena.—D. Joaquín F. Velez. Panamá.—Sres. Ferrari y Dellatorre. Colon.—D. Matias Villaverde. Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola. Medellín.—D. Isidoro Isaza. Mompós.—Sres. Ribcu y hermanos. Pasto.—D. Abel Torres. Sabanalidaga.—D. José Martín Tatís. Snecefejo.—D. Gregorio Blanco. Barranquilla.—D. Luis Armenta.</p> <p>PERÚ. Lima.—Sres. Calleja y compañía. Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana. Iquique.—D. G. E. Billinghurst. Puno.—D. Francisco Laudaela. Tacna.—D. Francisco Calvet. Trujillo.—Sres. Valle y Castillo. Callao.—D. J. R. Aguirre. Arica.—D. Carlos Eulert.</p>	<p>Piura.—M. E. de Lapeyrouse y C.ª</p> <p>BOLIVIA. La Paz.—D. José Herrero. Cobija.—D. Joaquín Dorado. Cochabamba.—D. A. Lopez. Potosí.—D. Juan L. Zabala. Cruzo.—D. José Cárcamo.</p> <p>ECUADOR. Guayaquil.—D. Antonio Lamota.</p> <p>CHILE. Santiago.—Sres. Juste y compañía. Valparaiso.—D. Nicasio Ezguerra. Copiapó.—D. Carlos Ferrari. La Serena.—Sres. Alfonso, hermanos. Huasco.—D. Juan E. Carneiro. Concepcion.—D. José M. Serrate.</p> <p>PLATA. Buenos-Aires.—D. Federico Real y Prado. Catamarca.—D. Mardoqueo Molina. Córdoba.—D. Pedro Bivas. Corrientes.—D. Emilio Vigil. Paraná.—D. Cayetano Ripoll. Rosario.—D. Eudoro Carrasco. Salta.—D. Sergio Garcia. Santa Fe.—D. Remigio Perez. Tucumán.—D. Dionisio Moyano. Gua-egu-aychú.—D. Luis Vidal. Pa sondu.—D. Juan Larrey. Tucumán.—D. Dionisio Moyano.</p>	<p>BRASIL. Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba. Rio grande del Sur.—N. J. Torres Crehnet.</p> <p>PARAGUAY. Asuncion.—D. Isidoro Recalde.</p> <p>URUGUAY. Montevideo.—D. Federico Real y Prado. Salto Oriental.—Sres. Canto y Morillo.</p> <p>GUYANA INGLESA. Demerara.—MM. Rose Duff y C.ª</p> <p>TRINIDAD. Trinidad.</p> <p>ESTADOS-UNIDOS. Nueva-York.—M. Eugenio Didier. S. Francisco de California.—M. H. Payot. Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.</p> <p>EXTRANJERO. París.—Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, núm. 2. Lisboa.—Librería de Campos, rua nova de Almada, 68. Londres.—Sres. Chidley y Cortazar, 71 Store Street.</p>
---	--	--	--	---

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.
La correspondencia se dirigirá á D. Víctor Balaguer.
Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.
Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.